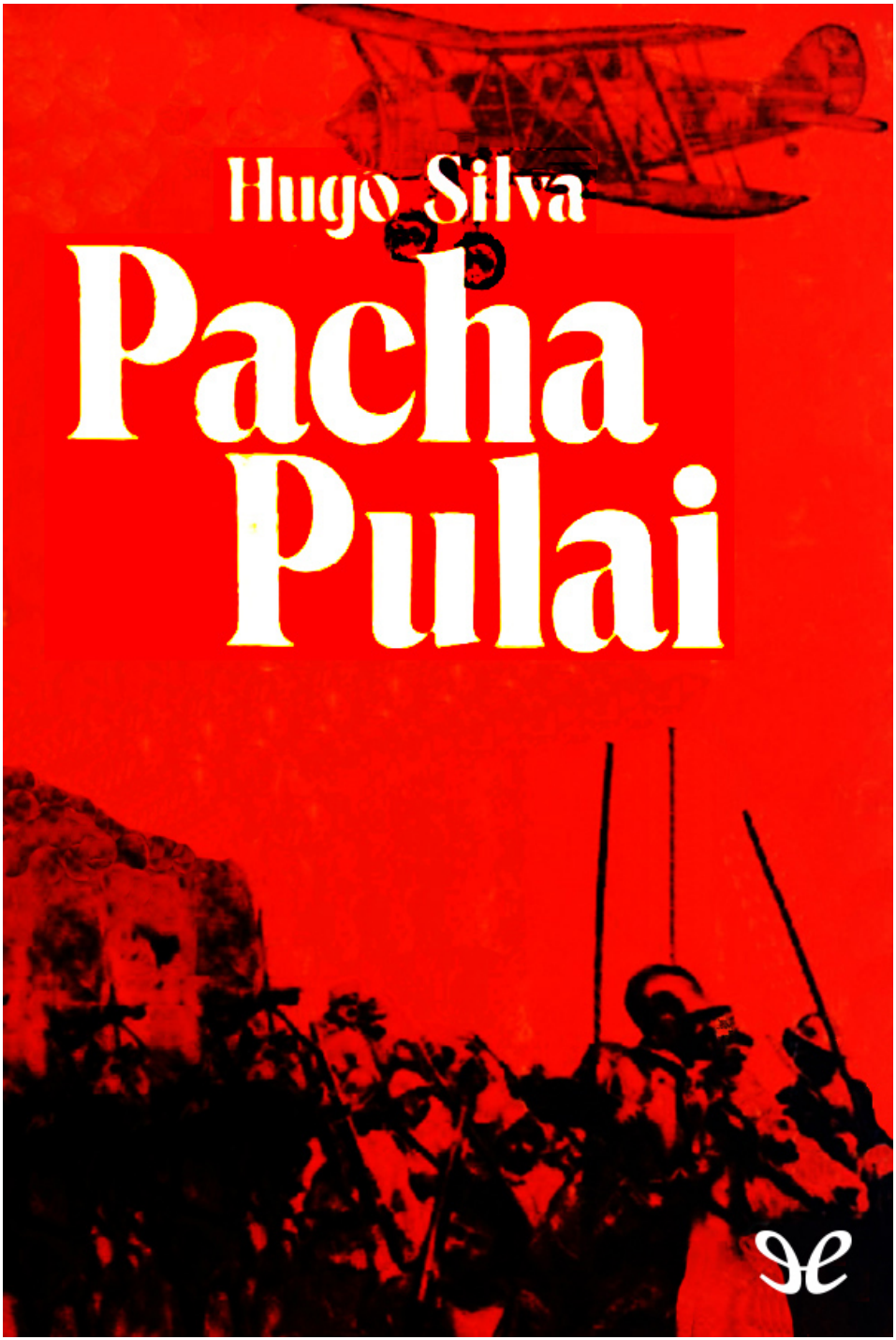
Hugo Silva

Pacha Pulai



En el año 1914, luego de despegar del aeródromo de Lo Espejo en Santiago de Chile, el Teniente aviador Alejandro Bello, comienza a desorientarse y perder el rumbo debido a la niebla. El aeroplano de Bello pierde altura y gasolina, por lo que se ve forzado a aterrizar en un paraje desconocido.

Al comenzar a explorar el lugar, Bello se encuentra con un bandido que hace un par de semanas asaltó el ferrocarril de Antofagasta a Bolivia y que al igual que él se encuentra perdido. Es así como el destino une a este oficial del ejercito y al asaltante del tren en una aventura que los llevara a descubrir la ciudad perdida de Pacha Pulai, la cual se verá estremecida con la llegada de estos dos extraños.

Los habitantes de Pacha Pulai creen que aún son parte de la corona española y viven a la usanza del siglo XVIII, por lo que cuando estos hombres del siglo XX lleguen y muestren sus armas y conocimiento, serán catalogados de brujos y demonios. Este viaje cambiaria la vida del teniente Bello para siempre.

Hugo Silva

Pacha Pulai

ePub r1.0
ramsan 07.06.15

Título original: *Pacha Pulai*
Hugo Silva, 1945

Editor digital: ramsan
ePub base r1.2

1

Aparición en Nueva York

Me parece que fue un encargo de útiles de pesca para un amigo mío del Oeste, el cual me pedía se lo enviara con un coterráneo suyo alojado en el Hotel Biltmore, lo que un día de noviembre de 1925 me hizo entrar, por primera vez, a este lujoso establecimiento, recién fundado por aquella época. Pregunté por el señor en cuestión; me manifestaron que había salido, pero que no tardaría en regresar: preparaba el viaje de retorno a su pueblo, y andaba por ahí cerca haciendo las últimas compras. Decidí, pues, esperarle, disfrutando de las mullidas butacas, forradas en cretona de vivos colores, que abundaban en los *lobbies* del hotel. Llevaría unos dos o tres minutos de espera, que dediqué a examinar el local y a los elegantes pasajeros que circulaban por los pasillos, cuando mi atención se detuvo en un señor que ocupaba un sillón distante unos dos metros del mío, y que leía con gran atención su periódico.

¿Por qué paré la vista en aquel sujeto, cuyo rostro me ocultaba el periódico desplegado? No sabría decirlo, y nunca me lo he explicado yo mismo. Nada de particular ofrecía a la simple vista mi vecino, vestido con sobria elegancia: traje de color pardo obscuro, polainas grises, calzado irreprochable. En aquel momento habría en el Biltmore algunos centenares de individuos vestidos como él. Solo que las polainas, que son una prenda poco usual entre los norteamericanos, me dieron la sensación de que se trataría de un europeo o un americano del Sur. Pero, de todas maneras, ¿qué diablos me importaba a mí, así fuese un francés, un ruso o un ecuatoriano?

Más el hecho es que sin saber por qué no despegué los ojos de aquel señor, pensando quizás en otra cosa; y llegó el momento en que él bajó el periódico, y me sorprendió mirándole. Yo volví la vista hacia otro lado como si me hubieran sorprendido en algo incorrecto.

Recuerdo perfectamente que de primera intención el rostro aquel, que nada ofrecía de extraordinario por otra parte, no me llamó particularmente la atención, como cuando uno mira algo que ya ha visto muchas veces. Una cara alargada, algo pálida, ligeramente morena, con el pelo muy brillante y levemente ondulado, un poco encanecido hacia las sienes. Pero inmediatamente me dije: «Si he visto esta cara en alguna parte, ¿dónde ha sido?, ¿cuándo?».

Volví a mirarle, pero ya mi vecino se había vuelto a ocultar detrás del biombo del periódico. Por uno de esos movimientos rápidos, instintivos del pensamiento, vine a reparar en ese instante en algo que en el primer encuentro de nuestras miradas no me había fijado: el hombre aquel, al darse cuenta de que yo lo estaba mirando, había tenido en los ojos un destello como de espanto.

Cerré los míos, que es lo que siempre hago cuando necesito concentrarme. Y entonces se formó en la zona de mi visión interior una imagen: una faz juvenil que yo habitualmente había visto en otro tiempo, dentro de otro marco. ¿Cuál? Y fueron surgiendo una visera militar, la copa de una gorra prusiana, un alto cuello de terciopelo, con insignias doradas.

Algo faltaba, sin embargo, para completar la asociación entre la cara que acababa de ocultarse tras el periódico y la que se reconstruía en mis recuerdos. De repente di con ello: una cosa muy pequeña y muy simple: un bigotillo negro… e instantáneamente algo gritó dentro de mí un nombre muy conocido, familiar para mí en otro tiempo.

Abrí los ojos, a tiempo que mi vecino se incorporaba bruscamente, con un sonoro crujir del periódico, y emprendía la marcha como en huida. Era evidente su deseo de no dar la cara y desaparecer. Yo no sé qué impulso me lanzó tras él, y me hizo tomarle del brazo bruscamente.

Se detuvo bastante sorprendido, sino impaciente.

—¿Se le ofrecía? —me interpeló en inglés.

¡Era la misma voz! La certeza de que era él se apoderó de mí en forma instantánea, y fue tan violento el choque interior que tal hecho me produjo, que no atiné a decir palabra. Por fin, atragantándome:

—Eres tú ¿no es eso? —le dije en español.

Vi que él hacía esfuerzos inauditos por dominarse, y que cambiaba de color.

No me respondió, afectando no haber comprendido. Y yo, mientras más le miraba, sentía que era mayor mi convencimiento de hallarme junto a mi viejo amigo, el aviador perdido de Santiago en 1914, durante un *raid* aéreo y dado por muerto desde hacía once años. Por esta certeza fue que tuve el valor de decirle, siempre en español:

—Es inútil, oye. No lo podrías negar.

Él hizo aún un último movimiento de protesta, meneando negativamente la cabeza. Yo abrí los brazos y lo estreché con fuerza. Él, al principio, no respondió a aquella efusión, pero, de pronto, como quien se lanza al vacío, cedió de golpe, abrazándome, a su vez con grandes palmoteos. ¡Vaya si era el mismo! ¡Con el corazonazo que tenía!

En el acto pareció arrepentirse de su debilidad. Estaba verdaderamente espantado, y yo le veía respirar con dificultad. No menos emocionado estaba yo, y tuve que sentarme en el sillón más próximo.

—Perdona… —Y agregué acto continuo—: No te sobresaltes. Nada tienes que temer. Soy tu mismo amigo de antes.

—No. Es que no es posible… —decía él como hablando consigo mismo—. Ya decía yo que iba a pasar esto viniendo a meterme a América.

—Pero ¿por qué, hombre? Si te he reconocido yo es como si no te hubiera reconocido nadie. Seré una tumba. Me conoces demasiado para dudarlo. Pero déjame celebrar tu resurrección. Déjame mirarte, vivo, ¡vivo, Alej…!

—¡Cállate! —me interrumpió, con brusco sobresalto—. Nadie debe pronunciar ese nombre jamás. El que lo llevaba está muerto, y bien muerto. Ahora tengo otro nombre. Soy otra persona, ¿entiendes?

—Sí, hombre, sí. Solo que no has tenido la gentileza de

presentármela. Yo lo haré…

Sin darme cuenta de cómo volvía a tomar con mi amigo el acento de chanza que me era habitual con él cuando yo vivía en Chile. Y le dije, con afectada solemnidad:

—*My name is J. Jason Defman, of New York*.

—Alonso González de Nájera, a sus órdenes —contestó él en español, ya algo más tranquilizado y remedando con su gracejo peculiar mi tono ceremonioso. Probablemente mis ojos eran dos interrogaciones insistentes, porque él fue quien me dijo, antes de que yo le preguntara nada.

—Ya te contaré… Son cosas increíbles. A veces yo mismo creo que todo ha sido un sueño, un sueño enormemente largo, del que voy a despertar de repente. Ya este encuentro contigo ha sido como un despertar. Y, te lo confieso, me hace mal…

—Pues es muy sencillo —le repliqué—. Olvida que me has encontrado. Y si tú quieres, yo haré lo mismo. Eso sí que nada podrá quitarme el gusto que siento al saber que estás vivo. ¡Con lo que sentí tu pérdida, con lo que sufrimos por aquellos días en que te buscábamos por todas partes y a cada rato creíamos sentirte llegar!

Él se quedó un instante pensativo, como sumido en los recuerdos que yo acababa de suscitar. Pude examinarle entonces con mayor detenimiento. Estaba algo más grueso, más membrudo, que en la época de su desaparición, pero conservaba su esbeltez, «la línea», como dicen en Chile. Una larga cicatriz que no tenía antes le cruzaba la mejilla derecha de arriba abajo, desde el pómulo a la comisura de los labios, pero no le desfiguraba el rostro, cuidadosamente afeitado. Calculé su edad, basado en mis recuerdos: unos treinta y ocho años, pero no representaba más de treinta y dos, a pesar de que el pelo le blanqueaba en las sienes. La expresión de su rostro era más varonil, más firme que en la época de nuestro conocimiento. Era la suya la cara de un hombre que ha sufrido mucho, que ha gozado también mucho y ha vivido muy intensamente.

—Bueno —dijo por fin—. ¿Tú qué haces ahora? ¿Vives en Nueva York, entiendo?

—Ordinariamente, sí. Pero hago continuos viajes de negocios a México, a Brasil, a Chile… Lo sentí sobresaltarse.

—¿Qué puedes temer, hombre? Ya te he dicho que si tú deseas

seguir muerto, no será de esta boca de donde salga una palabra indiscreta.

—Ya lo sé. Sí tengo en ti plena confianza… Y ahora, ¿en qué andas? ¿Dispones de tiempo?

—Vine aquí por encargo de un amigo. Lo despacharé con un camarero, y quedo a tus órdenes. Porque a ti ya no te suelto. ¡Después de once años sin verte! ¿O te perturbo?…

—Absolutamente… Tengo muchas ganas de conversar contigo, contarte todo… A ver si nos encerramos por ahí en un sitio tranquilo… Pero tengo que esperar aquí a mi mujer…

—¡A tu mujer! ¿Con esta novedad comienzan las maravillas? Empezamos bien, entonces.

—No te imaginas tú hasta qué punto está relacionada mi mujer con lo que me ha pasado. Ni lo contento que estoy de que me haya pasado, a cambio de haberla obtenido a ella.

Su cara tomó esa expresión de arrobamiento que es característica en los enamorados, cuando dicen: Ella, y siempre, para decirlo con la palabra justa, la cara de un perfecto estúpido.

Recordé entonces, súbitamente, su tragedia sentimental, ocurrida poco antes de su desaparición: la muerte de su novia, una muchacha preciosa, atropellada por un automóvil en el momento en que se dirigía a una fiesta. «Todo pasa —me dijo—; todo se olvida». Por aquel tiempo, sus amigos llegamos a temer que no sobreviviera a su pena, y hasta le cuidábamos, temiendo un suicidio. Pero aquel hombre había muerto, y este enamorado que yo tenía delante no era ya él: era don Alonso González de Nájera…

—Te la he de presentar, ¡qué diablos! —dijo de repente Alonso, como si hubiera sabido cuáles eran mis pensamientos—. Pero no ahora. No está aquí. Pero como habremos de encontrarnos antes de mi viaje…

—¿De tu viaje?

—Tenemos todo listo para volver a Europa. Andamos conociendo el mundo. Generalmente vivimos en España, pero viajamos con mucha frecuencia. El programa de este año es el Oriente; Japón, China, la India…

—Y en España, ¿viven en Madrid?

—No. Apenas conocemos Madrid. Vivimos, hechos unos hidalgos, ¡ejem!, en el solar de los González de Nájera…

—Diablo, y ese solar ¿dónde queda?…

—Como su nombre indica, en Nájera, la cuna de mi familia, provincia de Logroño. Burgos es la ciudad que nos queda más cerca… Pero ¿qué es lo que te pasa?

¡El mismo de siempre! Toda la vida habíamos admirado en nuestro amigo la sensibilidad para captar las sensaciones íntimas de los demás, de una manera telepática. Yo estaba apenas esbozando en mi interior, mientras él hablaba, la sospecha de que todos esos datos que me daba fueran falsos, para despistarme acerca de su residencia permanente, y él, aunque yo no había hecho el menor gesto, ya había pescado al vuelo el movimiento interior de mis ideas.

Se lo dije. Él prosiguió:

—No. ¿Para qué te iba a despistar? Sé que estoy en tus manos y sé también que no me vas a hacer traición. Como en otros tiempos, son inútiles entre tú y yo las reservas mentales. Por mi parte, no voy a ocultarte nada de lo que me ha ocurrido. Vámonos por ahí a conversar.

—Un momento.

Llamé a un camarero, le traspasé el bendito encargo de anzuelos y de moscas a que debía aquel feliz encuentro, y le dije a mi amigo:

—Estoy listo.

Me cogió del brazo y se internó conmigo en uno de los vastos salones del hotel, vacío en aquel momento. Encendimos los cigarros. Y Alonso González de Nájera dio comienzo a su historia.

2

Herido en el ala

Tú recuerdas dónde estaba yo la noche que murió Maria —comenzó diciendo—. De guardia en la Escuela de Aviación. Ella debía ir a la fiesta de los Herrera Lastra, para acompañar a su hermana menor. Y me había prometido hacer una escapada en auto hasta la Escuela, para cambiar conmigo siquiera dos palabras. Hacía más de dos años que nos veíamos día a día, noche a noche, salvo cuando el servicio me retenía en el cuartel o la Escuela. Y un día sin vernos nos parecía algo monstruoso.

Sabes la historia: el automóvil que apareció de pronto, como un bólido, cuando el suyo atravesaba una bocacalle. Pero tal vez no sepas esto: fue al regreso de Lo Espejo, y no cuando se dirigía al baile, como se dijo en todas partes, cuando la tragedia sobrevino. Yo era, pues, el culpable involuntario de su muerte. Accedió a ir a verme, exponiéndose a la cólera de don Rodrigo, siempre tan severo, después de muchas súplicas mías. Puedes imaginarte en qué estado de ánimo y también de conciencia quedé cuando supe lo ocurrido.

Fueron para mí días de tortura horrible los siguientes. Pensé matarme. Todos mis amigos se dieron cuenta de esto. Lo notaba yo de sobra en sus actitudes, no solamente solicitas, sino cautelosas. No solo me acompañaban; me vigilaban.

No me atrevía a ir a ver a los suyos: su padre, sus hermanas. Me parecía que iban a reprocharme la muerte de Maria como un crimen mío, exclusivamente mío, pues si ella no hubiera emprendido, a mis instancias, el viaje fatal… Fue él, don Rodrigo, quien apareció en mi

busca.

Muy entero. Siempre había sostenido que el hombre no debía dejarse vencer por la adversidad, cualquiera que fuese la intensidad de sus dolores, de sus contrariedades. Y él mismo practicaba este principio con una dignidad conmovedora. Me abrazó en silencio, me instó a tener valor, resignación. Lo estoy viendo con su blanca barba en punta, que pedía una golilla, como las de los retratos de sus antepasados, conquistadores y encomenderos, oidores canónigos, que tantas veces me mostró en los salones de su casa.

Me sabía ya por cierto de memoria los nombres y títulos de aquellos señorones: Cisneros y Marmolejos, Mendozas y Ruices de Gamboa. Todo un nobiliario colonial disecado al óleo en esos salones vastos y silentes como los de un museo.

Yo había sido aceptado en razón de mi linaje para prolongar tanta gloria pasada. Yo poseía también antepasados coloniales, sin tener nada que ver con esa ralea de comerciantes vascos e ingleses que llegó después a medrar con los despojos de la guerra que «nosotros —decía don Rodrigo, por él y por mí, por los suyos y los míos— habíamos sostenido contra los bárbaros por espacio de tres siglos…».

Insisto en esto de los antepasados porque los sucesos que me ocurrieron posteriormente, tan inesperados, tan extraordinarios, tienen íntima relación con ello. Por don Rodrigo supe yo, por lo pronto, las vinculaciones que me unían en línea directa, por mi madre, con los González de Nájera de la época de la Conquista, cuyo nombre llevo ahora y de cuyo solar soy en España el actual hidalgo. En el siglo XVI vino a Chile un historiador que se llamó exactamente como yo me llamo ahora: Alonso González de Nájera. Siempre me había reído de tales antiguallas, impropias de estos tiempos y enteramente ajenas a mi temperamento y mis ideas. Pero llegué a mirarlas con simpatía desde el momento que fue por ellas que pude franquear el portón chapeado de la casona de los Cisneros-Ruiz de Gamboa. Tengo motivos para recordar prolijamente su escudo, con su león, su brazo armado y su cimera. Pues lo vi no solamente en el frontis de la casa de don Rodrigo. También… Pero no. Es mejor no alterar el orden de los acontecimientos.

¿Y bien? Todo perdido. Todo inútil. Aquellas fatigosas y

pacientes veladas de antepasados, con su cortejo abrumador de hazañas, frases notables y adversarios partidos por la mitad de un solo mandoble… Aquella lenta labor de conquista de un futuro suego con fama de inexpugnable… Solo sirvieron para aproximarme a la felicidad, posar la mano en ella y sentirla desvanecerse. Bastó una fracción de segundo para que fuera solo un montón de huesos rotos y sedas ensangrentadas la que hasta la noche fatal gozó de la fama de ser la más bella entre las mujeres de Chile. Y la más adorable, además, por lo que yo y otros íntimos conocíamos de ella: el carácter, la bondad, la gracia sobrehumana con que lo impregnaba todo.

Era, pues, una especie de harapo humano, en lo moral, el aspirante a piloto aviador que el 9 de marzo de 1914 salía con otros cuatro compañeros a rendir las pruebas prácticas para alcanzar el *brevet*. Mi destrucción interior era probablemente mucho mayor que lo que mis hermanos y amigos podían sospechar.

A las cuatro de la madrugada de aquel día estábamos los aspirantes en la cancha, con nuestros mecánicos y algunos amigos y curiosos. Solo mediante un enorme esfuerzo de mi voluntad logré hacer como que me interesaba por los preparativos de nuestra prueba.

La tarea era: trazar un triángulo Lo Espejo-Melipilla-San Antonio-Lo Espejo, de un solo vuelo. Poco más de 200 kilómetros. Un juego de niños para cualquier aviador, aún novato, en la actualidad. En aquel tiempo, con aquellos aparatos, una verdadera hazaña.

Todo era rudimentario, pobre, entonces en la Escuela de Aviación. Faltaban reflectores; unas linternas de mala muerte nos ayudaban en la labor de preparar las máquinas. Por fin, a eso de las cinco, estuvimos listos. Los motores zumbaban de una manera infernal. Tenían una sola velocidad, los pobres, y no podían marchar sino de esa manera furiosa: al máximo. El primero en partir fue Tucapel Ponce, lo recuerdo. Iba en un Breguet. Yo lo seguí en mi Sánchez-Besa, especie de carreta alada en que el piloto sentía la sensación de ir solo e inerme en medio del vacío, pues la cabina estaba en la parte delantera, muy sobresaliente, y todo lo demás, motor, hélice, tren de aterrizaje, quedaba atrás, invisible.

Daban las cinco de la mañana, y la primera luz del alba asomaba por encima de la cordillera.

Estaba despejado al este; hacia el lado de la costa, en cambio, o sea, en la dirección que debíamos tomar, se alzaba una alta barda de nieblas. Yo vi a Ponce perderse en la penumbra. Desapareció hacia el noroeste. Minutos después me encontraba yo también volando entre nubes espesas.

Ningún instrumento que me diera la altura. Solo un pequeño compás de aceite. Con su ayuda traté de orientarme hacia donde suponía debía encontrarse Melipilla. Al cabo de una hora de vuelo, siempre entre neblinas, decidí virar en redondo. Había perdido por entero la ruta, seguramente, pues en varias ocasiones vi que debajo de mí aparecían, como obscuros lomos de elefantes entre la maleza, las cumbres de la cordillera de la costa. Fue un milagro que volando a ciegas de aquel modo no me estrellara contra alguna de esas moles invisibles. Y pensándolo bien, en aquel momento, con aquella pena, creo que bien poco me hubiera importado.

Cerca de las seis aterricé de nuevo en Lo Espejo, con cielo límpido hacia el cenit y el este. Ponce había regresado pocos momentos antes, y se aprestaba a revisar su máquina.

La mía, que había tenido algunas fallas, según los entendidos que la oyeron funcionar, también debía ser revisada nuevamente. Me alejé de aquel sitio, dejando a los mecánicos que hicieran lo que mejor les pareciese.

No me olvido; se hizo a mi alrededor como un círculo de soledad y de silencio. Me dejaban masticar mis pesares, ciertos de que en aquel momento cualquiera palabra habría sido inoportuna.

Se hizo de día. Las horas pasaron monótonas, exentas de todo interés. Las voces de los mecánicos, las órdenes y el rugido de los motores en prueba dominaban el ambiente.

A las 9 había cielo despejado casi en todas direcciones. A partir de nuevo. A salir de una vez de aquella prueba enojosa.

Lo hice, lo confieso, sin ningún entusiasmo. El *laissez tout* me pareció, no sé por qué, que era en realidad una despedida eterna. Dejarlo todo. Desaparecer… Hundirse en el infinito, huir… Pero ¿dónde?, ¿cómo evadirse de sí mismo, de la pesadumbre que lleva uno dentro? ¿Dónde ir a buscar lo irrecuperable?

La niebla, que estaba como agazapada en todo el valle del Maipo en dirección al mar, a mil metros debajo de mí, se levantó de pronto, en alas de una de esas repentinas ventoleras de otoño. En pocos minutos me sentí de nuevo aislado de todo, sumergido en una masa gris, impalpable y húmeda, que me ocultaba el resto del universo en todas direcciones.

Tomé, según mi compás, el rumbo del Noroeste. El Sánchez-Besa hendía la neblina con rapidez que me parecía vertiginosa. Las nubes deshilachadas corrían hacia atrás como fantasmas en huida. Tal vez media hora transcurrió así, y yo perdí al cabo toda noción de la comarca por encima de la cual debía de ir volando.

Decidí volver, por segunda vez, en demanda del punto de partida, cierto ya de la imposibilidad de dar fin a mi *raid*. Pero, junto con decidirlo e imprimir el correspondiente movimiento al bastón de comando y a los pedales, una ráfaga fortísima se apoderó del avión, que me dio la impresión vertiginosa de ir flotando en el viento lo mismo que un papel arrebatado por un remolino.

Ensayé un empleo enérgico de los controles, inútil. El viento era dueño del pobre Sánchez-Besa, y lo proyectó como una catapulta en una sucesión de locas oscilaciones, que vanas veces por poco me arrancaron de mi asiento.

Me las había con un huracán, fenómeno bien raro en aquella época y tal zona del país. Comprendí que no había nada que hacer, sino entregarse al destino. Era a lo que estaba resignado, por lo demás, sin habérmelo confesado yo mismo. Pasara lo que pasare, ¿qué me podía importar ya?

Tenía la sensación de que todo había acabado. En un instante cualquiera el Sánchez-Besa iba a descuartizarse en el aire como un volantín demasiado frágil. Yo sentía esto como una evidencia, como un hecho inminente, y, cuando trato de revivir aquellos minutos, recuerdo no haber experimentado la menor rebelión del instinto. La idea decaer y estrellarme contra el suelo, que más de una vez me había asaltado y aún sobresaltado en mis vuelos anteriores, no me causaba ninguna inquietud. El dolor suele adormecer hasta ese punto los reflejos vitales. ¿Vivir? ¿Morir? Me era igual. Y casi experimentaba una sensación gozosa al verme de aquel modo, solitario en lo alto, presa de los elementos, con mi existencia pendiente del capricho de una ráfaga.

Yo no era más que una partícula humana, un grano de polvo perdido en la soledad infinita. Y el Sánchez-Besa, un juguete minúsculo impulsado a velocidad fantástica hacia lo desconocido. Me pareció que mi motorcito de 80 caballos hacía el ridículo en medio de aquel huracán desatado, y sin darme cuenta de lo que hacía, corté el contacto. Se hizo un súbito silencio, en el que solo se escuchaban el leve zumbido de la hélice y el silbido del viento, cortado por los alambres del avión. No sé cuánto tiempo transcurrió así. Recuerdo que un frío intensísimo, denunciador de una altura jamás alcanzada por mí hasta entonces, se apoderó de mis miembros, y que poco a poco fui presa de una extraña somnolencia. Al estado de abandono, de inercia moral en que vivía desde el día trágico, se agregaba entonces una creciente atonía física, algo así como un letargo. Pensaba en mil cosas diferentes e inconexas, y un zumbido que no era el de la hélice ni el del viento resonaba en mis oídos.

De improviso las nubes desaparecieron de sobre mi cabeza. El sol brilló. Pero abajo, a una distancia que por instantes se hacia mayor, se extendía un océano de nubes espesas hacia el norte, el sur y el Oeste hasta perderse de vista. A mi derecha, muy cerca, emergiendo de aquella superficie algodonosa, avisté algunos picos de la cordillera. Eché una ojeada atrás y divisé hacia el sur, quizás a centenares de kilómetros, la masa blanca del Aconcagua.

Por un movimiento maquinal volví a dar contacto. El motor hizo dos o tres explosiones falsas, y rompió a andar, con dificultad primero, luego más regularmente. Pero yo sentía que la hélice, a mis espaldas, daba vueltas en vano. El aire era demasiado enrarecido para que lograra «atornillar» en él. Mas, evidentemente, mi biplanito avanzaba a buena marcha. Pude notarlo al divisar su sombra imprecisa y diminuta, resbalando sobre la superficie de los nublados a mil metros debajo de mí.

Si hubiera dispuesto de un altímetro, es probable que mi pobre Sánchez-Besa registrara en aquel momento un inédito récord de altura. Me hizo sonreír con amargura la vanidad presente de aquella hazaña, que quizás me hubiera deslumbrado pocos días antes, cuando la vida tenía un sentido glorioso para mí.

Habría pasado con exceso el mediodía, cuando la alfombra de nubes sobre la cual volaba mostró su límite por el norte. Más allá se

extendía una bruma tenue, de luminosa transparencia, que bien pronto estuvo a mis pies. El Sánchez-Besa se movía ahora por sus propios medios, después de haber descendido tal vez unos dos mil metros. Sentí curiosidad por saber qué tierras iba a ver a través de los leves vapores que habían sucedido a los nublados. Pero donde esperaba ver la mancha verde de alguno de los valles transversales que de trecho en trecho cruzan el país, solo encontré montañas yermas, rugosas, reverberando al sol. En todo lo que la vista lograba abarcar hacia el oeste el desierto se extendía. Calculé encontrarme quizás a seiscientos kilómetros del punto de partida, sobre alguna zona ignorada de la cordillera de Atacama o Antofagasta. A la derecha, destacándose sobre la masa de montañas obscuras, se erguían varios volcanes en hilera, de norte a sur.

De súbito sentí enmudecer el motor a mis espaldas. Comprendí: ya no tenía combustible. Y el viento, que me había llevado en sus ancas poderosas a lo largo de medio país, se había ido ya a otras regiones. Sin ninguna fuerza que lo sustentara, el Sánchez-Besa empezó a picar, y yo lo mantuve planeando en busca de algún sitio donde descender.

Las corcovas de las montañas parecían crecer a medida que el Sánchez-Besa realizaba sus zigzagues en descenso. Salvé a muy corta distancia de mí una alta cresta rocosa y me encontré primero encima y luego dentro de un profundo valle, árido también, circundado por altas montañas perpendiculares. Ya era forzoso resignarse al aterrizaje en el fondo de aquel inmenso circo, cuyas barreras el Sánchez-Besa ya no podría transmontar.

Providencialmente, avisté más allá de una zona ondulada y fragosa una planicie que no ofrecía al parecer el menor accidente. Sobre ella posé blandamente la máquina, que corrió sin un tropezón en aquella cancha proporcionada por el azar, hasta detenerse por sí sola.

«Está de Dios —me dije— que yo no haya de morir todavía».

Consulté el compás. La máquina estaba enfilada directamente hacia el norte. Salté al suelo, que me dio la impresión de ser el lecho seco de un antiguo lago. Ni una huella, ni una señal de vida en él.

Me di a examinar aquel paraje, imponente y tétrico, que me hizo recordar ciertos grabados del infierno de La Divina Comedia

ilustrada por Doré, que don Rodrigo tenía en su casa, y que más de una vez habíamos hojeado con María. Paisajes de pesadilla, bañados por una luz de otro mundo: áridos como aquel, y rodeados de barrancas que pierden sus cumbres en el cielo.

Un silencio vasto, solemne. Un silencio como yo jamás había escuchado otro. Silencio de soledad, de ausencia de vida. En él, los latidos de mi corazón y el paso de la sangre por las arterias los oía nítidamente, adquirían una importancia enorme. En quién sabe cuántas leguas, acaso mi cuerpo era el único organismo en que alentaba la vida.

Miré en torno. Por todos lados la muralla rojiza, por el oeste sumida en la sombra, por el este deslumbrante bajo el sol, sin una senda, sin un pliegue. Tenía aquel valle la forma de una elipse, con un desarrollo de muchas leguas. Hacia el oeste, en la lejanía, parecía angostarse y formar un recodo que se perdía hacia el norte. ¿Acaso una salida, un portezuelo que condujese a alguna parte conocida y habitada?

No poseía ninguna referencia anterior que me permitiera formarme una idea del sitio en que me encontraba, salvo la presunción, bastante vaga, de hallarme en algún lugar cordillerano de la provincia de Atacama o la de Antofagasta. ¿Cuál sería el pueblo más próximo?

3

El fugitivo

Veíame, pues, convertido por la casualidad en un explorador. Un hombre forzado a buscarse la vida en medio de las soledades desconocidas y encontrar el camino de las zonas pobladas. ¿Cuáles eran los elementos con que contaba para tal empresa? Hice un ligero inventario de mis recursos, prescindiendo del Sánchez-Besa, ya del todo inutilizado por la falta de gasolina: una pistola Stayer, cargada con 9 tiros; un reloj de pulsera; un paquete de cigarrillos y fósforos; el traje de aviador militar que llevaba puesto, y que incluía un casco de cuero y un par de anteojos de vuelo; un pequeño cortaplumas; una pluma fuente, una libreta de apuntes y un lápiz. En la cartera, junto con unas reliquias de María, $ 275 en dinero, un billete de 100 francos —recuerdo de mi estada en París— y un cheque de 500 pesos girado a mi orden por un amigo, al final de una partida de póquer epilogada por unos cuantos carriles. Recordé que en la navecilla del biplano había quedado algo, en aquel momento muy interesante. Un termo con café, que en la madrugada había colocado allí mi ordenanza. Fui a buscarlo: estaba intacto, y el café algo caliente todavía. Bajo mi asiento en el avión encontré un pequeño estuche de herramientas. Mi gorra de servicio también estaba allí. La cambié por el casco, inútil ya, y dejé en el mismo sitio los anteojos.

El aroma del café puso en acción mis jugos gástricos adormecidos, y sentí un apetito repentino y violento. Bebí de tres sorbos el contenido del termo, a la sombra del Sánchez-Besa, porque el sol picaba fuerte. Y me decidí a partir en exploración.

Marché hacia el este. El piso se extendía a nivel por espacio de unos diez kilómetros. Mi sombra se alargaba ya desmesuradamente en el suelo cuando dejé el lecho seco del lago para entrar en una planicie, en suave subida, sembrada de cascajos de origen volcánico en apariencia una piedra grisácea y porosa que en ocasiones se rompía bajo mis pisadas. Más allá encontré el fondo del valle cubierto de altas rocas, agudas y erectas como monolitos. Advertí aquí y allá algunos matorrales de aspecto raquítico, y a su sombra, míseras matas de hierba de un pálido color anaranjado.

Tres horas de marcha llevaría cuando llegué al sitio en que el inmenso anfiteatro en que me hallaba hacía un recodo hacia el nordeste. Al desembocar en él encontré un panorama nuevo. Estaba a la entrada de un valle como el anterior flanqueado de altísimas montañas, pero con extensas manchas de verdura en diversos sitios. Al fondo, muy lejos, divisé el cono nevado de un volcán. El valle descendía en gradiente bastante pronunciada. Supuse que aquellas manchas verdes deberían responder a otros tantos manantiales, deducción bastante satisfactoria para un sujeto como yo, presa de una sed torturadora.

Un descubrimiento no menos grato hice minutos después; huellas y guano de animales en el piso arenoso. Presumí que se tratase de cabras, o quizás vicuñas o guanacos. Difícil me hubiera sido determinarlo, dada mi total ignorancia en estas materias. De pronto me encontré pisando tierra pantanosa, y luego un pastito verde y menudo, el pasto de las vegas. Y no tardé en hallar el manantial causante de aquel pantano. Sin ningún remilgo me eché de bruces y sorbí a grandes tragos, a la manera de los malos soldados de Gedeón, aquella agua cristalina, sumamente helada y con cierto sabor mineral.

El sol había desaparecido ya del fondo del valle; solo las montañas del oriente mostraban sus cimas inflamadas por una barda de fuego. Miré el reloj, eran las 6 de la tarde. Rendido, busqué una roca en donde abrigarme de la brisa que empezaba a refrescar, y me tendí a reposar un momento.

Era ya de noche, noche sin luna, cuando me incorporé de nuevo. Las estrellas, que me parecieron más cercanas que de ordinario, brillaban de un modo prodigioso. Me encaramé sobre la roca para ver si en algún sitio divisaba alguna luz, denunciadora de una

vivienda humana, un rancho de indios, un campamento de mineros o de pastores, qué sé yo.

Un sobresalto: un tropel alado surgió a pocos metros a mi derecha, y por sobre mi cabeza pasó una bandada de patos silvestres. Era la primera manifestación de vida que encontraba en aquellos parajes.

«Menos mal —pensé, recordando mi Stayer— que bien me podría dar el sustento al otro día si encontraba algún pato u otro bicho más o menos comestible desprevenido y a tiro». Pues mi apetito empezaba a tomar los caracteres inquietantes de un hambre imperiosa. Por primera vez en muchos días.

Se hacia más espesa la vegetación a medida que avanzaba, y varias veces mis pies se hundieron en bruscas depresiones y estuve a punto de caer. Estaba en verdad demasiado obscuro para continuar la exploración sin peligro de dar en algún barranco inesperado. Busqué de nuevo una roca en qué ponerme al reparo del viento. Con ramas secas que recogí aquí y allá encendí una hoguera, me acurruqué junto a ella, y no sé si mucho o poco tiempo después me quedé dormido.

Cuando desperté, transido y derrengado, ya era de día. La roca que me había servido de respaldo era un imponente peñasco de color, rojizo; el valle estaba cubierto de rocas como aquella: verdaderos islotes en medio de un mar de matorrales y altas hierbas.

Me puse de pie, con una lenta distensión de los músculos doloridos. Y me disponía ya a hacer unas cuantas flexiones para entrar en calor, cuando algo hirió mi olfato, que me paralizó, al mismo tiempo que sentía una actividad extraña en mis glándulas salivales. Era un delicioso olor a carne asada. Miré a todos lados. Una leve humareda se elevaba con pereza, en el aire quieto, por encima de la roca.

Iba a rodear la peña sin más ceremonia en busca del origen de aquella humareda y aquel aroma apetitoso, pero, no sé por qué, me pareció prudente hacer una investigación con cierta cautela. Pues, ¿sabia yo con quién iba a encontrarme? ¿No habría por allí a lo mejor indios salvajes e inhospitalarios, capaz de alguna trastada?

Con el sigilo de un piel roja de mis lecturas de infancia repté por

el lomo de la roca, arrastrándome por centímetros, orientado por el humo tenue. Lo primero que vi al lado opuesto no era como para tranquilizarme: una vieja canana cargada de cartuchos, y, en una funda bastante deteriorada, un revólver de tamaño descomunal, empavonado de negro, como el que usaban los policías en el Sur. La canana estaba como colgada al cuello de una piedra. Al pie de esta reparé en diferentes prendas harapientas y sucias. Inmediatamente al pie de la roca, debajo de mí, había un hombre, del que pude ver solamente los hombros puntiagudos, un sombrero deformado y muy viejo, y las piernas, muy largas, cubiertas por unos pantalones rotos en las rodillas. El calzado, si tal nombre podía dársele, dejaba ver los dedos. Aquel hombre estaba sentado en una pequeña piedra, y se ocupaba en darle vueltas a un asador rústico sobre una hoguera de leña; en el asador, algo que me pareció un pato, y un animal que probablemente era un conejo u otro de su tamaño. ¿Qué fue lo que me impulsó, en aquel momento a echar mano a mi Stayer, antes de que aquel pobre diablo advirtiera mi presencia? No sé, pero el hecho es que cuando él al fin se volvió con vivo sobresalto, me vio medio incorporado sobre la roca y pistola en mano. Soltó en el acto el asador, dio un salto instintivo, como para huir, y, por último, levantó las manos.

—No me haga nada, señor oficial —exclamó con aire suplicante —. Estoy dado.

Solo entonces me di cuenta de mi apostura amenazante. Me reí, y le dije, con acento tranquilizador:

—No tema nada, amigo. Baje las manos no más.

Salté de la roca al suelo, enfundando la pistola.

—No soy un policía —le advertí—. Soy aviador, y ando perdido. Mi aeroplano quedó ayer unas leguas más allá. ¿Dónde nos encontramos?

El sujeto no pareció al principio muy convencido. No abandonó su aire cauteloso, que me hizo recordar el de un zorro perseguido. Tenía la barba crecida, negra y rala, a trechos como chamuscada de blanco, y una mirada entre maliciosa y asustada. Los labios, tal vez demasiado cortos, mostraban una recia dentadura de roedor en una permanente semisonrisa de sarcasmo.

Me miró a la cara, me examinó de la cabeza a los pies.

—Hum —hizo por toda reflexión. Echó una ojeada a su revólver,

distante unos pasos.

Yo le dije:

—Ya le digo que no pretendo hacerle nada. Deje el revólver tranquilo. Y no permita que su desayuno siga revolcándose ahí en la tierra. Porque pienso hacérmele el convidado, ¿sabe? No como nada desde ayer.

—Ha llegado a tiempo, entonces —repuso él, y recogiendo el asador, limpió de tierra a grandes soplidos, y con ayuda de los dedos, la caza a medio asar, y volvió a ponerla al fuego.

Yo examiné entonces la «vivienda» de aquel sujeto. Era una especie de caletilla en el flanco de la roca. Un rincón muy superior al que había utilizado yo. Había en el suelo varias «pilchas» y un maletín cuadrangular muy liado con amarras. Pero no ofrecía aquel sitio demostraciones de haber servido de albergue mucho tiempo. Era probable que fuese aquella la primera vez.

—Usted vive por aquí, ¿ah? ¿Cómo se llama este sitio? —le pregunté.

No me contestó inmediatamente, al parecer muy preocupado del fuego y el asador. Y al fin dijo, irónico, encogiéndose de hombros:

—Ojalá yo lo supiera…

—¡Cómo! ¿Entonces usted no es de por aquí? ¿En qué anda entonces?

Me echó una mirada de soslayo, zorruna y desconfiada.

—Claro que por mi gusto no ha de ser —dijo al cabo de una pausa—. Ando tan perdido como usted, mi teniente.

—¿Y cómo vino a parar a estos sitios?

Tardó en contestar:

—¡Pse! Cosas de la vida…

No dijo más. Una sonrisilla maliciosa se le escondía por entre la barba rala. Pero yo hacía rato que estaba cierto de hallarme en presencia de un delincuente, un fugitivo. ¿De qué clase de crimen? Traté de inducirlo mediante un ligero escrutinio de su traza, de sus prendas… Mis ojos se detuvieron en el maletín, en el que advertí las iniciales «FCAB», pintadas con tinta negra. ¿FC? «Ferrocarril», me dije mentalmente. Y apenas hube dado con la significación de las otras dos letras: «AB», Antofagasta a Bolivia, caí en la cuenta de quién era aquel curioso personaje.

Lo descubrí, más que con sobresalto, con admiración. Aquel sujeto esmirriado, incapaz, al parecer, de matar una mosca, era nada menos que el asaltante solitario de un tren en medio del desierto. El héroe de uno de los atracos más temerarios perpetrados en el país. Completamente solo, sin más armas que su revólver y una audacia inaudita, había intimidado a todo el personal de un «tren pagador», para desaparecer en seguida llevándose un maletín con más de 50 000 pesos. Yo lo había leído en los diarios, y más de una vez, en las conversaciones del casino, habíamos admirado el coraje de aquel hombre. Meses de pesquisas y exploraciones en su busca habían sido ridículamente inútiles.

¡Y estaba allí, en cuclillas, hecho una lástima, astroso y consumido, sosteniendo mansamente un palito con su pato y su conejo ensartados!

¿Qué me correspondía hacer? ¿Prevenirlo de mi descubrimiento o no darme por advertido? Y aún no había tomado una decisión clara, cuando, no sé por qué, de modo casi maquinal brotó de mis labios esta pregunta:

¿Así que hace tres meses que anda por estos lados? Era más o menos el tiempo transcurrido desde el asalto al tren.

Me lanzó una ojeada rápida, temerosa y a la vez impaciente.

—¿Qué es lo que dice?

—No se inquiete —le contesté. Y señalándole el maletín—: Ya sé quién es usted —proseguí—. Pero no tenga cuidado. ¡Nada tengo que ver con lo que usted haya hecho!

Él movió la cabeza de un modo vago. Y yo, en parte para tranquilizarlo cambiando de tema, y en parte impulsado quizás por las exigencias miserables de mi estómago, le señalé el asado:

—Uno de esos bichos es un pato, ¿no es eso? El otro, ¿es una liebre?

—Una vizcacha —contestó—. Por aquí hay muchísimas. Vea, allá está el cuero.

En efecto: a orillas de un puquio, a algunos metros, vi unas vísceras, sangre, plumas desparramadas y una piel de color pardo grisáceo.

—Esto parece que ya está listo —añadió mi hombre—. ¿Tiene cuchilla?

—Una cortaplumas. Pero es suficiente.

Él sacó de su cinturón un cuchillo de hoja recta y puntiaguda, y del bolsillo de la chaqueta, un puñado de sal.

—De esta hay también mucha por estos lados —me explicó—. Unos salares que tienen leguas. Sin mayores ceremonias nos pusimos a comer. El me dijo entre bocado y bocado:

—Esto, y algunas ensaladas de una hierba que parece romaza, muy abundante en las vegas, es lo que he comido yo por aquí. Los patos los cazo a revólver, a las vizcachas les hago trampas.

—Realmente son exquisitas. Quizás es el hambre…

—Con buena hambre no hay pan duro, como dicen. Y lo que usted va a echar de menos aquí es el pan, le diré. Yo a veces llego a soñar con marraquetas.

—Pero ¿usted cree que tendré que estar por aquí mucho tiempo?

—¡Quién sabe, señor! ¡Quién sabe!

—Pero…

—Yo creo que esto no tiene salida por ningún lado —me dijo—. Yo hace meses que se la busco, y no la encuentro. Ni un cabro sería capaz de subir por esas barrancas. Y siguen iguales, iguales por leguas y leguas.

—Pero ¿cómo entró usted al valle?

—Es lo que ni yo mismo sé. Al principio, después de aquel asunto…, usted me entiende, todo lo que me interesaba era alejarme de la línea férrea. Mi plan era irme a la Argentina; pero como en verano los pasos son muy frecuentados, me vine hacia el sur buscando alguna pasada desconocida entre Guatiquina y Socompa. A la orilla del salar de Atacama se me murió la mula. Seguí a pie y botando cosas por el camino, para alivianarme. ¡Cuántas veces estuve tentado de dejar el maletín! Me pesaba más de diez quintales a ratos. Dormía de día, metido en alguna boratera abandonada o en alguna rendija entre dos piedras, y caminaba de noche, orientándome por los volcanes. Una noche me metí por una quebrada honda; perdí de vista los volcanes, anduve, anduve… Y bajé a este valle no sé por dónde. Al aclarar me encontré en medio de él, me parece que algunas leguas más abajo de aquí. He tratado muchas veces de dar con el paso por donde llegué. Pero ha sido inútil.

—¿Y sus huellas?

—Tampoco las pude encontrar. Había mucho pasto, tal vez, en

el sitio por donde desemboqué al valle.

—Diga, ¿no ha visto rastros como de cabras o guanacos?

—Y guanacos también. Y vicuñas. Y también avestruces. Pero hasta ahora no he podido saber dónde se meten. Porque aparecen y desaparecen como si salieran de debajo de la tierra. ¡Si hasta he encontrado huellas de cristianos, señor! Pero nunca he visto a nadie.

—¿Huellas de «pata pelada» o con zapatos?

—Ni una ni otra cosa, creo. Deben ser gente que usa «chalailas», como los indios. Seguramente hay indios por aquí cerca. Pero ¿dónde diablos viven?

Me quedé cavilando un rato, y por último le propuse:

—Cuatro ojos ven más que dos. Dediquémonos a explorar con cuidado, usted en una dirección, yo en otra, y de vez en cuando nos juntamos, por ejemplo, en este mismo sitio, que señalaremos con una bandera. Cualquiera de estas cosas nos puede servir. Digamos esto…

Mis ojos habían reparado en un gran pañuelo rojo, de esos que se llaman de hierbas, que yacía no lejos del maletín.

—Es el de aquel día, ¿ah?

Asintió, con su sonrisa cínica, no exenta de cierto gracejo. Con aquel pañuelo mi hombre se había cubierto el rostro al asaltar el tren.

—Bueno —añadí—. Acabamos de almorzar juntos y de hacer una especie de alianza. ¿No nos presentaremos?

Le dije mi nombre.

—Y usted, ¿cómo se llama?

Pensó un segundo. Luego dijo:

—Froilán… Froilán Vega me llamo, mi teniente.

Era, sin duda, un nombre falso. Pero al fin un nombre, y lo di por aceptado. Le tendí la mano.

—Bien. Mucho gusto…

—¡Chupallas, mi teniente! —exclamó él, torciendo el gesto al sentir la presión de mi diestra—. Eso se llama «tener ñeque».

—El suficiente no más —le dije—, satisfecho en mi interior de haberle hecho saber de aquel modo amistoso cuál de los dos era el más fuerte.

Pocos instantes después, armados ambos y con algunos restos de

víveres en las faltriqueras, nos poníamos en marcha. Froilán Vega, mientras yo colocaba la bandera, bien acuñada con piedras, en lo alto de la roca, había tenido la precaución de envolver en sus *pilchas* el maletín, y esconderlo en una grieta profunda, bien cubierto de malezas.

—Hay que ser precavido —explicó—. ¡Quién sabe si esto nos pueda servir más tarde!

Me divirtió y me conmovió al mismo tiempo la naturalidad generosa con que el muy bandido, por medio de aquel me asociaba al producto de su salteo.

A poco andar nos separamos: él hacia la izquierda, yo hacia la derecha. Habíamos quedado en juntarnos al atardecer en el mismo sitio donde habíamos pasado la noche, y darnos mutua cuenta de nuestras exploraciones. El primer día fue enteramente infructuoso. Salvo un pato que cacé en un pantano, disparándole de mampuesto con mi Stayer, nada traía conmigo que pudiera servirnos, al llegar a nuestro cuartel general, al atardecer. Froilán se me había adelantado, y lo encontré junto al fuego, asando un par de vizcachas. Tenía la expresión preocupada.

—¿Usted bajó la bandera? —Fue lo primero que le pregunté, a pesar de que en realidad la señal no me había hecho mucha falta para dar con nuestra peña, más grande que todas las del contorno.

—No, pues, y eso es lo que me preocupa.

—¡Diablos! ¿Y quién puede haber sido?

—Indios, sin duda. Yo al principio pensé que pudiera haberse caído, Pero no. No había ni humos de palo ni de bandera. Únicamente las piedras desparramadas.

—¿Y el maletín?

—¡Ah! Ese no lo olieron por suerte.

—¿Y no dejaron huellas?

—Muchas. ¿Ve?

—En efecto. En diversos sitios había rastros humanos que no podían ser nuestros, y que cruzaban en todas direcciones.

—Encontré también otra cosa —dijo Froilán Vega—. Venga a ver.

Dejó el asador sostenido por dos piedras, y me guió a un sitio no distante de allí más de cuarenta metros. En un pequeño descampado había una gran mancha de sangre, las vísceras dispersas de un

animal de gran tamaño. Un jote enorme, o tal vez un buitre, emprendió pesadamente el vuelo al aproximamos nosotros.

—Aquí han carneado un guanaco —dijo Froilán—. Y ha sido entre muchos la cacería. Vea la «tupición» de rastros… Pero…, ¡fíjese!

Miré con cuidado. Había unas huellas distintas de las otras. Las huellas de un pie calzado no con sandalias indígenas, sino con zapatos, de suela casi cuadrada en la punta y tacones angostos que se hundían profundamente en el suelo algo arenoso.

«Taco de huaso… o de mujer —me dije, recordando los altos tacones de nuestros hombres de campo en el Sur—. Esto si que se está poniendo interesante».

Volvimos a nuestra peña, y mientras devorábamos la cena, que fue epilogada por un par de cigarrillos, nos dimos a divagar sobre el origen de lo que acabábamos de ver. Y estas conjeturas duraron hasta que nos sorprendió el sueño.

Froilán fue el primero en dormirse. Yo permanecí unos instantes entregado a los pensamientos más confusos. Llevaba ya varias semanas de sensaciones extraordinarias. Un accidente de automóvil, vulgar en apariencia, había cambiado por completo el sentido, el rumbo de mi vida. Y desde ese instante mis días habían sido una sucesión de pesadillas…

***

Al despertar al día siguiente, encontré fija en mí la mirada vulpina de Froilán Vega, que se disponía a ensartar en el asador el pato que yo había cazado.

—Qué hay, mi teniente. Salió bueno para la pestaña, ¿no?

—Es que me dormí tarde.

Fui al manantial para hacer mis abluciones. Después del desayuno nos trazamos un plan nuevo. Nos pareció prudente trasladar nuestro cuartel general, desde luego; pero también estuvimos de acuerdo en que convenía observar aquella región desde algún escondite, por si los cazadores de guanacos reaparecían por allí.

Fue lo que hicimos. Emboscados convenientemente, montamos guardia largo rato. Pero nadie apareció, y resolvimos emplear el resto del día en nuevas exploraciones.

Partimos, pues, pero esta vez juntos; cosa que también nos pareció prudente. Tomamos en rumbo oblicuo en dirección al acantilado del oriente, pero avanzando siempre valle abajo, hacia el norte. Habríamos caminado un par de horas, cuando sentimos a nuestra derecha un galope leve y rápido. Nos echamos a tierra, ocultándonos en la maleza.

Uno tras otro, con corto intervalo, tres animalitos gráciles, de elegantes movimientos, pasaron al trote ante nuestra vista. Aminoraban visiblemente su andar, y a poco se detuvieron del todo.

—Vicuñas —me dijo Froilán con voz casi imperceptible.

Estaban tal vez a cuarenta metros de nosotros. Oteaban el aire alzando el hocico tembloroso; sus orejas se movían como antenas. Nosotros casi no respirábamos.

Una de las vicuñas, de un salto, se encaramó en una roca, larga y aplanada, como el lomo de un cocodrilo, y se quedó allí, inmóvil, tomando el viento.

—¿A que me le atrevo? —murmuró Froilán, desenfundando su enorme Colt con infinita precaución.

—¿A esta distancia?

—Estos trabuquitos hacen blanco a 200 metros. Voy a hacerle empeño.

Extendió un poco el brazo izquierdo, apoyé en él el cañón de su Colt, y apunté. Un segundo después hizo fuego.

La vicuña dio un salto epiléptico, y luego cayó redonda. Las otras dos desaparecieron valle abajo como una exhalación.

—Está despaletada —dijo Froilán.

Partió en dirección a la roca en que la vicuña yacía pataleando e irguiendo dolorosamente el cuello fino. Un instante después mi compañero caminaba por el dorso de la piedra, buscando puntería en la cabeza del animal para rematarlo. Y en ese instante algo como una sombra pasó zumbando por sobre mi cabeza, a tiempo que veía a Froilán vacilar, y luego caer de la roca, desplomado. Algo se le había enredado en las piernas.

Antes de que yo lograra volver de mi sorpresa, dos individuos vestidos a la usanza indígena, armados de arco y flecha el uno, con

una lanza corta el otro, se precipitaron sobre él. Yo no podía vacilar. Saqué mi Stayer y disparé sobre el indio que estaba más próximo a Froilán. El indio soltó la lanza y se tomó el codo derecho, con un alarido de dolor. El otro quedó como paralizado, sin verme todavía.

—¡Párate! —le grité incorporándome y apuntándole mi Stayer.

Por toda respuesta, el indio tendió hacia mí su arco. Yo alcancé a ver la punta de la flecha, su mano y su ojo en una sola línea dirigida hacia mi cuerpo. Pero no fui yo quien disparó. Una detonación se oyó desde el pie de la roca, y el indio cayó abriendo los brazos. La flecha, disparada sin dirección, trazó una loca parábola en el aire y vino a caer sin fuerza a diez pasos de mí. Froilán acababa de pagarme su deuda.

Corrí hacia donde él yacía. De paso pude ver que el indio de la flecha estaba muerto. El otro, al acercarme yo, trató de huir.

¡Alto! —le gritó Froilán, mientras trataba de desprenderse del enredo de cueros trenzados que le trababa las piernas. Era algo así como una boleadora, con las pesas de cobre.

Apenas lo hubo conseguido, nos precipitamos ambos sobre el indio, que, probablemente vencido por el dolor, se había sentado en el suelo, sosteniéndose el brazo. Pero su cara cobriza era de una perfecta impasibilidad. A guisa de introducción, Froilán le dio un puntapié por las costillas.

—¿Qué hubo, m'hijito? ¿Así que me ibas a ensartar, pues, no?

Parecía dispuesto a repetir el golpe.

—Aguarde, Froilán —le dije—. Mejor es que le interroguemos. No vamos a sacar nada con pegarle. Y mientras tanto, veamos si no andan más por ahí.

Un vistazo en rededor nos tranquilizó. No se veía a nadie, ni se escuchaba ningún ruido sospechoso. Me volví, pues, al indio herido, y le pregunté del modo más bondadoso que pude:

—¿De dónde vienes tú?

Silencio. Su cara, típicamente quechua, de nariz recta en una misma línea con la frente, ojos oblicuos y pómulos prominentes, no hizo el menor gesto. Miraba fijo delante de si. Le toqué el hombro.

—¿Eres sordo? Dime, ¿de dónde vienes?

El mismo silencio.

—No va a sacar nada, señor —me previno Froilán—. Hay que

aplicarle el sistema del inspector Achurra.

Este nombre, sin duda para él familiar en sus tratos con la policía de Santiago, me hizo un efecto raro pronunciado en aquel sitio.

Froilán tenía ya en la mano un vergajo, con el que se disponía a medir la espalda del indígena. Yo vi la cara de este animarse como con un resplandor interno, dentro de su impasibilidad de piedra. Me pareció que había visto u oído algo que nosotros no advertíamos.

En efecto. Tendí la oreja y escuché voces lejanas. Algo así como la algarabía de un rodeo o de una pelea…

—¡A tierra! —le ordené a Froilán—. Esa roca puede ser nuestra trinchera.

Arrastramos hasta aquel sitio el cadáver del indio, llevamos también con nosotros al prisionero, las flechas, la lanza, y también el cuerpo expirante de la vicuña, y nos parapetamos en observación.

Allá lejos, al pie de los acantilados, se movía gente. Brillaban armas. Pero ¿qué trajes eran aquellos? A la distancia solo podía advertir que eran de colores vivos, rojos unos, amarillos otros, de un verde brillante algunos… Había también indios armados de lanza o flecha. Uno de los bandos avanzaba, retrocedía el otro lentamente… La batalla, silo era, se desplazaba, pues, en dirección a nosotros.

Pero todo se desenvolvió a lo lejos, fuera del alcance de nuestras armas, y, casi, de nuestras miradas. La algarabía del combate fue cesando poco a poco, y toda aquella escena distante fue borrándose de nuestra vista como en el cine se disfuminan gradualmente, hasta desaparecer del todo, las imágenes lejanas. Se hizo el silencio, y las figuras que habíamos divisado al pie de los acantilados desaparecieron como si la tierra se las tragara.

Miré a mi compañero. Froilán, con los ojos fijos y su eterna sonrisa de coipo, estaba como alelado, en un esfuerzo por seguir viendo lo que ya no podía ver. El indio, al pie de la peña, seguía impasible, inmovilizado en la actitud en que le dejáramos, con su brazo roto sostenido por la mano izquierda.

—¿Qué hacemos? —le pregunté a Froilán, que al oír mi voz pareció despertar de un sueño.

—Vamos a ver…

—Parece que será lo mejor —le dije.

Organizamos nuestra expedición del modo que nos pareció más estratégico. Con un par de puntapiés, Froilán hizo incorporarse al indio herido, y lo empujó hacia adelante. Nosotros le seguimos. El indio caminó silencioso, sin volver la vista una sola vez, como un sonámbulo.

Solo entonces pude examinarle a mi sabor. Llevaba la cabeza cubierta con una especie de bonete o caperuza de lana roja, de tejido burdo, con dos salientes que le cubrían las orejas. Por debajo de aquel casco de lana le sobresalía en recios mechones negros, el cabello. Una camiseta de lana le cubría el cuerpo hasta más abajo de la cintura. Seguían unos calzones cortos, amplios, de color indefinible, en pliegues recogidos hacia el centro del cuerpo, como un chiripá. Llevaba las piernas desnudas, y calzados los pies con «chalailas» u ojotas de cuero sin curtir, sujetas por delgados correones amarrados encima del tobillo. Caminaba derecho, como si cumpliera una orden, en dirección al sitio donde se había librado el combate, y en donde todavía flotaba, disolviéndose en el aire, una tenue nubecilla de polvo.

Al cabo de una media hora de marcha encontramos la primera huella del combate. El filo de una espada rota, con huellas de sangre fresca todavía. Nos pusimos a escudriñar por entre los matorrales. El pomo de aquella arma tal vez no estaba lejos. Y, en efecto, muy pronto Froilán exclamó:

—Aquí está el mango, mi teniente.

Me lo trajo. Tenía todo el aire de una pieza de museo. El pomo de una tizona del más clásico estilo toledano. La guarnición semiesférica brillaba con reflejos de oro puro. Y del mismo metal parecía ser la cruz de la espada.

Estábamos examinándola, cuando de repente vimos al indio desaparecer tras un matorral, al mismo tiempo que le oíamos decir algunas palabras con lastimero acento. Corrimos en la misma dirección, y el cuadro más extraño se ofreció a nuestra vista. Al pie de aquel matorral, que era una enorme mata de chilca, yacía un personaje de aspecto venerable, que contrastaba de un modo que me pareció casi grotesco con el traje que vestía. Una indumentaria de teatro. Jubón de cuero, de color pardo, calzones de paño azul, y una golilla que me recordó instantáneamente la de los retratos tantas veces vistos en los salones de la familia Cisneros. Su rostro,

circundado de una barba blanca, terminada en punta, me recordó, asimismo, la cara del retrato antiguo de don Rodrigo.

El indio se había precipitado sobre él, y por cierto que en aquel momento su rostro no mostraba la impasibilidad de piedra que tanta impaciencia nos había producido. Era la suya una expresión de dolor inmenso. Con la mano izquierda, el indio trataba de enderezar al caído, mientras le miraba el rostro con ansiedad. El caballero, muy pálido, tenía los ojos cerrados.

A mi vez me incliné hacia él, y apliqué mi oído en su pecho, en la zona del corazón. Latía débilmente.

Había que hacer algo por aquel infeliz, y grité en el acto:

—¡Froilán!

—¿Qué hay mi teniente?

—¿No hay agua por ahí cerca?

—Debe haber.

—A ver si traes un poco, aunque sea en tu sombrero.

No sé por qué, empecé a tutear a Froilán como si se tratará de un sirviente mío. Y él no pareció extrañar el tratamiento. Partió Froilán como una exhalación, y yo me dispuse a dármelas de cirujano.

El caballero había abierto los ojos, y me miraba con extrañeza.

—No tema nada, señor —le dije—. Voy a ver modo de auxiliarle.

Él movió vagamente la cabeza, mientras yo lo tomaba en mis brazos, para conducirle a un sitio menos asoleado que aquel. Una vez que le hube tendido a la sombra de un arbusto, le despojé de un pesado tahalí chapeado de oro que le cruzaba el pecho y desabroché con no poco trabajo los gruesos botones de cuero del jubón. Debajo llevaba una camisa de lana, en la que se extendía una manchita de sangre. La desgarré con mi cortaplumas y una herida apareció. Seria de no más de unos tres centímetros, pero parecía profunda.

En aquel momento volvía Froilán con su sombrero rebosante de agua fresca. Yo me despojé de mi abrigo de cuero, de mi chaqueta de servicio, y a tirones arranqué entera una manga de mi camisa. El caballero me miraba hacer con ojos espantados, mientras yo, después de hacer tiras la manga, le lavaba la sangre. Una vez vendado de cualquier modo, le abroché de nuevo el jubón y volví a ponerme mis prendas.

—Gracias, caballero —murmuró el herido, con voz desfalleciente—. Dios se lo pagará.

Y dirigiéndose al indio, que permanecía inmóvil, le dijo algunas palabras en un idioma desconocido para mí.

El indio poniéndose la mano izquierda delante de los ojos, para hacerse sombra, exploró con la vista en todas direcciones.

Hizo un gesto afirmativo.

—Alerta, Froilán —dije, mientras desenfundaba mi Stayer—. Parece que van a volver.

En efecto. Vi que el indio se inclinaba, a tiempo que una flecha pasaba silbando por sobre nuestras cabezas y algunas voces se dejaban oír en dirección al acantilado.

Un sujeto apareció, con una espada en la mano. Vestía de manera semejante a la del caballero, pero su faz era harto distinta. La cara de un mestizo, de subido color moreno, con los pómulos salientes, que son comunes entre los hijos del antiguo Alto Perú, el pelo cayéndole sobre los hombros en negras crenchas, y en los ojos tirantes hacia las sienes, hundidos bajo las cejas, una mirada llena de odio le fulguraba.

Dio un grito y luego una orden para mí ininteligible. Varios indios aparecieron por diversos sitios. El trabuco policial de Froilán comenzó a funcionar. Alcancé a divisar a mi compañero con una expresión en la faz que no le conocía: la ferocidad gozosa del hombre de pelea, del que gusta de «la rosca por la rosca». Ya no era el pobre diablo flacuchento, encogido, que yo había encontrado al pie de una peña, con un aire de zorro acosado. Disparaba su revólver con una risa terrible y acompañando cada disparo de una chilenada insultante. Pero no era el momento de detenerse en contemplaciones. A mi vez hube de disparar contra un gran diablo cobrizo que se me venia encima, blandiendo una lanza. Lo vi caer con una pirueta rara, doblándose, cual si una flecha invisible le atravesara el abdomen….

Y no recuerdo más. Creo haber sufrido un golpe por la espalda. Sentí algo así como un sacudimiento eléctrico, y luego todo se me obscureció de repente.

4

El despertar en el pasado

Cuando volvieron a abrirse mis ojos encontraron otra luz que la del sol deslumbrante del valle. Una luz que más parecía una sombra. Mi primera sensación física que me recorría la cara. Quise llevar una mano al sitio adolorido, entre el ojo derecho y la boca. Pero me encontré que tenía vendada la cabeza entera, como la de una momia. Sentí también un dolor sordo en el occipital. Recordé entonces el mazazo que recibiera en el combate, y que me privara del conocimiento. De un golpe acudieron a mi mente las extrañas imágenes vistas aquel día. ¿Había soñado yo todo eso? ¿Soñaba todavía e iba a despertar?

Me hallaba en una cama amplia y mullida, sobre la cual se suspendían espesos cortinajes. Dos altas columnas de madera la remataban por los pies. Camas semejantes había visto en los grabados históricos, y también… ¿dónde? No podía haberlo olvidado: en casa de don Rodrigo Cisneros. Sin moverme, paseé mi vista por el aposento. Era alto, de paredes enyesadas. Advertí algunos muebles, también de corte antiguo. Por la ventana, invisible para mí, a la derecha, entraba la luz de la luna, que proyectaba en el suelo la sombra de los laboreados hierros de una reja colonial. Pero algo más iluminaba el resplandor lunar: la forma clara y casi incorpórea de una mujer, vestida con una amplia falda de color celeste, una mantilla sobre los hombros, y con un peinado alto, coronado por una peineta de grandes dimensiones. Estaba sentada en un sillón colonial, con los pies recogidos bajo la falda, cuyo borde no tocaba el suelo, y esto es probablemente lo que la

hacía dar la impresión de hallarse suspendida en el aire. Era una joven de peregrina belleza, y dormía con la cabeza levemente inclinada hacia la derecha y apoyada en el respaldo.

Detuve la vista en aquella faz que la luz de la luna envolvía en un halo inmaterial, y estuve a punto de lanzar un grito. ¡Era propiamente el rostro de María Cisneros el que yo tenía delante! No las facciones solo; también el aire, también la gracia delicada con que, al echar el rostro hacia el hombro, doblaba el cuello fino. Era el mismo rictus de los labios gráciles, tan expresivos, que solían insinuar la sonrisa o el desdén sin hacer ningún movimiento…

«Deliro —me dije—. O yo estoy loco».

La niña abrió los ojos. Yo cerré los míos, sintiéndome próximo a perder la razón. La sentí poner los pies en el suelo, acercarse muy quedo… Mi corazón latía, loco, y me pareció que sus latidos llenaban con sus ecos el aposento. Su mano se posó sobre las vendas de mi frente. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Iba a gritar… Pero yo no sé qué me contuvo. Cesó la presión de aquella mano adorable, y yo escuché el ruido levísimo de sus pies y sus faldas alejarse. Entreabrí los párpados. La dama desaparecía en ese preciso instante por una puerta.

Me incorporé. Mis dolores instantáneamente se multiplicaron. Tenía la cabeza pesada, y los brazos, incomprensiblemente débiles, se negaban a sostenerme. El zumbido de oídos característico de la fiebre me llenaba el cráneo.

«No cabe duda, estaba delirando», me dije de nuevo, después de mirar unos instantes el hueco de la puerta por donde la joven acababa de desaparecer.

Sin embargo, el sillón donde la descubriera estaba allí, bañado por la luz de la luna. Vi sobre un mueble próximo dos enormes candelabros dorados. Más allá, colgada del respaldo de otro sillón, advertí mi gorra de servicio, cubierta de polvo todavía. No lejos de él, mis zapatos, mis polainas, y en el asiento, mi chaqueta y mi abrigo con una manga colgando. Del mismo respaldo pendía mi cinturón con la funda de la pistola, vacía.

Esta bizarra mezcla de cosas vulgares y cotidianas, que me eran tan conocidas, y de imágenes y sucesos de otro mundo y otras épocas, aumentaba la confusión de mis pensamientos.

Pero sentía un gran cansancio al mismo tiempo, y me dejé

deslizar bajo las cobijas en un doble abandono de los músculos y las ideas. La fiebre y la fatiga me dominaron de nuevo, y, cerrando los ojos, me hundí en la obscuridad.

En ese mismo instante un son prolongado y lastimero hirió el silencio nocturno. Eran los gemidos de una quena indígena. Lloraban quién sabe qué obscuros dolores, rimando con los míos. Y fueron lo último que oí de aquella noche extraordinaria.

***

Cristalina música de campanas poblaba el aire diáfano cuando recuperé la conciencia de mí mismo. ¿Cuántos días habían pasado? No sabría decirlo. Me encontraba en el mismo aposento, inundado de claridad matinal. Los vendajes en torno a mi cabeza habían desaparecido, salvo una tira adherida con alguna substancia pegajosa a todo lo largo de mi mejilla derecha, donde persistía vagamente el escozor de una herida. Me palpé el rostro: me lo habían rasurado cuidadosamente, y tuve el agrado de verificar que la poda no había incluido el bigote, el orgullo de mis veinticinco años.

Todo malestar había desaparecido. Me sentía liviano de cuerpo y de espíritu. Hice el inventario del aposento. Todo estaba igual. Mis prendas habían desaparecido del sillón. En las paredes vi cuadros religiosos, ingenuamente pintados al óleo: una imagen de la Concepción y algunas escenas del vía crucis.

Las campanas, entretanto, seguían repicando. Sus sones eran vibrantes y alegres. «Las campanas de oro», me dije, sin saber por qué. Y me puse a esperar, seguro ya de que ocurrirían mil cosas maravillosas de que era anuncio mi visión de la última noche. Sentía en la boca un sabor a hierba medicinal, que se correspondía perfectamente con el aroma que picaba mis narices. Miré a una pequeña mesa colocada junto al lecho, y advertí en ella una copa de metal amarillo, semejante a un cáliz de iglesia. La tomé. ¡Cómo pesaba! Estaba medio llena con un líquido verdoso, que exhalaba un olor muy agradable, como a hierbabuena. La iba a apurar de un trago, cuando una voz engolada y algo imperiosa se dejó oír en la

puerta:

—¡Aguarde vuesa merced! Ha de esperar hasta el mediodía para tomar otra vez ese cocimiento.

Me quedé lelo al ver al personaje que se acercaba, caminando con aire importante y con una sonrisa bondadosa y superior en la mofletuda faz. Un caballero de unos cincuenta años, de bigote y barba entrecanos, y el cabello, partido en dos, cayéndole en rizos sobre los hombros. Vestía jubón color de grana, con un ancho cuello blanco, al estilo de los que les ponían Velásquez y Franz Hals a sus modelos; calzones negros, medias grises y zapatones de punta cuadrada, con grandes hebillas de oro. Se hacía preceder de una panza bastante regular, y pisaba con la energía propia de quien se siente bien instalado y seguro en este mundo.

¿Y cómo está hoy vuesa merced? Veo que bien, veo que bien… A ver, dignese vuesa merced mostrarme la lengua…

Lo hice, mudo de sorpresa todavía, mientras él me tomaba el pulso.

—¡No se imagina vuesa merced cuánto me dio que pensar ese artificio! —me dijo, indicándome el reloj de pulsera.

—¡Ah, el reloj!

—¡Reloj, dice vuesa merced! ¿Y es un reloj que puede llevarse y marcar la hora aun cuando no esté al sol?

—Indudablemente; vea: son las 10 y 25 minutos.

Me puse a reír con cierta risilla de conejo, pues sospechaba que aquel rollizo señor, a la par que me curaba, se complacía en tomarme el pelo.

—Se ríe vuesa merced… —observó el galeno—. ¿Y la risa no le causa molestia?

—No, ¿por qué?

—Porque tiene vuesa merced un tajo en la mejilla que por poco le deja desfigurado para siempre. Gracias a Dios, Nuestro Señor, y a mi maravilloso bálsamo de yerba crespa, ha sanado vuesa merced en un abrir y cerrar de ojos. Ya no necesitaremos más vendajes —añadió el cirujano después de quitarme la venda y examinarme atentamente—. Solamente voy a lavarle. Dígnese vuesa merced esperar un momento.

Salió. Dos minutos después volvía con una gran aljofaina de metal amarillo y una toalla blanca.

En ese instante, las campanas, que habían enmudecido hacía un rato, empezaron a doblar pausadamente.

El médico dejé sus trebejos sobre la mesa de noche, se arrodillé mirando hacia la ventana y se persignó devotamente.

—Están consagrando —me advirtió.

Yo hice también la señal de la cruz. Después él tomó la aljofaina y se me aproximó con ella en la mano.

—Esas campanas, doctor —le dije— ¡qué sonido más lindo tienen! Se diría que son de oro…

Me miró con la misma extrañeza con que hubiera mirado yo a quien me hiciera notar que los muebles eran de madera:

—¿Pues de qué querría vuesa merced que fuesen? De oro son, como esta copa, y esta aljofaina, y aquellos candelabros, y como todo. El oro es, puede decirse, el único metal de que disponemos en Pacha Pulai. ¡Y a Dios gracias, tenemos bastante para nuestras necesidades!

Terminó su tarea. Luego se repantigó en el sillón más cercano, y contemplándome con satisfacción, me dijo:

—Ya quisiera mi señor don Gonzalo, a quien Dios guarde, poder alabarse de la salud de vuesa merced. Su herida era más pequeña que la de vuesa merced, pero aún no logramos que cierre. A su edad es difícil criar carnes nuevas…

—¿Don Gonzalo? Es el caballero que…

—Eso es. El caballero a quien vuesa merced defendió de manera tan caballeresca. Señor tan noble como desdichado, y Gobernador de este reino por Su Majestad el Rey de las Españas.

Me quedé pestañeando, y del cúmulo de preguntas que afluyó a mis labios no alcancé a formular ninguna. Una figura había aparecido en la puerta y me dejó mudo. Sentí frío en la raíz de los cabellos.

La dama de aquella noche estaba allí, tocada con una mantilla negra que daba un soberano realce a sus facciones finas y a sus ojos obscuros. Al verme sonrió levemente: iba a hablar… ¡Y yo tenía la certeza de que su timbre de voz sería el mismo de María Cisneros!

El cirujano advirtió su presencia en la expresión embobada y atónita que yo sin duda puse al verla. Se levantó rápidamente y le hizo una profunda reverencia.

Ella se ruborizó levemente al reparar en mí, incorporado en la cama. Solo entonces noté yo que vestía una camisa que no me había visto nunca, de un tejido finísimo de vicuña o alpaca y con unos vuelos en las mangas, que, me pareció, que daban un ridículo aspecto femenino. Y también me confundí. No hubiera sido capaz de articular una palabra.

Fue el doctor quien habló primero, para comunicarle a la recién llegada mi notable mejoría.

—¡Dios sea alabado! —dijo ella por fin. Y su voz tenía el mismo timbre suave, apagado por levísima ronquera, que por espacio de dos años escuchara día a día, y que desde hacía unas semanas era para mí solo un eco de ultratumba.

A mi vez insinué una reverencia de agradecimiento. Ella prosiguió, dirigiéndose al doctor:

—¿Y mi padre, maese Pero Sánchez?

Maese Pero hizo un gesto vago, como diciendo: «Regularcillo, no más».

Ella estuvo dudando unos segundos, y por fin, decidiéndose, penetró en el cuarto y se acercó a dos pasos de mi cama.

—Caballero —me dijo con un tono afable que no excluía una firme dignidad—, ¿querría hacerme la merced de decirme con quién tengo el honor de hablar, y a quién he de agradecerle su valerosa actitud en defensa de mi padre?

Le dije mi nombre y mi título.

—¿Del Ejército de Chile, dice vuesa merced? —me replicó visiblemente sorprendida—. Mucho he oído hablar de ese reino. Parte de nuestra familia se radicó en él, según he oído decir a mi padre.

¿Su señor padre, el Gobernador? Me sería profundamente grato —añadí, asimilándome el tono ceremonioso impreso por ella a la conversación— disfrutar del alto honor de significarle mis agradecimientos por la generosa hospitalidad y los cuidados de que he sido objeto en esta casa.

—Es él quien tiene verdadera ansia de poder manifestarle su reconocimiento —replicó ella—. Y creo que no ha de tardar mucho en tener ese placer. ¿No cree, señor físico —prosiguió interpelando a maese Sánchez—, que el señor podrá levantarse pronto?

—Creo que será cuestión de un día más, si Dios quiere —fue la

respuesta.

—Pues, queden ustedes con él —concluyó la dama, inclinando graciosamente la cabeza—; voy a ver a mi padre. Tras una luminosa sonrisa abandonó el cuarto con paso ligero y cimbreante. Maese Pero la despidió con una flexión de su enorme tronco.

Yo debo de haber tenido una expresión muy alterada, pues el excelente físico me observó:

—Muy impresionado veo a vuesa merced. Y no es para menos. En la Excelentísima señora doña Isabel están concentradas todas las bellezas, todas las gracias de la pinta de los Cisneros.

—¡De los Cisneros!

—¿Qué? ¿Le choca a vuesa merced el apellido? Corresponde al más alto linaje de estas tierras y uno de los más nobles de todas las Españas.

—Lo sé… —dije casi maquinalmente—. Pero esto ya excede de todo lo creíble —agregué como hablando conmigo mismo.

Ruido de pesados pasos, como los de una tropa en marcha, entró por la ventana abierta.

—Relevo de guardia —me explicó maese Pero.

—¿De guardia? Entonces…

—¡Ah! Verdad es que vuesa merced no está al tanto de lo que ocurre. Esta casa está sitiada por los insurgentes. Han dado ya varios asaltos infructuosos…

—¿Los mismos que atacaron al señor Gobernador?

—Eso es, señor teniente.

En un relámpago, mi memoria reconstruyó la última escena que mis ojos vieron el día del combate en el valle.

Entonces tuve el primer recuerdo para mi bravo compañero, a quien me parecía aún estar viendo, con su trabuco y su cara de coipo, ferozmente transfigurado por el ardor de la pelea.

—Y dígame, doctor —pregunté—, ¿qué ha sido de mi compañero? ¿No está herido?

Vi la cara del físico ensancharse con una sonrisa de satisfacción y simpatía.

¡Válgame Dios! ¡Pero qué admirable compañero tiene vuesa merced! No recibió un rasguño, y al decir de los indios leales que acompañaban a don Gonzalo, se portó como un valiente. Él fue quien puso en fuga a esos malandrines, después de haber tumbado a

varios. ¡Y es terrible el arma que esgrimía! ¿Cuál es su nombre?

—¿Se refiere usted al hombre o al arma?

—Ya sé que él se llama Froilán Vega.

—Pues, el arma es un revólver.

—Es semejante a las pistolas que usaron nuestros antepasados, y que hoy son enteramente inútiles aquí.

—¿Y cuál es la causa?

—No tenemos pólvora. Solo por las referencias de nuestras crónicas sabemos de la utilidad de las armas de fuego. En la armería de esta gobernación hay muchos arcabuces, mosquetes y pistolas. Pero no son más que reliquias. Ni siquiera sabemos cómo se usaban. ¡Y qué preciosas nos habrían sido en estos días de zozobras y peligros!

Yo había tomado ya una resolución.

—Doctor, me siento tan bien que creo que voy a levantarme. ¿Estará Froilán por ahí cerca? Deseo preguntarle por mi traje. Acaso él sepa dónde está.

—Muy pronto tendrá vuesa merced uno a su medida, pero a nuestro estilo. Las ropas que vuesa merced traía están en ese baúl. Yo le aconsejaría a vuesa merced no ponérselas.

—Pero ¿voy a vestirme a la usanza de hace tres siglos?

—Nunca un hidalgo se ha vestido en este reino de otra manera. Y en la tierra a que fueres…

Un nuevo personaje apareció en el hueco de la puerta. Yo lo examiné un segundo, y no pude reprimir una carcajada:

—¡Froilán!

Froilán, en efecto, pero ¡en una facha!… Con un jubón de cuero, que le caía algo ancho, con mangas de color verde oscuro y un ancho cuello de lino blanco. Los calzones eran también verdes. Mostraba las delgadas zancas envueltas en medias de color limón. Un par de zapatones hebillados remataba su nuevo indumento. Del tahalí de cuero pendía una larga tizona, y a la cintura, sin ninguna consideración a la unidad de la época, se había ceñido la canana, casi vacía ya de cartuchos, y con la voluminosa funda de su Colt policíaco.

Se había afeitado la barba, y conservado sus cuatro pelos de bigote, largos y cerdosos. Traía en la diestra un sombrero de paño, de anchas alas, y apoyaba la otra en el pomo de la espada.

—Me alegro «de verlo», mi teniente. Y de verlo tan bueno y sano.

—Gracias, Froilán. Y yo te felicito. Sé que te portaste como un valiente. A la altura de ese traje de héroe de novela de capa y espada.

—¡Ah, mi teniente! La rosca fue buena, la pura verdad. Y si no es por este trabuquito… Pero oiga, está bueno que se levante si puede… Usted nos está haciendo mucha falta. ¡Y supiera usted todo lo que hay que ver aquí!

—Es lo que pienso hacer.

Con un impulso enérgico posé los pies en un piso de lana extendido en el suelo, paralelamente al lecho, y que por su tejido me hizo recordar los choapinos de nuestros mapuches. Sentí las piernas algo débiles todavía, pero comprobé que podía sostenerme y aún caminar.

—A ver. Froilán. Algo en que lavarme.

—Como se pide. Y voy a diligenciarme también un traje.

Media hora después, y con la ayuda solícita y experta del físico, Froilán, improvisado valet, le daba los últimos toques a mi nueva indumentaria. Me eché una ojeada en un enorme espejo de metal bruñido, a lo que me pareció que había en un rincón, y debo confesar que no dejé de admirarme un poco. Era todo un galán «muy siglo XVII» el que tenía al frente. Echando un poco al ojo el sombrero con plumas, apoyando la izquierda en la cintura, me encontré todo el aire de cualquiera de los Tres Mosqueteros.

—¿Creerás, Froilán? Yo he usado antes un traje como este.

—¿Pa'l Carnaval, tal vez?

—No, precisamente. Para un baile de fantasía.

En efecto. En una traza semejante me había presentado yo a un baile de disfraces en casa de los Cisneros. María había escogido un traje de la misma época. Y ahora, aquella humorada se repetía, con los más inverosímiles rasgos de exactitud, en la vida real. Pero ¿era real, efectivamente?…

Di algunos pasos. El cuerpo respondía. Una flexión de piernas me hizo comprender que los músculos recobrarían muy pronto su vigor y los miembros su firmeza y elasticidad normales.

—Estoy como lechuga, doctor —dije.

—De todas maneras, el remedio…

Me pasé la copa de oro, y yo apuré de un sorbo su contenido.

—Y ahora —les dije a entrambos—, ¿me acompañarán a ver esas maravillas?

5

Frente a la Ciudad de los Césares

Salimos los tres a un pasadizo embaldosado. Delante de nosotros, a unos quince pasos, caminaba Isabel Cisneros. La seguía una indiecita muy repolluda, que llevaba en el brazo una alfombra de iglesia, en todo igual a la que usaban nuestras abuelas coloniales, y que, por lo general, un negrito les conducía.

Isabel torció hacia la derecha, pareció fundirse en un rayo de sol que de aquel lado venía. Antes de desaparecer lanzó una ojeada furtiva y curiosa hacia nosotros. Un centinela que había al final del pasadizo, al verla pasar, hizo un movimiento que en el cuartel habríamos llamado tomar posición «firme».

Al mismo tiempo, el centinela lanzó una gran voz, y acto continuo resonó a corta distancia un toque de corneta, vibrante y marcial. Se oyó un tropel de pasos, ruidos de armas, y un hombre con la espada desnuda apareció por la izquierda, a tiempo que nosotros llegábamos al final del pasadizo.

Saludó con la espada, mirándome. Yo llevé instintivamente la mano al ala del sombrero y junté los talones.

—Hay orden del Gobernador de rendirle honores y presentarle a la oficialidad —me explicó en voz baja el físico.

—Capitán Nuño Garci-Fernández —dijo aquel personaje, a quien el sol iluminaba de lleno.

Parecía venir saliendo de un cuadro de Velásquez. Tendría unos

49 años. Usaba bigote erguido y una perilla mosquetera. La nariz aguileña y la fiera mirada completaban admirablemente su aire militar. Una pluma curva y esponjada de avestruz, a lo que me pareció, realzaba el ala del chambergo.

Me presenté, saludando de nuevo. Y me dispuse a seguir a aquel pintoresco hombre de guerra.

Desembocamos, bajando unas pocas gradas, en un amplio patio, circundado por murallas almenadas, y que formaban un ángulo en cuyo vértice se alzaba una torre de piedra. En lo alto de la torre flameaba al viento una gran bandera amarilla, en la que me pareció advertir, bordadas en ocre, las armas de Castilla y León. Al pie del asta un centinela escrutaba el horizonte.

Unos veinte hombres armados de picas y alabardas se habían formado en el patio, en dos filas. El trompeta y el tambor tocaban arrebatadamente en un extremo. En frente de ellos cuatro oficiales jóvenes, vestidos de idéntica manera que el capitán. Tenían la espada desnuda apoyada en el suelo, y a una señal del capitán saludaron, con un relámpago de las hojas bruñidas.

Yo contesté y fui saludándolos de uno en uno, sin hallar qué decirles. Pues confieso que me sentía bastante impresionado y un poco ridículo en aquella facha y en medio de tanta faramalla.

El cirujano y Froilán Vega habíanse quedado atrás. Yo recorrí a toda conciencia, como en una revista de reclutas, las dos filas de soldados, contemplando un instante a cada uno. Caras atezadas y bigotudas, recios miembros, el aspecto firme y varonil. Cuando volví para revisar la segunda fila di frente a la casa alta, imponente, con todo el aire de un castillo y con los muros cubiertos de enredaderas. En un balcón estaba Isabel Cisneros, contemplando la escena con gran curiosidad.

Cuando llegué al último soldado, tambor y corneta enmudecieron. Volví a ponerme al frente. A una señal del capitán, el trompeta dio un toque breve y la tropa rompió filas. Los soldados se dispersaron. Casi todos se dirigieron hacia las almenas. Y yo los imité con verdadera prisa, pues ardía en curiosidad por conocer el paraje en que me encontraba.

La fortaleza aquella estaba en una eminencia, dando la espalda a una altísima montaña. Desde las almenas se dominaba el más maravilloso panorama que mis ojos vieran jamás.

A mis pies, más allá de una extensión cubierta de huertas y prados y que una alta y espesa muralla circundaba, divisé una vasta ciudad, deslumbrante bajo el sol. Todo en ella destellaba como si fuera de oro. Las rejas de las ventanas, las veletas, las cúpulas y torres de los templos. Aquí y allá, masas verdes indicaban la ubicación de numerosos parques y huertos. Por las calles transitaban peatones y jinetes, indígenas y gente vestida a la europea.

Al fondo, en todas direcciones, un cerco de montañas cerraba el horizonte, y tres volcanes eran como los torreones de aquel cerco.

—Veo por allá mucha gente armada —le dije al capitán, señalándole algunos grupos que se divisaban a unos quinientos metros, a medio camino entre la muralla y los arrabales de la ciudad.

—Los insurgentes del mestizo Pancho —me explicó—. ¿No está enterado vuesa merced? Ese hombre, a quien Dios confunda, ha sublevado a media ciudad contra el Excelentísimo señor Gobernador, y tiene a la otra mitad intimidada. Hasta ahora nada ha logrado contra nosotros, fuera de perder mucha gente y de tenernos sitiados en toda regla desde hace un mes.

—¿Y cuáles son sus pretensiones?

—Nada menos que el gobierno y la mano de doña Isabel —dijo el capitán con una sonrisa de sarcasmo—. Los desdenes de ella y la paliza con que el señor Gobernador le hizo pagar su insolencia lo llenaron de odio y despecho. No ha encontrado mejor manera de vengarse que promover la sedición entre la indiada, el mestizaje y aun entre los artesanos blancos.

Yo miré hacia el balcón. Isabel Cisneros estaba allí todavía; pero en aquel mismo instante desapareció, acaso al advertir que yo la miraba. Me injurié mentalmente.

—¿Será —pregunté— el mismo sujeto que atacó en el valle a don Gonzalo?

—El mismo, caballero. Don Gonzalo, que a pesar de sus años es un gran cazador, había salido, como otras veces, a darles una batida a los guanacos y vicuñas en los llanos de Pulai, que fue donde encontraron con tan buena fortuna a vuesa merced. Es el único medio que tenemos de proveemos de carne fresca. Y Pancho, advertido por alguno de sus espías, se dirigió allí a tenderle una

emboscada. Hirió al señor Gobernador, nos mató a un oficial y a cinco soldados y dispersó a los yanaconas, que eran dieciséis. En tal coyuntura la Providencia Divina hizo aparecer a vuesa merced como caído del cielo.

«Esto es mucho más cierto de lo que vuesa merced se imagina», dije yo para mis adentros.

—¿Venía vuesa merced del reino de Chile, según me han dicho?

Le contesté afirmativamente, pero no me pareció prudente darle detalles. Algo me decía que si les revelaba a aquellos hombres tan auténticamente del siglo XVII la forma en que había llegado por allí, me tomarían por un loco o un hechicero.

—Sí, señor capitán. Me extravié en el desierto y fui a ese valle, donde encontré a mi compañero, que también andaba perdido.

—Pues sí que son extrañas casualidades —murmuró el capitán—. Dios sabe lo que hace… Si no es por la providencial intervención de vuesa merced y de su compañero, otro gallo nos cantaría en estos momentos.

Un coro de carcajadas que venía del patio nos hizo volver la cabeza. Era Froilán Vega que entretenía con su verba a los soldados. Y también con una gracia que yo no le conocía, pero que me pareció muy propia de él: los juegos de manos. Lanzaba al aire el largo instrumento del trompeta y los dos palillos del tambor y los recibía, para lanzarlos nuevamente, en las posturas más raras. Todo un malabarista de circo. Los soldados lo miraban embobados, cuando de improviso un grito de alerta resonó en lo alto de la torre.

Todo el mundo, incluso muchos indios que aparecieron por diversos sitios en el patio, trepó a las murallas. Algunos soldados prepararon sus ballestas, y los indios, sus arcos y flechas.

Al frente de nosotros, doscientos metros más allá de la muralla que circundaba el parque, empezaba a formarse el enemigo. Un hombre a caballo circulaba delante de las filas. Adiviné en él al mestizo Pancho. Su cabeza obscura sobresalía por encima de un bosque de picas, largas lanzas indígenas, alabardas.

El capitán ordenó al trompeta un toque, y de entre los árboles del huerto aparecieron más soldados y yanaconas. Todos subían a apostarse en las almenas de la muralla exterior, con las armas listas.

—¡Lástima no disponer de algunas armas de fuego! —dije.

—Es la pólvora lo que nos falta —me explicó el capitán—. Aquí

tenemos en grandes cantidades dos de los tres elementos que, según las crónicas, entran en la composición de la pólvora: el sulfuro y el carbón. Pero ¿de dónde podríamos obtener nitrato?

Yo pensé en la infinita extensión de la pampa que, a pocas leguas de allí, escondía millones y millones de toneladas de nitrato.

—Las armas que nuestros antepasados nos legaron están en la armería, intactas, y probablemente en buen estado de uso, porque ha sido una tradición entre nosotros conservarlas así.

Yo me quedé cavilando. Una de esas vagas y absurdas asociaciones de ideas que le acometen a uno, favorecidas a veces por el simple sonido de una palabra, o por un olor, se había apoderado de mí. Era a propósito de las voces «nitro, nitrato»…, que me anduvieron dando vueltas en la cabeza durante todo el desarrollo de la escaramuza que se iniciaba en aquel momento.

Froilán había volado a mi cuarto en busca de mi Stayer. Y ambos, con el capitán, bajamos por una escalera interior al huerto, y de ahí nos fuimos corriendo a la muralla.

Los sitiadores se habían acercado a tiro de flecha. Pancho, a caballo, los animaba desde retaguardia.

—Acércate un poco, maldito —mascullaba Froilán—. ¡La del diablo es que no me quedan ni doce tiros!

Yo examiné el cargador de mi Stayer. Le quedaban seis cartuchos.

—No hay que perder uno, Froilán —le advertí.

—Por eso digo. Es al de a caballo al que le tengo más ganas.

Algunas flechas pasaban por sobre nuestras cabezas con zumbido leve e iban a caer en los cuadros de legumbres que se cultivaban al abrigo de la muralla.

El capitán Garci-Fernández nos dejó un momento para recorrer la línea. Nosotros, tumbados junto a las almenas, esperábamos una oportunidad para hacer blanco. Pero el prudente Pancho no parecía tener mucha prisa en colocarse al alcance de las ballestas. Sin embargo, siguiendo a sus hombre acortaba poco a poco la distancia.

—Ya está bueno —dijo Froilán—. No espero más.

Apuntó con cuidado, apoyando el cañón en la cresta de una almena. Sonó el disparo, y fue como si paralizara la vida en todo el campo. Las filas que avanzaban se detuvieron en el acto. Y los nuestros, que se aprestaban a disparar sus flechas, se quedaron

también inmóviles. Era probablemente la primera vez, en siglos, que se escuchara allí el trueno de un arma de fuego.

El caballo de Pancho alzó las manos y luego se clavó, como si fuera a enterrar en el suelo la cabeza. El mestizo salió proyectado como por una catapulta para caer entre sus hombres. Y aquel percance marcó el término del combate. Los atacantes retrocedieron sin orden y a poco se perdieron entre las primeras casas de la ciudad. El caballo quedó en medio del campo pataleando.

Acudió el capitán, lleno de curiosidad por el arma que había operado aquel milagro. Yo sentía en las narices el picor del humo de pólvora. Y otra vez reparé en que aún me perseguía la cantinela del «nitro, nitrato» que desde hacía media hora me golpeaba los oídos.

Los hombres volvieron a sus sitios de descanso, y nosotros emprendimos el regreso a la casa-fortaleza del Gobernador, que se erguía imponente sobre grandes terrazas almenadas. Me pregunté mentalmente si aquellas terrazas serían macizas o corresponderían a departamentos subterráneos… Y entonces, espontáneamente, acudieron a la caja de resonancia interior de mi cerebro las palabras que desde hacía rato pugnaban por hacerse presentes. Era algo relacionado por cierto, con el nitro, nitrato, y yo lo había leído…, ¿dónde? Al fin di con ello. Se me había archivado en algún rincón de la memoria, y lo conservo todavía exactamente igual. He aquí esas palabras, encontradas en uno de los libracos que don Rodrigo tenía en su vieja biblioteca, una versión española del *Liber Ignium ad Comburendos Hostes*, y que sin quererlo yo se quedaran en algún repliegue de mi retentiva, lo mismo que esas hojas secas que suelen quedarse por azar entre las páginas de un libro: «El nitrato es un mineral terroso; que se halla adherido a las piedras de los muros antiguos. Esa materia terrosa se disuelve en agua hirviendo, se depura filtrándola y se deja en reposo durante 24 horas, al cabo de las cuales el nitro se hallará en el fondo de la vasija cristalizado en delgadas láminas».

—Dígame, capitán —inquirí de repente—, ¿tiene cuevas subterráneas esta casa?

—Enormes —me contestó—. Las fundaciones están a gran profundidad, y hay muchas series de bodegas, almacenes y casamatas. ¿Por qué?

—Ni yo mismo lo sé muy bien… Es que tengo una idea… Enfrentábamos en ese momento el gran pórtico de piedra del castillo. Y yo al contemplar las figuras toscamente esculpidas que lo coronaban no pude contener una exclamación.

El capitán me miró con curiosidad.

—Ese escudo… —dije como pensando en voz alta.

—Es el escudo de los Cisneros.

—Ya lo sabia —dije maquinalmente.

¿No iba a saberlo? Centenares de veces lo había visto yo en lo alto del portón de la casona solariega de don Rodrigo, en la calle Catedral de Santiago.

Examiné antes de entrar al pórtico la vasta construcción, o, mejor dicho, el conjunto de construcciones que constituían la fortaleza. Hacia la derecha, sobre altas terrazas, había una serie de edificios amplios, con arcadas severas, que me recordaron las antiguas misiones de la Conquista.

Eran, según me explicó el capitán, los alojamientos de la guarnición.

Más adentro seguían las casas donde vivían los yanaconas de armas y los de servicio, y también los artesanos, criollos algunos, indígenas otros, dedicados a las más variadas industrias, tejidos, curtido de cueros, talleres de calzado de orfebrería…

Sobre una terraza que sobresalía encima del gran patio donde estaba la torre del estandarte, una casa más pequeña donde vivían los oficiales de servicio.

—Todos tienen sus residencias en la ciudad, con sus familias —me explicó el capitán—. La insurrección los sorprendió aquí dentro, y no han podido reunirse con los suyos. Muchos otros oficiales, pertenecientes como estos a familias hidalgas, fueron hechos prisioneros en sus casas. Sus madres, esposas y hermanas son frecuentemente amenazadas por los sublevados. Esto es lo que hace más urgente dominar la insurrección.

La idea que desde momentos atrás se había fijado en mi cerebro se me representó de nuevo.

Entramos en el edificio. Después de cruzar un pasadizo semejante a aquel por donde habíamos salido, custodiado

igualmente por un centinela, desembocamos en un amplio patio, a cuyo fondo se alzaba la capilla, toda de piedra con una torre de alta aguja, que resplandecía al sol. Las campanas refulgían también, colgando de un grueso madero atravesado en la ventana de la torre.

Fuimos el capitán y yo a ver al Gobernador, y quien encontramos no ya en cama, sino en un amplio sillón, apoyado en cojines. Cegados por venir del patio lleno de sol, apenas lo distinguíamos en la sombra del aposento. Cuadrados militarmente, nos inclinamos.

—Sean bienvenidos vuesas mercedes —nos dijo don Gonzalo, con voz ya más firme y en la que había un natural acento de autoridad.

—Los insurgentes intentaron otro ataque, Excelentísimo señor Gobernador —dijo don Nuño—. Fueron dispersados. Un disparo del compañero del señor le mató al mestizo el caballo y desbarató el asalto.

—Muchas gracias, capitán —dijo el Gobernador. Y mirándome añadió—: ¡Alabado sea Dios, que trajo a estas tierras a tan cumplidos y valerosos caballeros!

Me incliné nuevamente.

—Estaba ansioso, señor mío, de darle mis agradecimientos. Su actitud de aquel día revela en vuesa merced la calidad de su linaje. Ya sé su nombre y sé también que es usted un oficial al servicio de Su Majestad, que Dios guarde, en el vecino reino de Chile. Sea vuesa merced bienvenido en esta casa.

Di las gracias.

—Señor —le dije—, la Providencia tiene designios cuyas causas en vano trataríamos de escrutar, y que solo podemos apreciar por sus efectos. Yo le estoy infinitamente reconocido por la forma en que ha dispuesto de mí al traerme a esta casa, que es justamente la de una rama ilustre de una familia a que me siento vinculado por hondos afectos en Santiago de Chile.

—¡Qué está diciendo vuesa merced! —exclamó el caballero—. ¿De modo que los Cisneros de Chile siguen allí todavía? ¿Oyes, hija?…

Solo entonces vine a advertir, en la penumbra, detrás del sillón, a Isabel Cisneros, que se mantenía allí de pie y silenciosa.

—Frecuenté mucho la casa de los Cisneros —continué—. Y me

honré siendo uno de los amigos íntimos, casi el hijo, podría decir, de don Rodrigo Cisneros. El me contó la historia de su familia, a partir de la expedición que encabezaban los hermanos don Francisco y don García, y que se dividió a raíz del naufragio del galeón en que venían, en la costa de Atacama. Don Rodrigo desciende en línea recta de don Francisco, que siguió con una parte de la expedición a Santiago.

—Y nosotros venimos de don García, que prefirió dirigirse aquí, con la mayoría, en busca de los tesoros de esta rica región, llamada por leyenda la Ciudad de los Césares, y por los nativos Pacha Pulai. Don García, al tomar posesión de ella por Su Majestad el Rey de las Españas, la llamó Nueva Toledo, pero el nombre indígena es el que ha prevalecido.

—Todos los historiadores, y asimismo los Cisneros de Santiago, han creído siempre que la expedición de don García pereció íntegra en el desierto o a manos de los naturales, como tantas otras (fue en aquel tiempo, que salidas en busca de la ciudad fabulosa, desaparecieron en las soledades sin dejar rastro).

—¿Y cómo es que vuesa merced pudo bajar al llano de Pulai?

«Volando», iba a contestar yo, pero me contuve otra vez.

—Me habían enviado en una comisión, y me extravié en la niebla. No sabría decir cómo llegué hasta el sitio donde tuve la fortuna de encontrar a Vuestra Excelencia. Mi compañero, a quien encontré vagando por ese valle, había llegado en la misma forma, extraviado.

Hubo un breve silencio.

—Debe de ser ya mediodía —dijo de pronto don Gonzalo—. Y este caballero aún no ha comido, hija mía. Acompáñale a la mesa, ya que yo todavía no puedo darme ese placer. Más tarde —añadió dirigiéndose a mí— me hará vuesa merced el favor de darme alguna noticia acerca de lo que ha ocurrido más allá de esas barreras de piedra, que por tres siglos nos han tenido separados del mundo.

—Tendré muchísimo gusto. Puede Vuestra Excelencia disponer de mí como quiera.

—Mil gracias. Pero, mientras tanto, buen apetito, señor teniente.

A la verdad, la insinuación del venerable caballero no podía ser más oportuna. Tras un complicado intercambio de cortesías, me despedí de él y salí al pasadizo detrás de su hija, que con leve

sonrisa me había invitado a seguirle. El comedor era una vasta sala enyesada, con dos ventanas por donde entraba a raudales la luz. La vajilla, toda de oro, resplandecía.

Al centro había una pesada mesa de una madera que me pareció de roble, a cuyo alrededor había hasta diez sillones de madera y vaqueta laboreada. El escudo de los Cisneros, con su brazo armado y su cimera, estaba repujado en cada respaldo. El mismo escudo advertí en los platos de oro.

Isabel y yo nos sentamos formando esquina en un extremo de la mesa. Después de una breve plegaria, musitada con la vista baja, Isabel alzó por primera vez los ojos, a plena luz, en busca de los míos. Bien poca diferencia había entre sus facciones, su tez, expresión, y las que de aquel rostro adorado, cuya presión tibia sobre el mío sentía aún, y que no volvería a ver más.

Ya no llevaba la mantilla; su peinado era ahora liso, terminado en un moño, y con algunos bucles negrísimos cayéndole sobre las orejas, de las que colgaban grandes pendientes de plata, finamente labrada y de forma triangular. Un vestido negro, sin más adornos que algunos encajes en la zona del escote, muy discreto, le moldeaba el cuerpo esbelto.

Hubiera sido perfectamente natural que me sintiese un tanto cohibido en presencia de aquella niña, dadas las circunstancias de nuestro conocimiento. Pero observé, admirado yo mismo, que me sentía junto a ella con la naturalidad y soltura con que habría estado con una antigua amiga. Si me costó romper a hablar fue por la dificultad para decidir por cuál de las muchas cosas que deseaba decirle empezaría.

—Señorita —le dije al fin—, me han pasado en estos días tantas cosas extraordinarias, que usted me perdonará si en busca de una explicación para ellas le hago algunas preguntas.

—Tendré el mayor agrado de contestárselas a vuesa merced, si puedo —fue su amable respuesta.

—Gracias. En primer lugar, ¿usted sabe algo de cómo y cuándo llegué yo a esta ciudad?

—Ciertamente. Hace ya dos semanas: el día en que vuesa merced y su amigo ahuyentaron al mestizo y sus secuaces, cuando después de haber andado persiguiendo a los acompañantes de mi padre, volvieron al sitio donde él había caído, para rematarlo o

llevárselo prisionero. Vuesa merced cayó herido en ese momento. Cuando los asaltantes hubieron desaparecido, los soldados y yanaconas de mi padre, que andaban dispersos por el valle, regresaron; les recogieron a él y a vuesa merced, y los trajeron aquí por el socavón del Gobernador.

—¿El socavón?

—Sí. Hay una salida al valle de Pulai, una sola, accesible para todos los que viven en nuestra ciudad. Fue abierta a barreta y su construcción demoró muchos años. Pero hay otra por debajo de la tierra, que comienza en la ciudadela y va a salir también al valle. Desde que estamos sitiados, mi padre o si no algún oficial ha salido varias veces por este socavón en busca de caza. Cuando fue atacado mi padre, el mestizo se le había adelantado por el otro camino.

—¿Y ese socavón?

—Tiene siglos. Fue abierto en tiempos de la pólvora, por nuestros antecesores, en busca de una comunicación con el mundo.

—Pero ¿cómo fue que don García de Cisneros y su expedición penetraron al valle de Pulai y después aquí?

—Las crónicas de aquel tiempo dicen que utilizó pasos secretos construidos por los incas, y guiado por un indígena traidor. Este indígena fue capturado y muerto después por los naturales, que a su vez perecieron casi todos durante la lucha por la conquista de la ciudad. Cuando don García y los suyos entraron en posesión de los inmensos tesoros que Pacha Pulai contenía, y quisieron salir con ellos, se encontraron con que el paso había sido destruido por los propios indios. Entonces, como tenían todavía pólvora, pudieron abrir desde esta casa de los Cisneros un camino subterráneo, que los llevé hasta el valle de Pulai. Pero fue solo para comprobar que el valle también estaba rodeado por todas partes de laderas inaccesibles, y muerto el guía, jamás pudieron dar con el camino secreto de los incas.

—El que usó Froilán Vega por casualidad una noche, y que después no pudo encontrar cuando quiso salir del valle.

—¿Froilán Vega únicamente? Y vuesa merced, ¿por dónde llegó?

—¿Se lo diré, señorita?… Bueno, si, pero únicamente a usted. Y no sé aún si me atreva… Antes le voy a rogar solo esto: por extraño que le parezca, crea en lo que le voy a decir. Tardaría mucho en explicárselo, y lo hará más tarde. En todo caso, no lo comente con

nadie todavía. ¿Me lo promete?

Hizo un signo afirmativo, llena de curiosidad.

—Yo llegué… volando.

Retiró vivamente el busto, que tenía inclinado hacia mí. Me pareció que iba a hacer el ademán de persignarse.

—No, no. Nada de brujerías. Ya la previne de que usted iba a extrañarse. Pero solo le diré una cosa: en Chile, y en España, y en todo el mundo, hay ahora máquinas para volar. Muchos las usan. ¡En tres siglos la humanidad ha progresado tanto! Por amor de Dios, señorita —supliqué al ver que aún me miraba horrorizada—: créame que son cosas naturales puramente mecánica. ¿Sabe usted por qué se sostiene en el aire una flecha? Porque una fuerza, la que le imprime el arco al distenderse, la sostiene. ¿No es así? Lo mismo esas máquinas llamadas aeroplanos. Una fuerza mecánica las impulsa en el aire, y uno, con unas palancas y un timón, les va dando la dirección que quiere.

—¡Timón! —dijo—. Timón tienen las lanchas que hay allá arriba, en el lago.

—¿En qué lago?

—Un lago enorme que existe en la montaña, detrás de esta casa. Por este lago se van a buscar muchas cosas que se cultivan en un valle que hay al otro lado y que es nuestro; estas bananas —dijo mostrándome unas que había en la mesa— y esas naranjas vienen de allá.

—¿No ve? Los barcos se mueven impulsados por el viento, pero van solo a donde el timón los dirige. De igual modo los aeroplanos. El mío está en un llano del valle de Pulai. Y confío en que algún día podremos ir a verlo. Pero, diga sinceramente… ¿me encuentra usted cara de brujo?…

Evidentemente, estaba más tranquila.

—A usted no; pero su compañero… —dijo riéndose por fin de buena gana—. A veces pienso que es el mismo Belcebú.

Fruncí el ceño:

—¿Qué le ha hecho? ¿Alguna insolencia?…

—No, ninguna, caballero. ¡Más tiene un arte para hacer desaparecer y aparecer las cosas! Algo verdaderamente diabólico.

—Eso es pura habilidad de manos —expliqué—. Cosas de maromeros.

—¿Maromeros?

—Titiriteros.

Me miró aún más extrañada.

—Bueno: prestidigitadores.

Empezaba a desconfiar de nuevo mi adorable huéspeda. Comprendí que debía ir con mucha cautela iniciándola en las cosas y las palabras de «mi época».

—Maromeros o prestidigitadores —le expliqué— son unos hombres que en todas partes del mundo se ganan la vida con juegos parecidos a los que hace Froilán.

—¿Y esos pedazos de trapo o de papel de color que anda trayendo y que pretende cambiar por joyas, monedas y prendas de vestir?

—¿Qué dice usted? ¡Ah, bribón! —dije como para mí, acordándome del famoso maletín con las iniciales «FCAB»—. Pero ¿hay quienes le han dado objetos de valor a cambio de eso?

—¡No! Algunos han preferido regalarle baratijas de oro, que él ha recibido muy contento, el pobre…

—¿Baratijas de oro?

Comencé a ser yo el extrañado entonces.

—¿De qué van a ser las baratijas si no son de oro? —replicó ella, admirada de mi expresión de sorpresa.

—Discúlpeme, señorita. Es que el oro, en mi país, en todo el mundo, es un metal precioso. Es el punto de comparación para apreciar lo qué vale más. ¿Y aquí?…

—Es lo más vulgar. Por ejemplo, una docena de platos de oro como estos no cuesta arriba de dos reales.

—¿Reales de qué?

—De plata, pues. La plata sí que es un metal valioso. ¿No es lo mismo en su país?

—En mi país es todo lo contrario. Y dígame, ¿hay cobre aquí?

—También hay. No vale tanto como la plata; pero vale infinitamente más que el oro.

—Ya, comprendo. Ahí tiene usted la relatividad de los valores humanos. En mi país, con un gramo de oro se podrían comprar 20 libras de cobre. Aquí probablemente será lo contrario…

Ella asintió.

—Otra cosa, señorita. Usted me ha hablado «de los tiempos de la

pólvora». Parece que ahora ustedes no la pueden hacer porque les falta nitrato. Y en estas circunstancias, con tanta arma de fuego sin utilidad posible, he pensado que tal vez yo logre encontrarlo. Con unas pocas libras de pólvora que tuviéramos se acababa la insurrección.

Le brillaron los ojos, agrandados por la curiosidad.

—Todo depende de que usted me enseñe el camino de los sótanos, los más antiguos, donde no haya entrado nadie en mucho tiempo.

Me pareció que mi bella huéspeda empezaba de nuevo a desconfiar. Le expliqué entonces cuál era la composición de la pólvora, del mejor modo que pude.

—Usted me va a ayudar, ¿no es cierto? —le dije en conclusión —. Voy a hacer un ensayo… Y si resulta, tenga por cierto que en pocos días está todo dominado. Sin pólvora, España no habría conquistado América con un puñado de aventureros.

Terminábamos de comer en aquel momento. Paladeando un plátano de penetrante aroma, le dije a mi compañera:

—Una vez hecho este ensayo, que espero saldrá bien, ¿creerá, haga yo lo que hiciere, y digan los demás lo que dijeren, que no soy mago, ni tengo pacto con Belcebú?

Hizo un signo afirmativo.

—Entonces, guíeme a los sótanos —le dije.

Con un movimiento maquinal, miles de veces repetido por mí al final de una comida, a tiempo que nos levantábamos eché mano a la faltriquera, en busca de cigarrillos. Una vez más los cuidados de Froilán Vega se hicieron presentes: allí estaban mi cajetilla de Cabañas casi agotada y mi caja de fósforos. Saqué un pitillo, me lo puse en la boca, encendí luego un fósforo, y aún no terminaba de dar la chupada inicial cuando un grito de espanto de Isabel me dejó paralizado, con el cigarrillo entre los labios y el fósforo ardiendo en el aire.

Ella miraba alternativamente la llama y el cigarrillo humeante, con un pavor receloso que me habrían hecho reír si no me hubiera dado pena.

¡Por favor! —le dije acercándome, mientras ella retrocedía—. No tenga miedo. Si esto lo hacen los hombres todos los días en mi país… En todo el mundo… Y ahora último, hasta las mujeres…

No me costó poco trabajo convencerla de que se trataba de algo enteramente inofensivo y corriente, sin asomo de brujería. Finalmente, apagué el cigarrillo, lo volví a su sitio, e hice del total una pelotilla que arrojé al jardín a través de la ventana abierta. Después de todo, ¿qué más daba? Aquellos cigarrillos eran los últimos, y, fumados o destruidos, nada podría remediar desde ese día en adelante, y quién sabe por cuánto tiempo, mi total imposibilidad de despuntar el vicio.

De nuevo tranquila, o a lo menos esforzándose por aparentar que lo estaba, mi adorable guía rompió la marcha, internándose por un pasadizo lóbrego. Y yo la seguí, presa de las más extrañas sensaciones, y preguntándome cuántos chascos parecidos a aquel me aguardarían aún, mientras me adaptaba a la mentalidad y las costumbres de aquel mundo de novela.

***

No había exagerado el capitán. Los subterráneos de la fortaleza eran como una ciudad cavada a muchos metros bajo tierra. Penetré en ellos precedido por Froilán, que llevaba una antorcha resinosa. Las paredes estaban cubiertas de una espesa costra húmeda, con erosiones salinas que me dieron mucha esperanza. Raspé aquí y allá, deposité el contenido en una gran aljofaina, y luego volvimos a la superficie. Isabel nos esperaba arriba.

Froilán traía la antorcha aún encendida. Tomé una pulgarada de aquella substancia, y después de desmenuzaría un poco entre los dedos, espolvoreé con ella la llama de la antorcha, que inmediatamente se avivé con lívidos reflejos.

—Esto promete —dije—. Ahora vamos a poner esto a hervir.

En un cuarto que me proporcionaron en el piso bajo instalé a toda prisa un pequeño laboratorio. Improvisé un hornillo, y allí puse al fuego sin tardanza mi cosecha.

El capitán Nuño, advertido con gran sigilo de mi experimento, me proporcionó azufre y una pequeña cantidad de carbón, que reduje a polvo en una piedra de moler. Isabel contemplaba con gran interés estas operaciones.

El cocimiento aquel hervía entretanto que era un gusto. Cuando me pareció que era suficiente, lo retiré del fuego, lo colé en un paño de tejido fino y lo coloqué en un rincón.

—Ahora —les dije a mis acompañantes—, a esperar un día completo. Mañana en la tarde sabremos si somos capaces o no de fabricar pólvora.

Empleé el resto de aquel día y casi todo el siguiente en conocer los alrededores de la fortaleza. Detrás de ella nacía un camino en zigzag que trepaba atrevidamente por la empinada falda de la montaña, en dirección al lago, suspendido, invisible para mí, a prodigiosa altura.

***

Antes de bajar a mi laboratorio pasé con Isabel y el capitán a visitar al Gobernador herido. Su asunto marchaba mucho mejor, según maese Pero Sánchez, que auguraba para antes de una semana un completo restablecimiento.

Refirió don Nuño que un indio fiel enviado en exploración a la ciudad había traído noticias frescas de la situación.

No se hablaba de otra cosa que del inesperado desenlace del combate del día anterior, y, particularmente, del infernal artificio que lo había provocado: el famoso trabuco policial de Froilán Vega.

El caballo de Pancho, que yacía en medio del campo bajo un negro aletear de buitres en festín, era la única huella visible de la escaramuza.

El mestizo hacia circular activamente la especie de que don Gonzalo, desesperado ante la insurrección popular que iba a despojarle de un gobierno secularmente detentado por su familia, había acudido a dos brujos o demonios evocados del infierno, para atacar y esclavizar de nuevo a los buenos cristianos de Pacha Pulai.

En la iglesia se hacían rogativas para traer todas las calamidades sobre la casa en que se recurría a aquellos medios malditos…

Bajé finalmente a mi laboratorio, espoleado por ansiosa curiosidad. Con infinitas precauciones tomé la aljofaina y vacié al suelo el líquido barroso que la colmaba. En el fondo apareció un

poso blanco parecido a la sal… «¿Nitrato?», me pregunté.

Escurrí bien un puñado de aquella substancia, y luego la puse a secar sobre una plancha metálica —nada menos o nada más que de oro— al calor tenue del hornillo. Y cuando ya la hube considerado suficientemente seca, me precipité a hacer la consabida mezcla con los otros dos elementos: azufre y polvo de carbón. Dos horas después le mostraba a Isabel Cisneros un tazón de oro colmado de un polvo negruzco.

—Tiene todo el aspecto de la pólvora. Ahora sus propiedades, no sé… Para experimentarla debemos buscar un sitio abierto, y donde nadie nos vea. Elegimos un lugar solitario al pie de la montaña. Estaba ya casi obscuro. Se escuchaba de vez en cuando el ¡pst!, ¡pst!, de los murciélagos y los pájaros nocturnos pasaban como una sombra a poca distancia de nosotros. Derramé el contenido del tazón sobre una roca plana, cuidando de dejar un reguero fino y largo hasta el borde mismo de la peña.

—Llegó el momento —le dije a Isabel—. Es mejor que se aleje un poco.

En la punta de un largo palo até una antorcha encendida, que apliqué a un extremo del reguero de pólvora.

Fue cuestión de un instante. Un hilo de fuego se extendió sobre la roca, y en el acto se alzó una llamarada deslumbrante que no duró sino una fracción de segundo.

—Perfecto —dije—. O eso es pólvora o yo soy un completo asno.

Estaba ya resuelto el problema del explosivo. Faltaba ahora examinar y preparar las armas en que iba a ser utilizado. Me dediqué a ello con una actividad que me tomó varias horas cada día, mientras en grandes fondos, en un patio aislado, hervía el cocimiento de costras arrancadas a los sótanos por varios peones fieles.

Isabel solía seguirme al «laboratorio», a la armería, a donde yo fuese, contemplando mis manipulaciones con una curiosidad ansiosa.

Todo en la fortaleza había salido un poco de su quicio. Los maestros armeros se iniciaban en los secretos de los gatillos, baquetas, horquillas, muelles y demás minucias de las armas de

fuego de hace tres siglos.

Hube también de ingeniarme en la preparación de mechas para cebar los arcabuces, y revisar los pedernales de los mosquetes. Todo cosas de que no tenía sino una idea vaga y más o menos literaria, pero que tuve que aprender a realizar al mismo tiempo que se las enseñaba a los demás.

Mientras tanto varios indios cavaban, a cierta distancia, el agujero que habría de servir de santabárbara provisional.

Exhumé de un viejo arcén apolillado unos crisoles que resultaron ser para fundir balas de arcabuz y mosquete.

Una tarde estaba ensayándolos junto al hornillo de mi laboratorio, con la ayuda de Froilán, cuando compareció don Gonzalo, ya repuesto, sostenido por maese Pero y acompañado de Isabel.

Había sido informado por ellos de mis experimentos, de sus espléndidos resultados y de mi labor en la preparación de las armas, y venía a darme las gracias.

Después de un día de trabajo en fraguas y talleres, yo debía tener la cara de un mono, pues Isabel, al verme, no pudo reprimir la risa.

Se lo agradecí, porque así quedó conjutada de antemano la ceremoniosa escena que, habrían dado lugar las manifestaciones del Gobernador y mis respuestas.

Don Gonzalo me preguntó si confiaba en que las armas podrían usarse.

—Yo lo espero —le contesté—, pero nada podría asegurar hasta haberlo experimentado. Y esto va a ser muy pronto. Tenemos ya pólvora bien seca, balas fundidas y varios arcabuces y mosquetes listos.

***

Absorvido en aquellos menesteres bélicos, que cada noche me hacían acostarme rendido, para entrar en un sueño sin sueños hasta el otro día, me había incorporado a aquel mundo y aquella vida, atrasada en tres siglos, sin detenerme a analizarlos, ni sorprenderme

mucho ante cada una de las extrañas cosas que veía.

Habían venido añadiéndose a mi conocimiento nuevos personajes, con quienes me encontraba diariamente en el comedor, durante las comidas y las cenas que ahora don Gonzalo presidía, restablecido ya.

Conocí de este modo al R. P. Sinesio Reluz, que vestía el hábito de los agustinos. Un hombre alto, magro, casi enteramente calvo, de nariz apelotonada, largo cuello y mejillas hundidas. Era sumamente miope y comía con la nariz casi metida dentro del plato. Se sentaba al frente de mí, a la izquierda de don Gonzalo. Al lado suyo mis ojos encontraban con agrado la estampa marcial del capitán Nuño. Los demás comensales eran oficiales de la guarnición, todos jóvenes y bien plantados. Comían silenciosos, doblemente cohibidos por la presencia augusta del Gobernador, en un extremo de la mesa, y de su hija, de una belleza realmente perturbadora, en el otro extremo. No era aquel su sitio habitual, pues de ordinario comían en sus casas, pero desde que se iniciara el sitio eran huéspedes cotidianos de Su Excelencia. Todos eran hidalgos, y llevaban unos nombres resonantes: don Fernán, don Ginés, don García, don Carlos…

En aquellas comidas, a lo largo de sosegadas pláticas, fuimos enterándonos recíprocamente, aquellos caballeros y yo, de la historia de nuestros mundos respectivos.

Tuve que relatarles, en primer término, y para ello me fueron preciosas las referencias que cien veces le aguantara a pie firme a don Rodrigo Cisneros en Santiago, la historia de las sucesiones dinásticas de España a partir de 1687, año en que don García de Cisneros conquistó Pacha Pulai y sus tesoros, y quedó prisionero con ellos para siempre entre las montañas. Fue una desazón para don Gonzalo enterarse de que España estaba gobernada desde 1700 por los descendientes del rey francés Luis XIV, un Borbón.

—Sin embargo —le advertí—, aquel primer rey francés, don Felipe V, hijo segundo del delfín de Francia, llevaba en sus venas sangre española: era biznieto de un rey español, don Felipe IV, cuya hija, doña María Teresa, casó con Luis XIV.

—Es verdad —reconoció don Gonzalo.

—Por lo demás, don Felipe V inició su dinastía, que hasta ahora ocupa el trono de España, en excelente forma. Vuestra Excelencia no debe ignorar que bajo Carlos II, el último rey español, y que

murió sin descendientes, el reino había llegado al último extremo de la decadencia: perdió Portugal en Villaviciosa, perdidos Holanda y Flandes, abatida la Hacienda…

—¿No lo he de saber, si precisamente fue ese espectáculo el que movió a los tres hermanos Cisneros a buscar otros campos para su ambición? Vinieron a Lima, donde quedó el menor de ellos, don Fernando; el mayor y el segundo partieron para Chile con sus familias, tropas, pertrechos, animales de crianza y todo lo que era necesario para las empresas de conquista y colonización. El naufragio del galeón, en que venían…

—Nuestra Señora de la Esperanza…

—Ese era su nombre. ¿Cómo lo sabe vuestra merced?

—Don Rodrigo Cisneros, con cuya amistad me honro, me ha referido el caso varias veces.

Después vino la historia de la conquista de la ciudad. Yo la conocía ya, pero la escuché con una paciencia cortés, y no sin cambiar con quien me la refiriera pocos días antes, en aquel mismo sitio, un par de miradas que me estremecieron.

Isabel asistía a aquellas pláticas en silencio, sin manifestar mayor interés por hechos que le eran de sobra familiares. Pero se animaba de un modo extraordinario cuando yo tomaba la palabra, y, con las precauciones del caso, iba describiéndoles los cambios políticos, las guerras, y las invenciones de los últimos 300 años. Un día le dije:

—¿Le gustaría conocer todo eso, doña Isabel?

—¿Y a quién no le gustaría? —respondió a la vez que se ruborizaba.

Para explicarles de una manera práctica el principio de la fuerza motriz a vapor, me fue preciso hacer traer al comedor un brasero con un tiesto de agua hirviente. Y creo que nunca se ha contado la sencilla historia de Santiago Watt ante un público más maravillado.

Pero seguramente su admiración culminó cuando los inicié como pude en las maravillas de la electricidad. La idea de que los hombres pudieran haber domesticado el rayo no podía caberles en la cabeza.

—Sin embargo —les dije—, hay ahora artesanos que trabajan en esto con tanta naturalidad como los fundidores y repujadores de aquí han trabajado estos platos. Añadí: —Todos los presentes, lo

espero, tendrán, Dios mediante, oportunidad de ver todo eso por sus propios ojos. Pacha Pulai algún día tendrá comunicación con el mundo. Por lo pronto, señores, yo estoy personalmente obligado a agotar mis esfuerzos para volver a él. Mi deber militar así me lo impone. Involuntariamente, eché una ojeada hacia Isabel. Y, ¿fue presuntuosa ilusión mía?, me pareció ver en su rostro una expresión de inquietud y de tristeza.

6

Intermezzo neoyorquino

Cuando Alonso González de Nájera, llegó a este punto de su narración, ya se había obscurecido. El salón del Biltmore en que nos encontrábamos no tenía más luz que la que entraba por la ventana, animada a ratos por los resplandores palpitantes de los avisos luminosos instalados en los flancos de los rascacielos próximos.

Alonso se interrumpió para ir a accionar la llave de la luz eléctrica. El vivísimo contraste entre aquella escena actual y neoyorquina y el mundo lejano en que sus palabras me habían sumergido me dejó desorientado y confuso.

—¡Bárbaro! —le dije—. ¿No vas a seguir? A lo menos, ese romance que veo perfilarse ahí…

—Desgraciadamente —me contestó—, vas a conocer el desenlace muy a destiempo. Mis aventuras son un folletín maravilloso; maravilloso, especialmente, porque todo lo que ocurre en él es real, y tú vas a saber el final del romance mucho antes de lo que exigen los cánones folletinescos.

—¡Cómo! ¿Me la vas a presentar?

—Digo… A menos que quieras reservártelo para el final… Es el caso que la protagonista debe de estar en la pieza, repiqueteando de impaciencia. Hace dos horas —y Alonso miró su reloj— que debía haberme reunido con ella. Y ahora es indispensable que me acompañes tú, como justificativo…

Con pena dejé mi sillón para seguir a Alonso; con pena, y al mismo tiempo con una curiosidad anhelante. Creo que me sentí extraño al atravesar los alfombrados pasillos del hotel, cruzándome

con los pasajeros, en su mayoría en traje de comida, que los recorrían.

Alonso abrió la puerta de su departamento, me hizo sentar en el saloncillo del recibo y desapareció hacia adentro, cerrando la puerta tras si. Escuché el rumor de un corto diálogo; una voz quejosa, «regalona», como dicen en Chile, y el acento viril de mi amigo, quebrado en inflexiones suplicantes; luego un silencio. Me hice una composición de lugar: ella estaba llorando, y él, después de advertirla de mi presencia, seguramente la indujo a presentarse en el salón. Por consiguiente, hubo una prudente paradilla ante el espejo, para borrar las huellas de las lágrimas…

No me había equivocado. Isabel Cisneros mostraba todavía los ojos levemente enrojecidos. Pero su expresión en el momento de tenderme la mano era de una jovialidad perfecta.

—Con que… ¿de Chile?

—Norteamericano, señora. Pero viví muchos años en ese país encantador.

La examiné con más detención. Su semejanza con María Cisneros era asombrosa. Solo que Isabel me pareció algo más corpulenta, más mujer… Acaso como habría sido María por aquella época, con once años más.

—Es usted el primer amigo de Alonso…, el primero de los antiguos…, ¿comprende usted?, que tengo el gusto de conocer.

Mientras respondía con los cumplimientos del caso, yo trataba de determinar con qué clase de acento hablaba ella el español. Yo he vivido en casi todas las repúblicas hispanoamericanas, he tratado a españoles de todas las regiones, y creo poder distinguir, sin esfuerzo, por el acento, a un andaluz de un gallego, y a un argentino de un mexicano. Pero aquella pronunciación me dejó perplejo. Yo no sabría definirla; solo sé decir que era un modo muy dulce de hablar, con las eses, las des y las eres moduladas de una manera no tan acusada como entre los madrileños, por ejemplo, pero sin comérselas, como hacen los chilenos. Aspiraba también ligeramente las jotas.

—¡Qué suave es el acento con que habla usted el español! —le observé.

—Sí. Todos lo extrañan. No se parece a ninguno. Es el acento del

país que ya no existe… —concluyó con cierta melancolía.

—¿Qué no existe?… —pregunté yo, todo intrigado. Pero Alonso intervino con cierto apresuramiento, como deseoso de cortar el camino a la conversación en tal sentido.

—¿Qué te parece si comiéramos juntos? —me preguntó—. ¿Qué dices tú, hijita? Por ahí, en un restaurante más o menos popular. Sin etiqueta… Y después nos vamos a dar una vuelta…

Fue lo que hicimos. Días y noches iguales se repitieron con frecuencia para mí. En el transcurso de ellos Alonso me mostró diversos objetos procedentes de Pacha Pulai: flechas, viejas pistolas del siglo XVII, monedas de plata con el perfil prognático y degenerado de Carlos II, trozos de oro puro de un tamaño inverosímil… Reliquias de un mundo desaparecido e irrecuperable —según me dijo—, y que les acompañaban a él y a Isabel por dondequiera que fuesen.

A lo largo de estas reuniones encantadoras me enteré yo, de labios de los propios protagonistas, del resto de la historia que he procurado condensar en estos apuntes. Frecuentemente en la relación intervinieron los dos, completando el uno las referencias de la otra, o viceversa; otras veces yo asistía, mudo y maravillado, a largas conversaciones que ambos sostenían, como olvidados de mí, y evocando escenas de su existencia, llena de peligros y aventuras, en la extraña ciudad donde se vendía a dos reales de plata una docena de platos de oro. En aquel país ya no existe…

7

«El prometido de doña Isabel»

—No creas —me dijo Alonso al proseguir al día siguiente su narración— que fue cosa, fácil llegar a este desenlace que has conocido en forma tan anticipada. Precisamente horas después de aquel almuerzo en que mi vanidad había nimbado de inquietud la expresión de Isabel Cisneros, al hablar de mi resolución de restituirme a mi mundo y a mis deberes, supe algo que tenía mucho de desazonante para mi calidad de incipiente galán de aquella dama. Fue en la librería o archivo del castillo de los Cisneros. No conocía esta repartición, y acudía a visitarla, invitado por el Reverendo Padre Sinesio. Estaba en un ala del edificio. Sus altas ventanas con vidrieras de color a bizcochos rojos y blancos, miraban el parque. Era una vasta sala con las paredes cubiertas hasta el techo de anaqueles en que se veían alineados centenares de infolios y mamotretos.

En el centro había varias mesas, y, en mayor número, diseminados por distintos sitios, atriles de madera; en varios de los cuales había instalados infolios análogos. De detrás de una mesa, situada en un rincón, surgió un personaje a quien jamás había visto, y que me pareció ser uno de los más pintorescos entre los muchos que había conocido en aquel mundo extraño. Vestía de negro de la cabeza a los pies, y su cara pálida, de una auténtica palidez de biblioteca, se destacaba con un color de cera sobre el albor del cuello almidonado que le cubría casi el pecho. El pelo negro y largo, escaso en lo alto del cráneo, le caía en guedejas muertas por encima de las orejas. Con su nariz picuda y sus ojos redondos y tristes me

hizo la impresión de una cigüeña vestida de luto.

—Maese Juan López de Barbadillo —me anunció el padre Sinesio, con una expresión un tanto irónica—. El más florido e inspirado de nuestros poetas. Mejor dicho, el poeta de Pacha Pulai. En los ratos que le dejan libres las Musas es archivero y bibliotecario de la Gobernación y la familia Cisneros. Maese López de Barbadillo, al inclinarse saludando, pareció que iba a clavar la nariz en el suelo.

—Mucha honra es para su humilde servidor conocer al valeroso paladín llegado de ignotas tierras. Precisamente, estaba ahora dedicado a rimar el Canto que a vuesa merced le corresponde en los Anales de Nueva Toledo.

—¿Llevan aquí en verso los anales de la ciudad?

—En verso y en prosa. Sobre mis débiles hombros pesa la tarea de registrar los acaecimientos de cada día en las Crónicas de Nueva Toledo, iniciadas en el tiempo del primer Gobernador Cisneros y continuadas hasta la fecha. Es mi obligación. Pero poner en octavas reales estos Anales ya es cosa de mi personal esparcimiento… Y por cierto que si ambas tareas son posibles, es gracias al consejo y las luces del sapientísimo Reverendo Padre Sinesio, pozo de sabiduría, aquí presente…

Ambas narices, la del eclesiástico y la del poeta, se aproximaron en una doble reverencia.

Me acerqué a curiosear en aquellos anales poéticos, trazados en un papel desconocido para mí, fibroso y algo transparente.

—¿Esto es papel… o qué?

—Papel, propiamente, no —me explico el padre Sinesio—. Es una especie de papiro que obtenemos de una planta que crece en el valle Caliente, al otro lado del lago. Las Crónicas en prosa están escritas en pergamino. Nuestro poeta emplea el papel, por el cual su péñola corre con más facilidad: la que exige la abundancia de su inspiración.

—¿Me permite, señor cronista?

—Muy honrado, ciertamente.

Me instalé en el asiento de vaqueta de aquel Homero de las serranías, frente a un voluminoso tintero de oro, junto al cual se erguía una media docena de plumas, blancas algunas, otras negras, otras de un vivo color rosado.

—¿No son, por cierto, las clásicas plumas de ganso?

—No, señor teniente. Son plumas de parina. Un ave acuática muy abundante en estas regiones.

De aquellas plumas se había valido el vate para llenar sus cuartillas con una letra primorosa, con muchos adornos, y que se dejaba leer con gran facilidad. En sonoras octavas vi descrita la batalla del valle de Pulai, en la que las figuras de Froilán Vega y la mía resaltaban con contornos heroicos… Fui volviendo hojas y más hojas. De pronto encontré un nombre que despertó mi curiosidad, tal vez por estar precedido de epítetos poco halagadores.

—¿Y este señor don Ramiro, señor poeta?

El archivero se me aproximé con cierta precipitación.

—Ruego encarecidamente al señor teniente que me excuse. Eso no forma parte de los Anales. Como usted ve, no se trata de octavas; es un soneto. Es algo personal y…

El pobre hombre estaba confundido, como si le hubieran cogido en falta.

El padre Sinesio le miraba con cierta conmiseración irónica.

—Apostaría a que es un soneto satírico —dijo—. El señor don Ramiro no goza de las simpatías de nuestro poeta.

Muy sofocado, maese López de Barbadillo tendió hacia el padre Reluz las manos suplicantes:

—Reverendo Padre Sinesio, por favor…

—Ese don Ramiro, don Ramiro Reinoso y Cisneros, es un sobrino en segundo grado de don Gonzalo —me explicó el padre Sinesio—. ¿Y sabe vuesa merced por qué nuestro poeta le tiene ojeriza?

—Padre Sinesio… —volvió a suplicar maese Barbadillo.

—Porque… —prosiguió el agustino implacablemente—, porque es el prometido de doña Isabel Cisneros.

Sorprendido yo mismo, sentí un choque interior, y algo como un desgarramiento.

—¡Ah, ah!… —hice, sonriendo de una manera maquinal. «A mí, ¿qué me tiene que importar esto?», me decía, pero al mismo tiempo, por absurdo que a mi razón le pareciese, no podía negarme que la noticia de que Isabel Cisneros estaba prometida a alguien me irritaba como si se tratara de una usurpación, del despojo de algo mío, muy mío, que me acabasen de arrebatar. Muy satisfecho de su

broma parecía el padre Sinesio, que se reía a mandíbula batiente del azorado archivero. Conté con su miopía para disimular la inexplicable desazón que me dominaba. En cuanto a maese López de Barbadillo, por unos instantes solo atinó a balbucear incoherencias. Luego, recuperándose, dijo con cierta gravedad:

—Concedo que no le tengo gran simpatía al señor don Ramiro. Mas su Reverencia no ignora que es por razones puramente políticas. Y reconozca el Reverendo Padre Sinesio que ni él ni nadie entre los que comemos el pan del Excelentísimo señor Gobernador dejará de compartir estos sentimientos.

El padre Sinesio se puso serio, como si repentinamente le asaltaran graves inquietudes.

—Es verdad —dijo con el ceño fruncido—. Tal vez hago mal en hacer chanza de algo que realmente está relacionado con la suerte de este reino, de todos nosotros. ¡Pero Dios no ha de permitir que caiga sobre nosotros tal calamidad!

Yo era todo oídos, mas el temor de traicionarme, descubriendo el motivo íntimo de mi ansiedad, me vedó formular cualquiera pregunta.

Pero no tuve necesidad de hacer pregunta ninguna. El eclesiástico y el poeta, conversando entre si, primeramente, y luego dirigiéndose explícitamente a mi, me impusieron hasta en sus más mínimos detalles de la situación que tanto les preocupaba…, y también a mí.

Todo un problema político-dinástico, podría decir, y que procuraré describir del modo más breve posible. Es necesario que lo haga para que se comprendan los extraordinarios hechos que siguieron. Desde la conquista de la ciudad por don García Cisneros, que tomó posesión de ella en nombre de Su Majestad Católica don Carlos II, el gobierno del pequeño Reino de Nueva Toledo había estado en manos de su familia.

Existía al mismo tiempo un Cabildo, elegido por las corporaciones más importantes, en acuerdo con el Gobernador, durante siglos, últimamente, después de serias y crecientes discrepancias con él. Alrededor de estas diferencias fueron formándose, con los años, en Pacha Pulai, tres partidos: uno, el de los Cisneros, tradicionalista, que, poco a poco, mientras se debilitaba por la acción del tiempo y la ausencia total de

comunicaciones el sentido de subordinación a la Corona de España, fue atribuyéndole un carácter dinástico más fuerte a la familia del jefe de la expedición de 1687 y primer Gobernador de la colonia; frente a este se había constituido un núcleo político popular, que, designado por la terminología de estos tiempos, podría ser calificado de extremista: en él figuraban los artesanos, gran parte de la población mestiza y algunos hidalgos criollos, que representaban ese residuo de descontentos que siempre hay en toda colectividad. Entre ambos núcleos antagónicos oscilaba el partido que podríamos llamar moderado, constituido por mucha gente importante en la ciudad, y en el cual, continuamente, se hacía presente el deseo de reemplazar en el mando supremo a los Cisneros, sin que jamás se atreviera, sin embargo, a proclamarlo de manera explícita ni a ponerse abiertamente en contra del Gobernador. En este último partido actuaban en primera línea varios miembros de las ramas colaterales de la familia Cisneros.

La situación de los partidos se había mantenido en un estado de equilibrio por largo tiempo, en los términos descritos, pero por la época en que yo hice en aquel pequeño mundo mi inesperada aparición, había hecho crisis alrededor del problema dinástico: don Gonzalo Cisneros era el primer Gobernador que llegara a la vejez sin tener hijos varones. El más caracterizado de sus parientes, su sobrino segundo, don Ramiro de Reinoso y Cisneros, había llegado a ser por esta circunstancia el jefe del partido moderado, y todo Pacha Pulai, comenzando por él mismo, veía en él al sucesor de don Gonzalo. Suyo pasaría, pues, a ser el Gobierno, y con él el castillo y la pequeña población que lo rodeaba.

Pero don Ramiro de Reinoso estaba muy lejos de disfrutar del prestigio tradicional de los Cisneros. Había llevado una vida disoluta, en que había disipado por entero su hacienda; se le sabía falso, hipócrita, cruel, y el partido de los Cisneros tenía la seguridad de que junto con subir don Ramiro al poder, una nueva oligarquía pasaría a ocupar la residencia del Gobierno, y empezaría para los cisneristas, una era de duras persecuciones.

De todos los tesoros que la casa fortificada de los Cisneros encerraba, el que don Ramiro codiciaba más era doña Isabel. Mal de su grado, don Gonzalo había capitulado ante lo inevitable. Hubo de prometerle a don Ramiro la mano de su hija. Era la solución menos

mala, puesto que, de habérsela negado, Isabel, al morir el Gobernador, quedaría condenada a las peores contingencias, incluyendo la del despojo de sus bienes.

Impaciente a causa de las dilaciones que, de tiempo en tiempo, sufría la celebración de la boda, bajo diversos pretextos, don Ramiro había empleado, para asegurar el logro de sus ambiciones, la presión política. A lo menos, eso era lo que suponían el padre Sinesio y el archivero. Sospechaban que fuese obra suya el desasosiego reinante en la ciudad, desasosiego que al fin llegara a convertirse en una insurrección. Indudablemente eran también producto de sus maquinaciones las dificultades surgidas en la elección de los miembros del Cabildo. Y, sobre todo, creían tener motivos suficientes para considerar que la sublevación popular encabezada por el mestizo Pancho había sido instigada, si no dirigida, ocultamente por él.

—Y don Gonzalo, ¿qué piensa de todo esto?

—Don Gonzalo —me explicó el padre Sinesio— es un varón justo y noble, que no concibe que un hidalgo que lleva en sus venas sangre de los Cisneros pueda llegar a tales extremos de doblez. Sus amigos más de una vez le hemos insinuado estas sospechas, pero él se ha negado a seguir escuchándonos. No le tiene a don Ramiro la menor simpatía; le cree un tunante y un botarate, y la idea de que su hija ha de ser algún día su esposa es, sin duda, su mayor tormento, pero creo que solo en presencia de pruebas evidentes consentiría en considerarle como un felón, capaz de hacer cosas impropias de un hidalgo.

—Pero —observé— ¿no le basta el hecho de que don Ramiro, con su partido, no se haya puesto del lado del Gobernador al estallar la insurrección?

—Don Ramiro y los suyos aparecen más bien como víctimas impotentes de la sublevación. Los mensajeros que ha logrado hacer llegar hasta aquí, han traído cartas suyas en que dice que la forma repentina en que se produjeron los acontecimientos le impidió hacer algo en favor de don Gonzalo. Según refiere, los sublevados se apoderaron de todas las armas, acuchillaron a los pocos leales que intentaron resistir, y si han dejado a don Ramiro y sus parciales en relativa tranquilidad, aunque vigilados, ha sido bajo la promesa de mantenerse neutrales.

—Hay un hecho —agregó el archivero— que ante los ojos de don Gonzalo obra en abono de la lealtad de don Ramiro. Y es que en el momento de estallar la insurrección le envió un propio a don Gonzalo comunicándole lo que pasaba. Gracias a este mensaje el Gobernador pudo cerrar y guarnecer a tiempo las puertas del recinto amurallado. Si no es por eso, los sublevados habrían entrado aquí a saco y probablemente no estaríamos ahora contándole a vuesa merced el cuento. Pero a mi entender, esto no es más que un ardid de don Ramiro. Además, en la ciudadela hay algo que a don Ramiro le interesa mantener fuera de todo peligro…

«Isabel», pensé. Y luego, sin advertir que ni siquiera la había nombrado, dejé escapar esta pregunta:

—Diablos ¿Y ella?… ¿Qué piensa de la actitud de don Ramiro?

Fue el padre Sinesio quien contestó:

—Tengo razones para presumir que doña Isabel está convencida de que don Ramiro es el genio maligno que guía a los insurgentes, y el autor oculto de todo este enredo. Pero el respeto que debe a su padre le impide comunicarle estos pensamientos. Sospecho que teme aparecer ante los ojos de don Gonzalo como una hija rebelde, que se resiste a acatar lo que su padre ha dispuesto acerca de su destino. ¡Desdichada niña!

Mi razón me decía que yo debía estar indignado ante la sucia urdimbre de traiciones y de infamias que rodeaba a Isabel Cisneros, y seguramente lo estaba. Pero debo confesar que en mi interior bullía al mismo tiempo un júbilo verdaderamente insensato, que yo mismo no acertaba a comprender.

Encontré mi mano oprimiendo maquinalmente el pomo de mi espada.

—«¡Diablo! —me dije—. Parece que esta indumentaria me está inoculando ímpetus de paladín que no me conocía».

—¿Y qué creen ustedes que se puede hacer? ¿Qué es lo más urgente? —inquirí.

—Dominar la insurrección a cualquier precio. Y si fuera posible, desenmascarar al perillán de don Ramiro… antes de que sea demasiado tarde. Unos pasos resonaron en el corredor. En la puerta apareció la flaca silueta de Froilán Vega, que se detuvo en ella haciendo sonar militarmente los talones.

—Su Excelencia lo necesita, mi teniente —dijo con un acento seco, un acento «de servicio», que me recordó el cuartel.

—Cualquiera diría que estoy hablando con un conscripto.

—Cabo 2° del Cazadores, mi teniente. ¿No se lo había dicho?

—No, pero yo algo sospechaba. Pero, dígame, cabo Vega, ¿qué otras cosas ha sido en esta vida?

—Fuera de cura y ama de cría, he sido de todo, mi teniente.

A coro soltamos la risa. Froilán Vega seguía impasible, con sus dientes enormes blanqueándole bajo el bigote, y esa sonrisa llena de sorna que hacía que nunca se supiera si hablaba en serio o en broma.

Era aquel el día en que nos pusiéramos de acuerdo para efectuar la prueba de los mosquetes, y yo adiviné en el llamado de don Gonzalo una manifestación de su zozobra.

—Bueno, ya seguiremos tratando el asunto, caballeros. Me despedí del agustino y el poeta, y marché con Froilán en dirección a la sala de Gobierno, donde jamás había entrado antes.

Por el camino quise imponer a mi flamante escudero de lo que me habían referido en la biblioteca, pero él me atajó:

—Ya sé toda la historia. ¿Cree que iba a perder mi tiempo? En estos días he confesado a medio mundo por ahí. ¡Y he sabido unas cosas! Y ¿quiere que le diga? ¡Aquí hay espías de don Ramiro!

Llegábamos en ese instante a la puerta del despacho del Gobernador. —Ya hablaremos de eso —le dije a Froilán, que se quedó en el umbral.

8

El fuerte Don Carlos

Don Gonzalo estaba en una amplia sala, junto a una gran mesa en que tenía extendidos unos planos. El capitán Nuño Giarci-Fernández le acompañaba.

—Excúseme vuesa merced, si me he tomado la libertad de hacerle venir.

—Estoy por entero a las órdenes de Vuestra Excelencia. Tengo a mucho honor considerarme uno de sus servidores.

—Y para mí es honra contarle entre mis buenos amigos.

Me incliné. Él prosiguió:

—Estudiábamos aquí con el capitán nuestra situación militar. Vuesa merced, que es de la profesión, puede ayudarnos con sus luces.

Después de un último cumplido, el Gobernador y el capitán me expusieron la situación, que yo, a la verdad; hasta ese momento conocía solo a medias. Ignoraba, por ejemplo, que además de la ciudadela de la Gobernación existiese otra posición fortificada, el fuerte Don Carlos, en poder de los parciales de don Gonzalo. Estaba igualmente sitiada por los insurgentes, al mando de un capitán, con unos treinta soldados blancos y cincuenta yanaconas. Aquel fuerte guarnecía una de las posesiones en que el Gobernador solía mantener ganado de engorda. En el momento de iniciarse el sitio había allí más de un centenar de vacas y bueyes y otras tantas ovejas. Si los del fuerte habían logrado guardar los sitios de acceso a la dehesa, no era un problema su alimentación. Si, en cambio, los sitiadores los habían reducido a su pequeña ciudadela, su situación

no podría ser más crítica, y era probable que el hambre al fin los hiciera sucumbir o rendirse.

—¿No ha sido posible obtener noticias por medio de los espías?

Respondió el capitán que los informes recibidos eran vagos y contradictorios. Ningún hombre de confianza había logrado forzar el sitio.

Me enseñaron en el plano de la ciudad y el valle la ubicación precisa del fuerte. Calculé, por la escala, que quedaría a unos quinientos o seiscientos metros al noroeste del muro exterior de nuestro recinto fortificado, que daba frente al norte, y a corta distancia de las primeras casas de la ciudad por ese flanco.

Don Nuño me leyó un estado de sus fuerzas. Unos ciento veinte soldados blancos y una cantidad doble de yanaconas capaces de combatir. Todos buenos arqueros, fieles y de un valor a toda prueba. Entre el resto de la población de la ciudadela, formada por obreros de diferentes clases, labradores, peones e indios de servicio, podrían encontrarse otros pocos hombres aptos, pero no eran muy de fiar, o a lo menos no se les había probado como elementos de combate.

—No olvidemos —les dije— que tenemos unos quince arcabuces y cerca de cuarenta mosquetes. Con estas armas el poder ofensivo y defensivo de nuestro pequeño ejército por lo menos se duplica.

—En eso reside toda nuestra esperanza —dijo don Gonzalo.

—Por esta razón yo propondría someter desde luego a prueba nuestras armas de fuego. Una vez hecho esto habría que decidir la forma de continuar las operaciones.

—Sí; es indispensable —reconoció don Gonzalo.

Yo me dirigí a la puerta para llamar a Froilán. Pero ya mi escudero había desaparecido.

La prueba de los mosquetes y arcabuces se efectuó, pues, sin su asistencia, y en estricto secreto. Solamente la oficialidad participó en ella. Las armas y municiones fueron conducidas por algunos indios cerro arriba, encerradas en envoltorios que disimulaban la calidad de su contenido. Era la primera vez que yo ponía el pie en el camino en zigzag que trepaba a la imponente montaña situada al sur de la fortaleza. El sol se acercaba a su ocaso cuando llegamos a una explanada, semejante a un escalón gigantesco en la ladera. Al fondo de esta explanada, apoyada en el cerro y como formando

parte de él, descubrí una estatua colosal de la Virgen, esculpida, al parecer, en la roca misma de la montaña.

Al pie de la imagen se alzaba una capilla, que se veía minúscula junto a ella, y adosada al costado del pequeño templo había una casa al parecer de sólido material, con arcadas en su frente. Un huertecito verdeaba detrás de aquella casa.

—Por ahí entró vuesa merced a Pacha Pulai —me dijo el capitán Nuño—. En esa misma casa comienza el socavón que sale al otro valle. Ahí vive la guardia que lo cuida permanentemente.

—¿Qué largo tiene ese túnel?

—Tiene bien sus quince cuadras. Fue comenzado en 1687 y lo terminaron cerca de veinte años más tarde. En la puerta de cobre que hay a la salida están las fechas. Si no fuera que al final encontraron piedra blanda, que se podía trabajar a pico, las últimas cinco o seis cuadras no habrían podido perforarse. La pólvora se les acabó muy poco después de haberse abierto paso por la roca dura. ¡Veinte años de trabajo, para quedar en igual situación!…

—¿Qué orientación tiene el túnel?

—Al suroeste —me dijo don Nuño, extendiendo la mano, como una veleta, en la dirección indicada—. Pasa precisamente por debajo del lago; va de subida, y sale al ras con el nivel del valle de Pulai. Toda esta explanada se formó con el desmonte que salió del túnel.

—¿Y esa enorme estatua?

—La mandó tallar hace más de un siglo don Fermín Cisneros, tatarabuelo de don Gonzalo. No alcanzó a verla terminada. La concluyó su hijo y sucesor, don Ramiro, y hubo grandes fiestas cuando la dedicaron. Por ella esta montaña se llama el Cerro de la Virgen, y el lago que está allá arriba, lo mismo.

Al acercamos nosotros, aparecieron dos o tres soldados en el portal de la casa. Al reconocer a don Gonzalo uno de ellos dio una voz, y salieron seis más con sus alabardas y picas a rendir honores. El hombre que los mandaba, al parecer un sargento, se acercó al Gobernador con la espada desnuda y saludó con ella.

—Ahí tenemos un buen espaldón —le dije a don Nuño, señalándole la ladera, a unos doscientos metros de la Virgen.

Despedidos los indios cargadores, se inició nuestra gran prueba.

Tomé primeramente un arcabuz. No tengo para qué describir la

expectación ansiosa con que todos se dieron a contemplar mis manipulaciones. Yo no había manejado jamás armas como aquellas, pero recordaba con cierta precisión las descripciones que de su uso nos hicieran nuestros profesores de historia militar.

Cargué el arma con un cuidado meticuloso, la apoyé luego en la horquilla, y afirmando la culata con fuerza en mi hombro, apunté hacia el cerro, distante no más de cien metros.

—Usted, señor capitán, haga el favor de encender la mecha —dije.

Sacó el capitán su yesquero, lo encendió e hizo lo que yo le indicaba.

Un segundo chisporroteé la mecha, y luego yo sentí, junto con un recio golpe en el hombro, un estampido muy semejante a un cañonazo. El humo me cubrió la vista, pero don Gonzalo se apresuré a decirme:

—Ha hecho saltar el polvo ahí en el cerro. Debe de haber llevado una fuerza terrible. ¡Loado sea Dios! —exclamó—. Podemos confiar ya.

Los oficiales, muy pálidos y excitados, probablemente hubieran lanzado sus sombreros al aire, de no contenerles la presencia del Gobernador.

Para probar los mosquetes dupliqué la distancia. Hice fuego con tres o cuatro de ellos, con idénticos resultados a los del arcabuz. Una de las balas esféricas de plomo se hizo añicos contra una piedra, y sus fragmentos se dispersaron con un zumbido múltiple en todas direcciones. También probé un par de pistolas.

—Ahora, señores —les dije a los oficiales—, es el momento en que ustedes deben principiar a adiestrarse, para enseñar a su vez a los soldados.

Estuvimos en ello hasta que se escondió el sol.

Cuando, llamados de nuevo los indios cargadores, bajamos con las armas todavía caldeadas a la ciudadela, la situación y el destino de Pacha Pulai eran muy distintos de cuando subíamos.

Durante la cena, la conversación fue enteramente militar, y cada cual se consideró en libertad para divagar en voz alta sobre las hazañas que se prometía realizar con los mosquetes en la mano.

Isabel Cisneros, más locuaz también que de ordinario, me asediaba a preguntas sobre la experiencia.

Quedó acordado que el adiestramiento de los soldados en el manejo de las armas de fuego se mantendría en secreto, a fin de agregar a su mortífero poder, cuando llegara el momento de emplearlas, el efecto de la sorpresa. Acabada la cena, los oficiales se retiraron. Don Gonzalo, el capitán, Isabel y yo prolongamos unos instantes la sobremesa. El tema de la conversación era acaso demasiado bélico para que pudiera interesar a la delicada criatura: discutíamos el plan de una salida, aprovechando el espanto que en el enemigo producirían los mosquetes, para llegar hasta el fuerte Don Carlos. Tendría esta empresa, de resultar fructuosa, el doble resultado de libertar a la guarnición y traer a la ciudadela del Gobernador el ganado que pudiera haberse conservado allí. Don Gonzalo dijo de pronto:

—Hay luna llena, y desde la terraza tal vez podamos estudiar el terreno. Cuando salíamos, Isabel se despidió para ir a recogerse. ¿Sería solo de gratitud y admiración la mirada que me dirigió antes de desaparecer en el corredor? Desde la terraza se divisaba la ciudad con sus cúpulas resplandecientes bajo la luna.

—El fuerte no se ve desde aquí —explicó don Gonzalo—. Está en una hondonada, y al otro lado de un barranco que se cruza por un puente de madera. Pero vuesa merced puede observar casi todo el camino.

En efecto: se veía como una cinta blanca, ondulando a través del campo cubierto de maleza, entre la muralla y aquel barranco distante. Yo dediqué un pensamiento de admiración al grupo de hombres bravos y sufridos que se mantenían allí rodeados de peligros y atados por su honor a una consigna de lealtad.

—Es preciso llegar allá —dije, pensando en voz alta—. Y pronto. Espero, Excelentísimo señor Gobernador, que me concederá la honra de participar en la salida.

—No querría exponer la preciosa existencia de vuesa merced en empresa tan temeraria. Sin embargo, es vuesa merced un hombre de armas, y mi gente necesitará sin duda su guía y su ejemplo, al ejercitarse frente al enemigo, en una táctica que desconocen.

En aquel momento, un rasgueo de guitarra, vibrante y viril, rompió el silencio de la noche. Alguien, debajo de nosotros, en el patio de la guardia, hería los bordones. Don Gonzalo y don Nuño se miraron sorprendidos. Era un son para mí familiar, que me trajo de

golpe un mundo de evocaciones: el compás de nuestra cueca chilena.

—¿Es conocido este aire por aquí?

—Es la primera vez que lo escuchamos.

Iba a hacer una nueva pregunta, pero una voz algo desafinada que ya me era muy conocida, rompió a cantar con gran decisión:

Dicen que no me quieres.
Ya me has querido.
Váyase lo ganado por lo perdido…

¡Si es Froilán Vega! —exclamé soltando la risa—. A cada rato saca una gracia nueva este incomparable escudero mío.

—¿Y qué es lo que canta?

—Una tonada de nuestro país. Una canción popular…

Calló el cantor. Se oyeron risas de hombres y mujeres abajo.

—Es un hombre de un humor admirable —comenté bondadosamente el Gobernador.

Se despidió de nosotros, después de haber convenido en que desde el alba siguiente iniciaríamos los preparativos para ir a libertar a la guarnición del fuerte.

***

Cuando don Gonzalo y el capitán se hubieron ido, yo todavía vagué unos instantes, a solas con mis pensamientos, por las afueras de la residencia de los Cisneros. La noche clara y no muy fresca invitaba a pasear. Deseaba y temía al mismo tiempo aquel momento de soledad, para encararme conmigo mismo y pedirme estrecha cuenta de mis ideas y sensaciones. Establecí que, como en el instante de perder hacía algunas semanas a mi prometida, seguía enamorado. Esto era indudable, sí; pero ¿de quién? ¿De una sombra inaccesible o de la materialización milagrosa de esa sombra adorada? Y si era de esta última, ¿había en ello una infidelidad, una ingratitud para con la dulce muerta? Convine conmigo mismo en que realmente nada podía reprocharme. Seguramente —me

explicaba—, si la hija del Gobernador hubiese sido bella, pero distinta, no me habría causado mayor impresión; pero si era la prolongación viva de la otra, su doble perfecto, ¿qué de extraño había en que todo mi ser tendiera irresistiblemente hacia Isabel Cisneros?

Mis ojos se detuvieron en mi propia sombra, proyectada sobre las losas del patio, y me sorprendí yo mismo de esa estampa mosqueteril, con el ancho sombrero emplumado, el ceñido jubón y la espada, oprimida en el pomo por mi mano izquierda, con la punta erguida insolentemente. ¿Era mía, pues, esa silueta dartañanesca?

Alcé la vista como obedeciendo a un mandato misterioso. Había luz en la ventana de Isabel Cisneros. ¿Era por mera casualidad que se veían las cortinas ligeramente separadas? ¿Y por qué volvieron a juntarse al alzar yo la vista? Una batahola de voces y pataleos, no lejos de allí, dejó sin respuesta en mi interior estas preguntas. De la obscuridad de un corredor salieron al patio las siluetas confundidas de dos hombres. Uno de ellos era un indio, a quien el otro, un soldado, a lo que vi, retenía por los brazos violentamente torcidos hacia la espalda, al mismo tiempo que lo hacía caminar dándole rodillazos en el trasero:

—Ándale, maldito.

¡Ayyyy!

Me aproximé dispuesto a desenvainar la espada.

—¡Ah, mi teniente!… —dijo el soldado, que no era otro que Froilán Vega—. ¿Qué le decía yo? Este es uno de los espías. Me lo pillé intruseando en la fábrica de pólvora. Ya iba a irse con su buen saco a la rastra. ¡Miren, el niñito!…

—Bueno —le dije al advertir que un centinela, desde la muralla, nos contemplaba con curiosidad, y al oír ruido de balcones que se abrían—. Llevémoslo adentro.

Se internó con el indio delante por un corredor obscuro, y luego lo metió en uno de los cuartos con aire de calabozo que abundaban en aquella sección del edificio. Con un empujón y una zancadilla maestra echó por tierra al prisionero. Luego desenfundó su Colt.

—¿Y cómo pudo entrar? ¿No había un centinela en la fábrica? —le pregunté a Froilán.

—Sí, pero era también un indio, y parece que estaban de

acuerdo. Yo, que para algo tengo estas naricitas que Dios me ha dado, hacía ratito que estaba olisqueando algo. Por eso armé endenantes la rosca de las tonadas, para hacerles creer que estaba distraído. Me colé para allá de repente, y me pillé a este con las manos en la masa.

—Bueno. Cuídalo tú aquí mientras yo voy a buscar al capitán Nuño.

En el cuarto de guardia me dijeron que el capitán había salido de ronda a los puestos en la muralla. Un muchachito indígena fue a todo correr en su busca. No tardó en llegar el capitán, que se había envuelto en una capa obscura.

¿Hay novedad?

Le conté lo sucedido, y juntos fuimos a ver al prisionero.

—¡El Paqui! —exclamó el capitán al ver al indio—. ¡Debí habérmelo temido! E increpó al caído en lengua indígena. El Paqui se apegó a la pared con un movimiento instintivo, pero permaneció en silencio. A una orden del capitán se puso de pie. Vi entonces que tenía el cuerpo torcido y como jorobado.

—Este bellaco —me explicó el capitán— llegó aquí hace días pidiendo asilo. Le dicen el Paqui, el Quebrado, porque al caerse de un balcón una noche que lo sorprendieron robando se rompió el espinazo. Llegó contando horrores del mestizo Pancho… ¡y era su espía! Voy a seguir interrogándolo.

Lo hizo, pero fue en vano.

Yo le toqué al capitán el hombro.

—El centinela de la pólvora…

—¿Qué pasó con él?

—Ha desaparecido.

Salió el capitán y volvió instantes después con varios soldados. Traían anillos y cadenas para asegurar al preso. Uno de ellos quedó allí de guardia y los demás nos fuimos al laboratorio. Comprobé que nada faltaba. Cerca de la puerta había un saco de pólvora en el suelo.

—Ni rastros —dijo Froilán—. Este ya las «enveló» lejos.

—Seguro —dijo el capitán—; pero ¿por dónde?

Una recorrida a las murallas exteriores nos dio la respuesta. El centinela traidor había huido descolgándose por una cuerda, que

encontramos atada en una almena. Rastreando al pie, hallamos varias huellas. Eran varios los fugitivos, al parecer.

—Lo extraño —dijo el capitán— es que el centinela de este puesto no los haya visto. Y tampoco lo diviso a él.

Partió en su busca, subiendo a la muralla.

—¡Alonso! ¡Alonso! —llamó el capitán, caminando a lo largo del parapeto almenado.

Nosotros lo seguimos.

—¡Ah! Aquí está.

Estaba allí, en efecto, apoyado en una almena, con la cara muy pálida, los ojos y la boca abiertos. La alabarda yacía a sus pies. Detrás de él algo brillaba a la luz de la luna. Era la pluma de una flecha, cuya punta le había atravesado sin duda el corazón.

—Solo así se explica su silencio —murmuré el capitán—. Era un soldado distinguido, y estaba destinado a ser oficial.

Aquella noche velamos hasta muy tarde al joven soldado muerto.

Al día siguiente, cinco indígenas faltaron a la lista: tres soldados y dos pertenecientes a la servidumbre. En la tarde, al volver de los ejercicios, fuimos a sepultar los restos de Alonso. Y al regreso del pequeño cementerio, en la terraza del patio de guardia vimos un espectáculo macabro. De una horca muy alta erguida sobre la muralla, destacándose sobre el poniente incendiado por el crepúsculo, pendía el cuerpo torcido del Paqui.

—Es para que lo vean desde abajo —me explicó el Gobernador, señalándome la ciudad sublevada—, y sepan, para escarmiento, el destino que mi justicia les reserva a los traidores. Se marchó majestuosamente hacia el interior.

Froilán, junto a mi, contemplaba al ajusticiado con su perenne sonrisa de coipo.

Le di en el hombro con simpatía.

—Otra que te debemos, Froilán Vega. Si no es por ti, los del otro lado también habrían tenido pólvora. ¿Cómo fue que los descubriste?

—Nada… Cachativas, no más, como se dice. Los vi varias veces secreteándose en su idioma, y «porsiaca» me puse a vigilarlos. Hasta que me di cuenta de que lo que andaban rondando era la pólvora. Y a todo esto, mi teniente, ¿cuándo les vamos a dar un poco de

pólvora a esos, pero con bala?

—No sé. Tal vez muy pronto. Así que estén todos los mosqueteros adiestrados.

9

De la utilidad de saber jugar al volantín

Se había fijado un lunes para emprender la salida libertadora del fuerte Don Carlos. El día anterior toda la guarnición oyó misa. El padre Reluz bendijo a los soldados y sus nuevas armas, y pronunció un sermón que fue toda una arenga.

Estaba ya todo dispuesto, a eso de las 10 de la mañana, y en el preciso instante en que yo me despedía de don Gonzalo e Isabel, para ir a tomar mi puesto al frente de la mosquetería, cuando un son de cornetas se dejó oír en dirección a la ciudad, y los centinelas de las murallas exteriores comenzaron a dar voces hacia la ciudadela.

A una señal del capitán Nuño, que había acudido al torreón, el centinela más próximo dejó su puesto y se acercó al trote.

Llegó acezando hasta el capitán, y dijo solamente:

—Envían un parlamentario con bandera blanca.

Don Nuño consultó al Gobernador. Don Gonzalo guardó unos instantes silencio. Luego ordenó:

—Vaya el señor capitán a ver de qué se trata. Según eso resolveremos.

En todos los balcones y sitios de observación, la gente que se había asomado a ver la partida de la expedición contemplaba la escena con muda expectación. Don Nuño volvió con el rostro demudado, y como haciendo esfuerzos para ocultar una viva contrariedad:

—Es el señor don Ramiro de Reinoso y Cisneros, que trae para Su Excelencia una proposición del jefe de los revoltosos.

No sabría decir qué cara puso de pronto el venerable caballero, porque, al oír aquel nombre, yo solo tuve ojos para ver qué impresión producía en Isabel Cisneros. La vi palidecer e insinuar una mordida del labio, a tiempo que fruncía el ceño.

—¡Mi sobrino don Ramiro, parlamentario de esos facinerosos! —exclamó don Gonzalo, con voz que la indignación hacía temblorosa y ronca—. No lo puedo creer.

Don Nuño se encogió de hombros.

—Es el propio don Ramiro quien me lo ha dicho.

Dudó todavía don Gonzalo, con toda una tragedia en las cejas.

—Sea —dijo por fin—. Hay que franquearle la entrada y conducirle aquí. Su escolta, si la trae, debe quedar a más de doscientas varas de las murallas.

—Señor —le dije a don Gonzalo—, tal vez fuera conveniente ocultar la gente armada de mosquetes y arcabuces. Nuestro plan…

—Comprendido, caballero —me dijo—. Ruego a vuesa merced llevarse la tropa al interior, y borrar toda señal de nuestros preparativos de salida.

Así lo hice, pero me di prisa por volver. Sin embargo, no me la di tanta como para alcanzar a ver al pretendiente, al prometido oficial de Isabel Cisneros antes de que se encerrara con el Gobernador en su despacho. Don Nuño había entrado también con ellos. Isabel —me informó Froilán— había desaparecido antes de qué el visitante franquease la puerta del torreón de la guardia.

Pasé como sobre ascuas más de una hora. Para matar el tiempo fui con Froilán a las murallas a examinar la escolta de don Ramiro. Me sorprendí al verificar que eran jinetes vistosamente vestidos y bien montados. Eran seis o siete nada más, y probablemente cansados de aquella espera ociosa, se entretenían en corretear de aquí para allá, o exhibirse unos a otros la marcha y la estampa de sus cabalgaduras. Observé que ninguno de ellos iba armado. Más lejos, en el linde mismo de la ciudad, advertí una fila de soldados indígenas a pie provistos de lanzas y otras armas, en actitud vigilante.

Se abría la puerta del despacho de don Gonzalo cuando regresamos. Solamente salió el capitán Nuño, con una expresión preocupada que me alarmó. Me acerqué a él para interrogarle. Froilán me seguía.

—Malas noticias —me dijo don Nuño—. Muy malas. Ya nuestra salida no es necesaria.

—¡Cómo! El fuerte Don Carlos…

—Se rindió.

Nos quedamos mudos. En ese instante salía del despacho don Gonzalo. Pero yo miré solo al personaje que le acompañaba.

Era muy alto, rubio, de grandes bigotes levantados, de nariz ganchuda y ojos de párpados salientes, y enrojecidos como los de los bebedores. Tenía la piel muy blanca, fina y de cierta transparencia. Su vientre algo desarrollado, las patas de gallo junto a los ojos y la falta de los incisivos superiores denunciaban al hombre de edad madura. Venía diciendo con voz algo bronca: —… Ya le digo, mi señor don Gonzalo. Ese hombre, fuera de esas condiciones, no se allanará a aceptar ningún arreglo.

—Ni yo he de descender a proponérselo —respondió don Gonzalo con una hermosa altivez, que no pareció conmover a don Ramiro.

El parlamentario sonrió levemente, y se inclinó, encogiendo los hombros como quien declina una responsabilidad.

—Yo le transmitiré al mestizo la respuesta de Vuestra Excelencia —dijo—. Naturalmente, no puedo responder de la vida de esos infelices.

Se inclinó don Ramiro. Su faz se dulcificó, y con una sonrisa que le levantó los bigotazos hasta cerca de los ojos, preguntó:

—¿Y no me sería concedida la gracia de saludar a mi señora doña Isabel, mi encantadora prima?

—No ha salido de sus habitaciones —se excusó don Gonzalo, conteniendo su impaciencia—. Entiendo que está indispuesta desde ayer.

—Nada más sensible para mí. Espero verla restablecida esta tarde.

—Esta es su casa, señor don Ramiro, y en ella será vuesa merced siempre recibido conforme a tan alto hidalgo corresponde. Pero me seria muy triste volver a recibirle en la calidad que ahora le ha traído.

—Mi señor don Gonzalo, solo me he prestado a ser portador de una propuesta en la que solo veo la salvación de Vuestra Excelencia, de su ilustre casa y de la ciudad entera.

Se inclinó de nuevo en una profunda reverencia, y con una sonrisa forzada dio media vuelta para dirigirse a la torre de guardia. Don Nuño se puso a su lado y ambos desaparecieron.

Apenas hubo salido, reapareció Isabel.

Vi que el caballero vacilaba, como si le faltasen las fuerzas, y acudí a sostenerlo.

—¿Se siente mal, señor?

—Gracias, amigo, no es nada. Pero, realmente, la situación que debo afrontar es angustiosa… Guzmán el Bueno —añadió después de un silencio, con la vista como perdida en una visión horrible— arrojó a los moros su cuchillo para que sacrificaran a su propio hijo, cuya vida le ofrecían en cambio de su honor… Para mí son cien vidas, tal vez miles de vidas las que arrojan a la balanza, contra tres siglos de tradición…

—¿Las vidas de quiénes, puede saberse?

—Toda la guarnición del fuerte Don Carlos está prisionera. Y el mestizo, ¡así Dios lo confunda!, me amenaza con pasarla entera a cuchillo, y hacer lo mismo con innumerables familias indefensas, si no le entrego la ciudadela y el gobierno.

Isabel no pudo contener un grito.

—Pero, entonces, Excelentísimo señor —dije—, ¡no hay un minuto que perder! Habría que atacarlos inmediatamente.

—Algo aún puede esperarse de las gestiones de mi sobrino don Ramiro. No le pedí nada, pero él me ha ofrecido formularle al mestizo otras proposiciones, que tal vez nos permitan, a lo menos, ganar tiempo. Ha de volver más tarde.

—¿Y no dijo don Ramiro cuáles serían esas proposiciones? —preguntó de pronto Isabel, con una curiosidad incisiva.

Don Gonzalo vaciló antes de contestar. Yo insinué una retirada discreta.

—No se retire vuesa merced, por favor. Nada de lo que yo haya de resolver podría ser secreto para tan noble amigo. Pues… es el caso que no seria difícil un avenimiento que diera término a la insurrección, compartiendo yo el Gobierno con mi sobrino.

—¡Entonces todo es mentira! —exclamó Isabel, como súbitamente iluminada, con gran exaltación.

—Hija mía, ¡repórtate! —le dijo don Gonzalo, con cierta severidad.

Pero ella continuó en el mismo tono:

—Padre mío, yo presiento en todo esto una celada. ¿Y si no fuera verdad que ha caído el fuerte Don Carlos?

—¿Puedes imaginarte que don Ramiro de Reinoso y Cisneros se atreva a venir ante mí con una impostura semejante?

—¡Señor! —prosiguió ella con exaltación creciente—. Corta es mi experiencia, pero en una hija que quiere y venera, como yo a vuesa merced, el instinto suple al entendimiento. Mi santa madre, que en gloria esté, me ilumina en estos momentos, señor, para prevenir a vuesa merced: ¡el fuerte Don Carlos no ha caído! Esos soldados valerosos todavía resisten… Compartir el Gobierno será perderlo para siempre. Y entonces, ¡ay de todos nosotros!

—¡Isabel! En ti habla la prevención que tienes contra don Ramiro, a quien acusas del peor de los crímenes, olvidando que es de tu sangre, y, además, tu prometido. Te ruego no persistas por este camino. Sabes de sobra la desazón que con ello me causas.

Isabel rompió a llorar, y nos volvió la espalda para dirigirse hacia sus aposentos. Yo no hallaba qué hacer ni qué decir.

—Sírvase excusarnos —me dijo don Gonzalo, procurando encubrir su visible desconcierto con fórmulas de cortesía—. Vuesa merced sabe… Las mujeres son impresionables… y porfiadas.

Me incliné, con risa de conejo.

—Mi sobrino va a volver —prosiguió don Gonzalo—. Regresará probablemente en calidad de parlamentario, y es seguro que por hoy no habrá que acudir a las armas. Sin embargo, creo que en todo caso debemos estar apercibidos.

—Pienso lo mismo que Vuestra Excelencia —contesté.

El pobre caballero no las tenía todas consigo. Lo vi mirar a todos lados, como pidiendo consulta a un invisible consejo de notables. Hizo al fin una vaga reverencia, y se marchó al interior.

Acto continuo apareció. Froilán Vega, como si surgiera de debajo de la tierra.

—¿De dónde sales tú?

—Estaba ahí no más, detrás de aquella arcada.

—¿Escuchándolo todo, ah?

—¿Y qué le iba a hacer? ¿Me iba a tapar los oídos? ¡Y qué relinda se veía la gallita cuando alegaba! —agregó, chasqueando la lengua.

—Joven Froilán… Los momentos no son para bromas. ¿Qué piensas tú de esto?

—Lo mismo que ella. Todo es mentira. Es lo que me tinca. También a mí las tincas me las dicta mi mamita, que en gloria esté…

—En serio, Froilán. Hay que averiguar, de alguna manera, si el fuerte está todavía en manos de sus defensores.

—¿Y cómo diablo?…

Con los lomos apoyados en un mismo pilar de piedra, ambos nos dimos a cavilar. Froilán, rascándose la nuca, escudriñaba las losas con una atención sostenida. Yo miraba el cielo. Pero, al parecer, ni de abajo ni de arriba llegaba ninguna inspiración feliz. De pronto, al divisar en la altura un buitre diminuto que trazaba círculos en el aire con las alas inmóviles, dije, asaltado por una súbita asociación de ideas:

—¡Ah! Si tuviera aquí mi aeroplano…

Froilán no dijo nada. Pero de pronto, con un castañeteo de dedos:

—¡Ya está!

—¿Qué cosa?

—Ya le di. Con un volantín vamos a averiguar la cosa.

—¿Con un volantín?

—Claro, pues, mi teniente. Con un «jote» regrande, que se encumbre bien harto. Le largamos cañuela y cañuela y cuando esté frente al fuerte, lo bajamos. Si la tropa está todavía ahí, algo contestará.

—¡Bravo! Eres un genio, Froilán Vega.

—¡Qué, señor! Si usted fue el que me dio la idea, con lo del aeroplano.

Pero había que realizar aquella idea genial sin pérdida de tiempo, y no disponíamos de uno solo de los elementos indispensables para ello. Ni género, ni maderos, ni colapez, ni un hilo suficientemente fuerte y largo para el objeto que necesitábamos.

¿A quién acudir? Yo tenía mi idea, pero no me atrevía, por un inexplicable pudor, a comunicársela a mi compañero. Fue él quien me preguntó:

—¿Y si pidiéramos a «misiá» Isabel ayuda?

—De veras. Solo que no me atrevo a ir a llamar a su cuarto.

—Yo me encargo de eso —dijo, guiñando un ojo—. Tengo un mensajero macanudo.

—¿No será mensajera?

—¿No da lo mismo? Le mando con la Tránsito, que es muy rebuena amiga y muy de línea, un recado de que usted necesita hablar de algo muy importante, y listo.

Partió Froilán, y yo a la siga suya. Caminaba mi hombre por los pasadizos interiores de la enorme casa, con la seguridad de quien marcha por terreno familiar. En el cruce de dos pasillos, me dijo:

—Aguárdeme aquí; ya vuelvo.

En efecto. No tardó en volver con la chola de negros ojos, de negras trenzas, con la que se trataba con una familiaridad bastante sugestiva. La falda verde, muy repolluda, de la cholita, cubría unas caderas firmes y opulentas.

—¿Me necesitaba su merced? Yo soy la Tránsito, que le sirvo a la señorita doña Isabel.

—Bueno. Se trata de algo muy serio. Tengo que hablar con tu patroncita de algo muy importante. Anda y dile a ver si me hace el favor de indicarme a qué horas y dónde podemos hacerlo.

Me miró maliciosa, haciéndose la escandalizada.

—Te repito que es algo muy serio, Tránsito.

—¿Sí? —me preguntó con aire algo respingón y como si se decepcionara—. Se lo voy a decir entonces.

—Aquí mismo te esperamos.

Se fue por el pasadizo obscuro. No tardó mucho en reaparecer.

—En su misma pieza lo espera.

—Bien, Tránsito. Ahora voy.

Me latía el corazón de un modo frenético. ¡Ya para qué iba a ocultarme la causa!… Y allá fui detrás de la Tránsito. En mi interior, y no obstante la emoción, me hacía cosquillas la idea de que mi primera entrevista a solas con Isabel Cisneros, en su propio aposento, iba a ser para… pedirle elementos con que hacer un volantín.

Isabel aguardaba en la puerta. La chola, tras una sonrisa, se esfumó. Creo que hubo una leve sombra de contrariedad en los ojos de Isabel al advertir detrás de mí la estampa de Froilán Vega. Y este, adivinándose tal vez, importuno, o quizás si por otras razones

más positivas para él, se marchó tras los humos de la Tránsito.

La miré. Tenía los ojos enrojecidos y agrandados por la angustia. Me hizo pasar a la estancia, que no era precisamente su alcoba, sino algo así como un saloncito o sala de costura. Vi allí bastidores con bordados a medio terminar, recortes de género…

—¿No toma asiento, señor teniente?

—Después de usted, señorita.

Ella lo hizo en una especie de diván. Yo en un sillón de vaqueta, a cuyos pies había un cojín.

Le dije sin más preámbulos:

—Doña Isabel: estoy tan convencido como usted de que cuanto ha dicho ese señor don Ramiro son embustes. Creo que don Gonzalo está a punto de caer en una celada, que será su perdición definitiva. Y me vengo a poner a su disposición para ayudarla a impedirlo.

Me miró en silencio, ansiosa y esperanzada. Me dijo:

—Ha hecho vuesa merced tantas cosas maravillosas, que tengo plena fe en que, si lo quiere, nos salvará a todos de las desgracias que nos amenazan… ¿Qué cree vuesa merced que se puede hacer?

—Lo primero, probarle a don Gonzalo que el fuerte Don Carlos no se ha rendido. Demostrado esto, don Ramiro se derrumbará a sus ojos para siempre. Pero esto tiene que ser pronto, antes de que don Ramiro vuelva con nuevos embustes y arrastre a don Gonzalo a una capitulación que sería su pérdida.

—¿Y cómo podríamos probar eso?

—Hay un medio. Haciendo llegar un mensaje al fuerte… por el aire.

Esperé el efecto de estas palabras. Pero ella me siguió mirando sin pestañear. Al parecer, su fe en mi era ya completa.

—Para eso necesitamos construir un pequeño artefacto, que, manejado por nosotros desde aquí, llegará al fuerte con el mensaje, y, seguramente, nos traerá la respuesta: Y usted puede ayudarnos a conseguir los elementos necesarios.

—Todo lo que yo pueda y tenga. Por ejemplo…

—Desde luego, una sábana, o algo parecido, de un género delgado y a la vez fuerte. Un hilo…, firme… Hilo suficientemente largo como para hacer llegar al fuerte un extremo, teniendo el otro extremo en nuestro poder.

—Yo no tengo. Pero, tal vez, los talabarteros…

—Eso es. También una aguja, pues es preciso coser un poco. Yo, si usted quiere, puedo encargarme de eso…

Paso por alto los trajines que se siguieron.

Escogimos para realizar nuestra labor un aposento vacío y retirado. Allá llevó Froilán unas cañas, fuertes y flexibles, como bambúes, que encontró no sé dónde. Tránsito se encargó de traer una substancia parecida a la colapez… Y todos trabajamos febrilmente. Froilán enrolló en una cañuela gigantesca una cantidad fantástica de hilo grueso y firme, parecido a la lienza, y cuya resistencia pusimos a prueba con recios tirones.

Estábamos en estas operaciones cuando sentimos, a lo lejos, resonar las trompetas.

—Es don Ramiro que vuelve —dijo Isabel.

—Hay que apresurarse, entonces.

Pero era imposible darse más prisa. No menos de tres horas nos tomó la fabricación de nuestro artificio. Construido con el género de dos sábanas, el «jote» tendría bien sus dos metros cuadrados.

—Ya todo está pronto —dijo Froilán—. Ahora vamos a ver qué les mandamos decir.

—Nada más que esto —propuse—: «El Gobernador espera que ustedes sabrán resistir como buenos y leales soldados. Pronto se hará una salida para libertarios. ¡Confianza y valor! Contesten». ¿Algo así? Y usted firmaría, señorita.

—Me parece muy bien. Pero me muero de curiosidad por ver cómo va a ir este mensaje.

—No hay cosa más sencilla.

Escribió ella el mensaje, lo firmó con su nombre y apellido, y luego, a indicación nuestra, lo cosió en el mismo «jote», cerca del tirante del medio.

—Todo depende ahora —dije asaltado por repentino temor— de que el viento nos favorezca.

Salí. Soplaba una brisa del sur, un tanto floja. Era probable que a mayor altura y lejos ya de la protección del cerro tuviera más fuerza. Pero lo que vi en el patio de guardia en ese mismo instante me dejó sin aliento.

Don Ramiro, al parecer, acababa de retirarse. En medio del patio, de pie, don Gonzalo apenas se sostenía, con la barba hundida

en el pecho. Era sombría también la actitud de don Nuño, que regresaba de la muralla exterior. Comprendí que una decisión terrible y definitiva acababa de adoptarse.

Don Nuño se me acercó para decirme, con lágrimas en los ojos:

—Acaba de capitular. Mañana don Ramiro de Reinoso será Gobernador de Nueva Toledo.

—Todavía espero que no —le contesté, con un acento de reconcentrada ferocidad, que a mí mismo me extrañó.

—¿Qué milagro podría impedirlo?

Como respondiéndole, una forma blanca apareció encima de nuestras cabezas. Froilán ya había comenzado a encumbrar el «jote», desde el pie del cerro.

—¿Qué es eso?

—Nuestro mensajero para el fuerte. Antes de media hora nos traerá la respuesta.

Un coro de exclamaciones se elevó desde las almenas, desde la torre, desde los puestos de las murallas exteriores. El «jote», elevándose majestuoso, cabeceaba, tomando más viento a medida que alcanzaba mayor altura.

Don Gonzalo, despertado de su sombría abstracción por aquella algazara, alzó también la vista, y luego me miró como pidiéndome una explicación.

Me aproximé á él.

—Es una última tentativa para saber qué es lo que en realidad ha pasado en el fuerte.

Movió la cabeza con profunda tristeza.

—De todas maneras, sería demasiado tarde —dijo—. Ya he pactado con los revoltosos, para evitar mayores males, y mañana yo no seré ya sino un subordinado de un Regente-Gobernador y de un Cabildo nuevo. Ninguno de sus miembros es amigo mío. ¡Hasta el mestizo Pancho es Oidor en él!

—¿Y el Regente?

—Ese sí. Es mi sobrino don Ramiro de Reinoso. Es por esto que he consentido en capitular. Y por evitar el asesinato de los prisioneros del fuerte Don Carlos. Guardé silencio, para seguir con redoblada ansiedad el vuelo de nuestro mensajero. Se había empequeñecido prodigiosamente en la altura y la distancia.

—Todo depende ahora —dije— de que Froilán consiga hacer

caer el «jote» precisamente en el fuerte, que desde aquí es invisible.

—¡Pero desde el cerro se puede ver! —me advirtió el capitán.

¡Qué me ha dicho! Corrimos ambos a la parte posterior de la casa.

—¡Remonta un poco el cerro, Froilán —le grité—, hasta que veas el fuerte! Así lo hizo Froilán, retrocediendo mientras tiranteaba. La enorme cañuela estaba ya por agotarse.

Froilán se ayudaba con la cintura para sujetar el «jote».

—¡Está tirando muy fuerte este diablo! —me dijo.

Don Nuño nos guió hasta un sitio desde donde la visibilidad era mejor.

—No es precisamente el fuerte lo que se ve, porque un alto del terreno lo oculta. Pero, pasado ese puente, ¿ve?, hay una mancha verde. Es parte del potrero que la fortaleza resguarda.

—Ahí es donde hay que «arriar» —le dije a Froilán después de transmitirle las instrucciones del capitán.

Al parecer, en la ciudad nadie había advertido nuestra estratagema. Cuando el «jote» pasó por encima de las líneas de los sitiadores, posiblemente iba a demasiada altura para ser visto. Don Ramiro, al galope de su caballo y seguido por su escolta, había desaparecido en pocos instantes en la ciudad, en medio de una nube de polvo. Iba triunfante y gozoso, de seguro, a dar cuenta al mestizo del buen éxito de su trama.

De pronto se oyó en la ciudad un repique de campanas, seguido de un extraordinario griterío. Se veía a la gente correr y arremolinarse, alzando los brazos frenéticamente. Algunos bailaban.

Era seguro que ya se había divulgado en la ciudad la capitulación del Gobernador. Nadie prestaba atención al fuerte, por el momento. Y esto permitió a Froilán arriar su «jote» sosegadamente.

Yo volví a su lado. Isabel, que no se había movido de allí, nos admiraba con pasmo creciente.

Tomé el hilo de manos de Froilán. Lo sentí flojo y muerto, pero, a poco, pareció vibrar y ponerse tenso. Caía sobre el techo de la casa, y luego, por encima del campo, corría paralelo al camino del fuerte. Di unos tirones discretos, que me pareció tenían respuesta.

—Contestan —dije—. ¡Deben de ser los nuestros!

Volví a tirar el hilo, esta vez con más energía. El hilo cedió, y

por un momento llegué a temer que lo hubieran cortado. Pero no. Un instante después divisé como un punto blanco el «jote» elevándose en la lejanía. Dime a «recoger» frenéticamente.

—¡No era nada de bueno para el volantín! —me observó Froilán.

El «jote» seguía elevándose, y yo recogiendo hilo. A pesar de toda su ligereza de manos, Froilán no lograba enrollar la cañuela con la rapidez que yo recogía.

Pronto nuestro pájaro blanco fue creciendo de tamaño.

Muy «parado en el hilo», quedé casi perpendicular a la casa. Después se abatió suavemente y vino a caer casi en mis manos. Ya no era enteramente blanco. Mostraba rayas negras como hechas a carbón.

Miré ansiosamente el sitio del mensaje. El de Isabel Cisneros estaba aún allí, cosido. Y la respuesta venía escrita a carbón, justamente en las alas mismas del «jote», con letras burdas y enormes:

Seguimos firmes y resistiremos hasta el último.
¡Viva el Gobernador Cisneros!

—Capitán Pedro de la Riva.

Isabel junté las manos. A mí me expandía el pecho un júbilo infinito.

—Esto hay que mostrárselo pronto a don Gonzalo —dije.

Don Nuño y Froilán recogieron nuestro mensajero y marcharon con él. Yo le ofrecí el brazo a Isabel para ayudarla a descender el cerro. Ella se apoyó en mi con abandono.

—¡No se imagina vuesa merced cuán feliz soy en este instante! —me dijo.

Me volví hacia ella, buscando sus ojos, y le dije con tono confidencial:

—Sospecho que en la respuesta del capitán del fuerte venía un mensaje de libertad para usted… ¿Me equivoco?

No contestó, pero su sonrisa y su ademán eran una confirmación inequívoca. —Y si usted se siente feliz por eso —continué—, no sabe hasta qué punto lo soy yo. Mil veces daría mi vida, si al precio de ella pudiera alejar de usted un peligro o una contrariedad.

Sentí que se turbaba, a tiempo que se hacía más estrecha, como

si buscara protegerse, la presión de su brazo contra el mío.

—Tantos trabajos y peligros por mí… por nosotros. ¡Y hace apenas unos días que nos conoce!

—¡Ah, eso no! —protesté—. ¡Usted es algo que está compenetrado con mi vida desde hace mucho tiempo!

Me miré sorprendida.

—Tal vez usted no me comprende… —comencé a decir, pero ella me interrumpió:

—Se equivoca. Creo entenderle perfectamente…, porque yo he tenido al verle, la misma sensación. La de que le conocía…, sin haberle visto nunca. Su llegada aquí fue como uno de esos sucesos que se esperan, que se sabe que van a ocurrir… Es algo tan raro… No sé cómo decírselo… ni si debo decírselo.

¿Por qué no? ¡Isabel!… Ese algo misterioso, incomprensible, pero real…, es el destino. Algo superior a nosotros había dispuesto de usted y de mí. En un momento dado, yo tenía que llegar hasta usted, aún por los medios más extraordinarios, aunque tenía que producirse una sucesión de casualidades, las más extrañas, las más inexplicables… Y aquí estoy; aquí estamos los dos juntos. Porque estaba escrito… Por eso, cuando me dijeron que usted estaba prometida a su primo, me sentí despojado casi, dolorido… ¡Traicionado!… Sentí el impulso de gritar a todo el mundo: «¡No, no es verdad; porque ella es mía!».

Tembló su brazo nuevamente y la vi palidecer.

—Suya —murmuró. Y luego, cerrando los ojos—: Pues bien, ¡sí! —añadió con brusca decisión.

—¡Isabel! —exclamé, tomándole una mano—. ¿Es verdad? ¿Mía…, mía para siempre?

Asintió en silencio. A mí también la sensación de infinita ventura que me invadía me dejó sin habla.

Pero nada más había ya que decir: esa era la verdad.

***

Hacía rato que don Nuño y Froilán Vega habían desaparecido allá abajo, por entre las construcciones de la ciudadela. Y cuando

nosotros, con tácito y unánime impulso, apresurábamos el paso, divisamos a don Gonzalo que subía a nuestro encuentro.

El desdichado caballero venía muy descompuesto y avanzaba penosamente. Nos acercamos a él a toda prisa.

¡Ah, caballero! —me dijo con fatigada voz—. ¡No me resigno a creer en tanta felonía! Y, sin embargo, es preciso inclinarse ante la vergonzosa realidad. ¡Mentía don Ramiro, y al mentir traicionaba a su propia sangre, arrojando baldón eterno sobre su nombre, que es también el mío!

Apoyado en su hija y en mí, volvió don Gonzalo al patio de honor de la ciudadela, que estaba lleno en esos instantes de soldados, paisanos y mujeres. La noticia de que no era verdad que el fuerte Don Carlos se hubiera rendido había circulado por toda la fortaleza con tanta rapidez como la de su rendición. Todos acudían a examinar el «jote» extendido en medio del patio como un pájaro muerto, y nos miraban a Froilán y a mí con el espanto reverencial con que contemplarían seres sobrenaturales.

Sin embargo, nada podía dar mayor sensación de cosa de este mundo, vulgar y corriente, que el aire sencillo con que Froilán Vega explicaba el caso a los curiosos, a los que una orden del capitán Nuño alejó instantes después de aquel recinto. El patio quedó casi solitario. Don Nuño consultó:

—Señor Gobernador, aún tendríamos tiempo de salir en socorro del fuerte, antes de que acabe el día.

—No —respondió don Gonzalo—. Antes deberé entenderme cara a cara con el traidor don Ramiro. Vendrá mañana a las puertas, acompañado del nuevo Cabildo, para hacerse cargo del Gobierno del reino. Es lo convenido. Tendrá que volverse con el rabo entre las piernas. Pero antes habrá de oírme.

Se volvió en seguida a mí:

—Caballero, nuevamente debo darle las gracias, tanto a usted como a su bravo compañero. El ingenio y la adhesión de vuesas mercedes han salvado una vez más a Nueva Toledo. No sé cómo recompensar algún día tantos dones.

Yo no hallaba qué replicarle, y balbuceé algunos cumplidos.

Lo que en realidad me preocupaba en ese instante era la sorna maliciosa con que Froilán, plantado a pocos pasos, nos miraba alternativamente a Isabel y a mí.

¡Ya se le iba a escapar a aquel grandísimo zorro lo que había pasado entre ella y yo!

—Tengo una deuda que pagar —murmuró Isabel casi a mi oído —. Un momento.

Se fue con su paso cimbreante. Yo quedé junto al Gobernador, que meditaba con un movimiento maquinal de la mandíbula, como si mascase algo. A mí se me hacía poco el pecho para respirar. Todo era nuevo, brillante, grato para mí en el mundo en ese instante.

Un coro rumoroso de voces femeninas en oración llegó hasta nosotros. Sin duda era Isabel que pagaba su deuda, rodeada de la servidumbre. Alguna manda al santo de su devoción…

El resto de aquel día se empleó en combinar los detalles del asalto al fuerte. Varias veces se formó la tropa en el orden escogido para la marcha, en la que los arcabuces y mosquetes debían jugar el principal papel. Se convino en que yo, asistido por Froilán, dirigiría la acción de las armas de fuego, y el capitán Nuño, comandante de la columna, se encargaría de alabarderos y demás soldados portadores de armas arrojadizas, cortantes y contundentes.

Se prepararon también lazos y látigos, para formar un arreo con los caballos y el ganado vacuno y lanar que pudieran conservarse en el fuerte.

Después de la cena, aquella noche, contemplé, en unión de Isabel, la salida de la luna, que empezaba a menguar. Tantas cosas teníamos que decirnos, que al fin no nos dijimos casi ninguna. Mi pasado desfiló ante sus ojos en pocas palabras, y con él la historia incompleta de mi larga amistad con los Cisneros de Santiago. Pues pasé por alto el episodio de mi noviazgo. En realidad, María Cisneros, si había vivido, no había muerto. Continuaba… Estaba allí, era ella misma, con otro nombre. Eso era todo. Fue ella la que, a eso de las 9 puso término a la conversación, y desapareció, desvaneciéndose en la sombra del pasadizo.

10

Golpe y contragolpe

Al día siguiente, muy de mañana, el patio de honor resplandecía de armas, cuando salí a él vestido y armado en guerra.

Toda la tropa se había ceñido las corazas de cobre. El capitán Nuño había reservado una para mí y otra para mi ayudante.

—Pesa lo menos sus diez kilos —observó Froilán al ponerse la suya.

Ceñida ya la coraza, fui a inspeccionar a mis mosqueteros y arcabuceros, que me aguardaban cerca de las almenas, donde habían dejado afirmadas sus armas.

Revisé mosquetes y arcabuces, uno por uno, con cuidado meticuloso, así como las municiones y la pólvora, encerrada en alcuzas hechas de cuero. Todo estaba en regla.

***

A eso de las ocho de la mañana un son de tambores que venía del lado de la ciudad interrumpió nuestros preparativos.

Venía tropa en formación. Refulgían al sol el oro de las alabardas, el metal de las corazas. Un destacamento de alabarderos, con un jinete a su frente, encabezaba la columna, que marchaba en dirección a la puerta principal de la fortaleza. Seguía en defectuosa formación la fuerza indígena, armada de flechas y largas lanzas.

Don Gonzalo dispuso que, fuera de los centinelas, no se mostrase

gente armada en la ciudadela. En todos los balcones y en las terrazas de las construcciones de nuestro recinto fortificado se veían paisanos, indígenas, cholas de la servidumbre.

En lo alto de una terraza divisé a maese Juan López de Barbadillo, el cronista del reino, que había salido de su reclusión para no perder detalles de la escena que iba a desarrollarse allí, y de la cual debería dejar registro, en prosa y verso, para pasmo de los tiempos futuros.

La tropa que venía de la ciudad hizo alto a unos cien metros de la muralla exterior. Allí se dividió en dos filas que quedaron separadas unos veinte metros, dándose frente. Quedó así abierta una calle de soldados y yanaconas, que llegaba al linde mismo de la ciudad. Detrás de las dos filas fue poco a poco formándose una muchedumbre compuesta principalmente por indígenas. Algunos jinetes circulaban por entre la multitud.

Don Gonzalo contemplaba este espectáculo con majestuosa dignidad. Su semblante venerable estaba algo más pálido que de ordinario: este era el único signo exterior de las graves preocupaciones que sin duda le embargaban.

Se oyó a lo lejos un vibrante son de trompetas. Saliendo de la ciudad, apareció una vistosa cabalgata, que avanzaba al galope hacia nosotros por entre las dos filas de soldados y yanaconas. La muchedumbre rompió en aclamaciones.

Yo atisbé en ese momento hacia el balcón de Isabel. Ella estaba allí. Junto a ella divisé a la chola Tránsito. El resplandor del sol obligó a Isabel a hacerse sombra con la mano extendida sobre las cejas.

La cabalgata hizo alto poco más acá del término de las filas de soldados. Don Ramiro de Reinoso la encabezaba, jinete en un hermoso potro blanco. Había después hasta doce personajes de diferentes cataduras, entre ellos un eclesiástico, vestido con un hábito pardo. Pero el que llamó más mi atención fue, en la primera fila, el mestizo Pancho, con sus negras crenchas y su aire torvo.

Don Gonzalo descendió con calma del patio de honor al camino que, a través del parque, conducía a la puerta principal de la muralla. Subió después al parapeto, sobre la puerta misma. Se sacó el sombrero y con él hizo a la comitiva señal de aproximarse.

Cuando estaban a unos quince metros de la muralla alzó don

Gonzalo el brazo y la cabalgata se detuvo.

La muchedumbre había enmudecido. Reinaba un silencio impresionante. Desde donde yo me encontraba, apoyado en el parapeto del patio de honor, solo podía ver del Gobernador las robustas espaldas y la cabellera blanca.

—Ramiro de Reinoso —comenzó con tonante voz—, puedes volverte por donde has venido. Yo repudio el pacto que en mala hora me arrancaste por medio de una mentira.

Hubo un murmullo y un vago movimiento en el grupo de jinetes. Pero nadie replicó.

—El fuerte Don Carlos sigue fiel a su consigna de fidelidad al único Gobierno legítimo, que yo recibí de mis antepasados, quienes lo hubieron de los Reyes de España. Solamente bajo la amenaza de asesinato que tú me dijiste pesaba sobre esa valerosa guarnición pude aceptar un convenio que rompía una tradición de tres siglos, y que había mantenido en orden y justicia este reino. Por última vez, conmino a los insurgentes a someterse al Gobierno legítimo. En cuanto a ti, Ramiro de Reinoso, tu felonía te ha hecho indigno de tu sangre y de tu nombre. Eres un traidor y has caído más bajo que el último de los villanos. Es todo cuanto tengo que decir.

Acto seguido, don Gonzalo extendió un papel que llevaba en la mano izquierda, y después de rasgarlo violentamente, lo arrojó con desprecio hacia don Ramiro y los suyos. Los fragmentos se dispersaron en la brisa.

Hecho esto, el Gobernador dio frente a la ciudadela y descendió la escalera del parapeto.

Don Ramiro, volviendo bridas, pareció deliberar con su comitiva, y después todos se alejaron al paso, discutiendo vivamente.

La multitud se arremolinó en torno de ellos, y las filas de soldados se deshicieron en aquel maremágnum. Al griterío de la muchedumbre, que comenzó a lanzar denuestos contra la ciudadela, respondieron las rechiflas y carcajadas de nuestra gente, apostada en las terrazas.

Algunas flechas salidas de entre la indiada vinieron a perderse por entre el ramaje del parque. Pero desde la fortaleza nadie contestó.

Esto fue cuanto ocurrió aquella mañana. La muchedumbre fue

desgranándose, y las tropas de los sitiadores volvieron a sus puestos en las afueras de la ciudad.

Don Nuño se me acercó para decirme:

—Estos no se van a quedar así. Lo más probable es que pretendan desquitarse de este chasco, con un nuevo ataque al fuerte Don Carlos. Esto hace más urgente nuestra salida.

—Hay que proponérselo al Gobernador, si le parece. Sí usted gusta, yo lo acompaño.

Encontramos a don Gonzalo en su despacho, sentado en su sillón y con la expresión ceñuda.

Estuvo de acuerdo en que debíamos efectuar la salida sin demora.

Fue lo que se dispuso inmediatamente.

Así que la gente hubo comido, las trompetas llamaron a formar.

Quedaron en la fortaleza únicamente los hombres indispensables para cubrir la guardia en las puertas. La columna de ataque se formó en el parque. Yo fui a reunírmele después de haber subido de un trote a besar la mano de Isabel. Estaba tan emocionada, que no acertó a decirme sino:

—No se exponga demasiado… Yo quedaré aquí rogando a la Virgen.

Me entristecieron su palidez y su angustia, pero ¿a qué negarlo?, me halagaron también.

—Que Dios le acompañe —fueron las palabras últimas que le oí, mientras corría hacia el parque a través del patio examinando el mecanismo de mi Stayer.

Salimos por la puerta llamada también de Don Carlos situada al lado noroeste de la ciudadela, cerca del extremo de la muralla que se apoyaba en un barranco inaccesible, al pie del cerro de la Virgen. En esa puerta nacía el camino del fuerte.

Le habíamos confiado a Froilán Vega, con cuatro soldados jóvenes, la descubierta. Froilán tenía esa expresión especial, que ya en otra ocasión le había visto, su cara de los grandes días. ¡Iba a pelear!… Con su Colt en la diestra y la canana al cinto, ya casi vacía de cartuchos, marchó cincuenta pasos delante de la columna con sus cuatro compañeros.

Don Gonzalo contemplaba nuestra marcha desde lo alto de la puerta, cuyas gruesas hojas de cobre se cerraron tras nuestros pasos.

Froilán y su piquete desaparecieron de nuestra vista al otro lado de una pequeña cuesta que nosotros repechábamos en silencio. No habíamos llegado aún al alto, cuando uno de los soldados de Froilán regresó corriendo y se acercó al capitán Nuño, que conmigo encabezaba la columna.

—Ya vienen —dijo.

—¿Cuántos son?

—Unos treinta jinetes, tal vez unos doscientos piqueros y una poblada de flecheros indígenas. Parece que nos quieren cortar la pasada al fuerte.

—Está bien. Que se repliegue la descubierta.

Partió el soldado a transmitir la orden y el capitán Nuño, con sonoras voces, hizo extenderse su línea a ambos lados del camino. Formábamos un frente de no más de doscientos metros. Llegamos a la eminencia a tiempo que Froilán y los suyos se nos reunían.

Frente a nosotros, a unos cuatrocientos metros, se desplegaba el enemigo en forma algo desordenada. Su pequeño escuadrón se deslizó hacia el ala derecha, posiblemente con el ánimo de atacar nuestra izquierda.

Llamé a Froilán.

—No pierdas de vista a esa caballería. Hay que impedirle acercarse. Yo me encargaré mientras tanto de los flecheros. De la gente de lanza no nos preocuparemos hasta llegar al cuerpo, a cuerpo, si llegamos.

Fue de las filas enemigas de donde partieron sin concierto las primeras flechas, que al caer en el camino, muy a vanguardia, demostraban la prisa de los sublevados por entrar en acción y, a la vez, su deplorable sentido de la distancia.

Cuando los tuvimos a doscientos metros, le dije a don Nuño:

—Ya es el momento de hacer una descarga.

A una señal del capitán, la columna hizo alto. Yo recomendé a mis mosqueteros:

—Disparen solamente los números nones, y carguen de nuevo inmediatamente. Apunten con calma, y esperen la voz de fuego.

Veinte mosquetes tendieron sus bocas hacia el enemigo. Yo tomé colocación a la derecha, y apunté también con mi pistola.

—¡Fuego! —grité.

El efecto de aquella descarga fue instantáneo. La caballería

enemiga, con un estruendo espantoso, perdió su formación y volvió grupas. Varios caballos sin jinete echaron a correr por el llano hacia la ciudad.

La masa enemiga se detuvo, arremolinándose, y empezó luego a dispersarse, en medio de un griterío de pánico.

El capitán ordeno:

—¡Adelante!

Avanzamos a paso rápido. Hubo en el frente enemigo una tentativa de reorganización, pero una segunda descarga la desbarató por completo. Hicimos alto para cargar de nuevo los mosquetes, mientras los quince arcabuceros, plantando sus horquillas en el suelo, apuntaban a su vez.

Quince o veinte enemigos yacían en el campo, mientras muchos insurgentes retrocedían en desorden a la ciudad.

Emprendimos de nuevo la marcha. Don Nuño observó que buen número de enemigos, dando un gran rodeo, comenzaban a reunirse casi a nuestra retaguardia.

—No importa —le dije—. Al regresar, nuestros mosquetes nos abrirán paso. Nuestras armas de fuego habían logrado el efecto esperado. Estábamos ciertos de que llegaríamos al fuerte sin ser molestados nuevamente. Pese a las órdenes de sus cabecillas, ningún enemigo se atrevía a acercarse a tiro de mosquete. Muchos se negaban a volver a las filas, aún a distancia, y arrojando sus armas, huían para internarse en la ciudad.

Desde aquel momento, nuestra marcha hacia el fuerte se transformó en un desfile a la vista del enemigo impotente.

El puente que cruzaba el barranco estaba limpio de enemigos, y lo atravesamos sin ser molestados. Era de madera, de unos veinte metros de largo y otros tantos de altura, y, al parecer, no muy sólido. Espeso monte de chilcas cubría el fondo del barranco… Cruzado el puente, vimos a nuestros pies el fuerte Don Carlos.

Era de piedra, con un solo torreón. Una muralla almenada, de unos cinco metros de altura, rodeaba el amplio potrero, en el pacían vacas y carneros en libertad.

Los soldados, en las almenas, nos acogían agitando sus lanzas y dando grandes voces de alborozo.

El portón chapeado de cobre, al pie del torreón, se abrió para franqueamos el paso. La guardia se había formado a la entrada, y el

capitán Pedro de la Riva salió con gran majestad, desnuda la espada, a recibirnos.

Había iniciado un saludo militar a don Nuño, pero este abrió los brazos, y ambos guerreros se estrecharon con efusión. El capitán De la Riva era un gigantón de grandes bigotes y pera entrecanos; yo sentí crujir los huesos del buen don Nuño entre sus brazos hercúleos.

Luego nuestra columna entró al fuerte al son de los tambores.

Era preciso aprovechar el tiempo, y organizar la marcha a la ciudadela con el ganado, antes de que el enemigo se repusiera de su sorpresa.

Yo no pude resistirme, sin embargo, al deseo de contemplar aquella parte de la ciudadela de la Gobernación.

La edificación era mixta de española e indígena. El oro abundaba en rejas, puertas y tejados. En todas las azoteas y ventanas había gente mirando curiosamente hacia el fuerte.

Pero no eran aquellos momentos propicios para dedicarme a contemplaciones, y bajé. El capitán Nuño me presentó a De la Riva y sus oficiales. La tropa se entregaba a ruidosas efusiones, que don Nuño se vio en el caso de interrumpir. Había que rodear el ganado y se hicieron ensillar todos los caballos disponibles, que eran unos veinte. Froilán ya había saltado sobre uno de ellos, y, en pelo, hacia rayas por el potrero, reuniendo a las vacas y novillos que pacían dispersos en él.

Pronto varios soldados se dieron a la misma tarea. Del rebaño de ovejas se encargaron los yanaconas, a las órdenes de un sargento.

La tropa del fuerte, maravillada, examinaba los mosquetes y arcabuces.

—Estas armas —les advertí a De la Riva y a don Nuño— seguramente van a causarles espanto a los animales. Hay que escoger los mejores jinetes, no solo para dominar los caballos, sino también los vacunos, que a la primera descarga van a tirar a huir desatentados.

Se dispuso el arreo atando por los cuernos los animales unos con otros, con poca soga, de manera que la dispersión fuera imposible. La gente montada hizo escolta a ambos lados, con sus picas.

—Ahora, a evacuar el fuerte Don Carlos —dijo don Nuño—. Es la orden que traigo de parte del Gobernador, junto con sus

agradecimientos por la forma en que la guarnición se ha comportado.

Se cargaron las mulas con los bagajes y efectos personales de la guarnición.

La columna formó en el exterior del fuerte. Un oficial trepé al torreón, para arriar la bandera amarilla, con las armas de España.

—En marcha —dijo don Nuño. Y viendo que el capitán De la Riva miraba su fuerte con cierta tristeza—: Descuide, señor capitán —añadió—. Ya volveremos. Tenga vuesa merced por seguro que antes de una semana la ciudad entera será nuestra.

Esta vez no fue la descubierta, sino la retaguardia la que se le confió a Froilán. Con seis mosqueteros recibió la misión de mantener a raya a los enemigos que, intentaran coparnos por la espalda.

Yo marché a vanguardia con un pelotón de mi gente. Seguía luego un destacamento de arma blanca. A continuación iban el ganado y los bagajes escoltados por el resto de la mosquetería y arcabuceros, al mando del capitán Garci-Fernández. De la Riva comandaba su propia gente en seguida, toda de flecheros y alabarderos. Y, como queda dicho, Froilán cerraba la marcha.

El enemigo se había rehecho a ambos lados de la columna, aunque a respetable distancia. Varios jinetes corrían de un lado a otro distribuyendo órdenes, a lo que parecía.

Cuando nos aproximábamos al puente, lo encontramos obstruido por una especie de barricada, de la que una nube de flechas salió a nuestro encuentro.

—¡Atención! —grité a los arreadores—. Vamos a hacer fuego.

Formé mi pelotón en línea y a unos cien metros ordené la primera descarga. Esta vez el enemigo, protegido por un parapeto de troncos, no huyó.

En el avance que emprendimos para desalojarlo, tuvimos la primera baja: un soldado cayó con el cuello atravesado por una flecha.

Una segunda descarga, en la que participaron los arcabuceros, tuvo más efecto. A poco el puente quedó limpio de enemigos, y nosotros corrimos a despejarlo de los troncos que lo obstruían.

Arrojamos los maderos al barranco. Tres cadáveres de rebeldes que había allí siguieron el mismo camino.

La columna estaba ya casi entera, con el ganado, al otro lado del barranco, cuando un humo espeso, que venía de abajo, envolvió a los últimos soldados que pasaban. El puente ardía. Los enemigos habían acumulado grandes montones de ramas secas alrededor de los pilares y les habían prendido fuego. Pronto el puente entero no fue más que una hoguera crepitante.

¡Y la retaguardia, al mando de Froilán Vega, no lo había cruzado todavía!

El bravo Froilán, al frente de su piquete, se batía en esos instantes contra una nube de enemigos que lo asediaba.

Aposté entonces a mis mosqueteros en el borde del barranco, para proteger a nuestra retaguardia ya enteramente copada por los enemigos. Mas el entrevero que se había formado en el lado opuesto hacía difícil disparar sin peligro de herir a los nuestros.

Ya varios hombres de la tropa de Froilán habían caído. Otros habían sido desarmados, y los insurgentes se los llevaban hacia la ciudad, en medio de una algarabía salvaje.

El puente, consumido ya por las llamas, se derrumbó con estruendo, y una nube de chispas cubrió el cielo, para dispersarse en pavesas en el viento. Mis soldados, desvanecido ya el humo, comenzaron a disparar, mientras Froilán, con un mosquete tomado por el cañón, hacía molinetes con él para desembarazarse de los enemigos que lo acosaban. Al fin, derribados por sus golpes y por nuestros disparos, en tanto que otros huían a la desbandada, los insurgentes dejaron a Froilán dueño del campo.

Estaba solo, rodeado de cadáveres y heridos, y su aspecto era terrible. Miraba a todos lados, con el mosquete aún tomado por el cañón, como en busca de alguien a quien derribar. Se acercó al borde del barranco, cual si buscase el puente desaparecido.

—Aquí estoy, Froilán —le grité.

Me miró. Se reía, como siempre, con su risa de coipo.

—¿Qué hubo, mi teniente?

Examinó ambos lados del barranco, miró al fondo, y luego, con una decisión rápida:

—¡Un lazo, mi teniente!

Sin comprender qué era lo que se proponía, mandé a un

indígena en busca de un lazo. Mientras tanto los soldados seguían haciendo fuego con método contra los enemigos que intentaban acercarse de nuevo.

Llegó el lazo, y yo, después de bornearlo unos instantes sobre mi cabeza, lo arrojé en dirección a Froilán, conservando en mi mano uno de los extremos. Cayó serpenteando al otro lado, y Froilán, rápido, le puso un pie encima, antes de que se deslizara al barranco.

—Ahora, en ese pilar del puente que queda ahí, dele unas dos vueltas, y cuando yo le avise, cabéstrelo firme.

Él enlazó el otro extremo en uno de los postes de la cabeza del puente, y me hizo una señal:

—¿A ver? Tírele fuerte.

Lo hice. Un soldado unió sus esfuerzos a los míos. El lazo quedó tenso y vibrante.

Froilán tomó el mosquete por el centro, haciéndolo formar cruz con su cuerpo. Solo en ese instante comprendí lo que se proponía.

—¡Huifa! —gritó Froilán, y poniendo un pie sobre el lazo, y luego el otro, quedó equilibrándose sobre el abismé. Con los ojos fijos sobre el poste, mi compañero dio un paso más. Todos los espectadores, amigos y enemigos, se quedaron suspensos. Mis soldados dejaron de disparar. Se hizo un gran silencio, interrumpido solo por los ayes de un herido.

Froilán Vega, en unos segundos que me parecieron eternos, salvó el barranco con la presteza y seguridad de un equilibrista de circo.

Lo recibí en mis brazos.

—¿No ve, pues, mi teniente? De algo sirve haber sido de todo un poco en esta vida.

Como si nada hubiera pasado, se agachó, cogió el lazo por un extremo y haciéndolo ondear con energía, consiguió hacerlo zafarse del poste del lado opuesto.

Los soldados, repuestos de su pasmo, rodeaban a Froilán Vega. Otros lo aclamaban desde lejos, con el sombrero en alto.

—Lástima grande… —dije, mientras la columna se rehacía para continuar la marcha—, seis hombres perdidos. ¡Y cinco mosquetes…!

Una especie de alarido que venía de la vanguardia me puso avizor en aquella dirección. A la primera ojeada me di cuenta de

que algo anormal ocurría en la ciudadela del Gobernador. El instinto hizo el resto. Partí, corriendo, arrastrando en un impulso contagioso a Froilán y a gran número de soldados hacia la fortaleza.

Desde el camino se dominaba por completo el conjunto de edificios en grada que, por encima del parque rodeado de murallas, constituían la ciudadela, al pie del cerro de la Virgen. Una columna de humo se elevaba de uno de esos edificios, que era precisamente el de la residencia familiar de los Cisneros. Instantes después una humareda semejante apareció en otras dependencias de la fortaleza. Por las terrazas y en la falda del cerro se divisaban siluetas diminutas de gente que corría sin concierto. En la puerta del extremo occidental de la muralla había un grupo de jinetes que al aparecer nosotros en el camino empezaron a correr en huida hacia la ciudad.

¡La fortaleza había sido asaltada durante nuestra ausencia!

Los autores de aquel golpe de mano no pretendían, sin duda, hacerse fuertes en ella. Su objetivo era incuestionablemente otro. Una idea me hizo temblar: ¿era por Isabel?…

Se escuchaban ya gritos despavoridos y agudos de mujeres. Un último grupo de asaltantes, a quienes sus cómplices habían aguardado, sin duda, en el parque con los caballos, salió al galope por la misma puerta, y luego se perdió a todo correr en dirección a la ciudad. Adiviné a Isabel en el cuerpo que uno de aquellos jinetes conducía. Algunos de los nuestros, saliéndose de la columna, hicieron un impulsivo amago de persecución. Habría sido enteramente inútil. Los fugitivos iban demasiado lejos.

En mi impaciencia, pedí uno de los caballos; Froilán saltó sobre otro y nos precipitamos hacia la ciudadela. En la puerta del camino de Don Carlos comenzamos a encontrar muestras de lo que había pasado. Los dos centinelas estaban muertos en sus puestos.

Enlazando una de las almenas, Froilán trepé ágilmente a la muralla, y vino por el otro lado a sacar las trancas de la puerta.

Subimos hasta las construcciones donde habían aparecido incendios. Yo corrí, en medio de una nube de humo, a las habitaciones de Isabel. No encontré en ellas a nadie, salvo un cuerpo de mujer que yacía cerca de la puerta de la alcoba, y sobre el cual se precipitó Froilán lanzando una maldición terrible. Era la Tránsito, que con los ojos cerrados y respirando trabajosamente,

echaba la vida por una ancha herida que tenía en el pecho. Froilán, con una energía increíble en su cuerpo flacucho, la sacó en brazos hasta el patio.

Yo seguí examinando las habitaciones de aquel cuerpo del edificio. Sabía que era inútil, por lo demás. Tenía la certeza de que a Isabel se la habían llevado los jinetes cuya fuga acabábamos de presenciar.

Un sordo estallido conmovió repentinamente la casa. Salí al patio. Una densa llamarada se erguía en el edificio vecino. Mi laboratorio acababa de hacer explosión.

Mientras tanto, la columna había entrado al recinto de la ciudadela y la tropa se dispersaba para ejecutar las rápidas órdenes impartidas por el capitán Nuño. Se llamé a gritos a los indígenas y las mujeres que habían huido, y se tomaron disposiciones para atacar el incendio. Varias hileras se formaron desde los pozos existentes detrás de las casas y los sitios donde había aparecido el fuego, al que se le arrojaban baldes de agua que pasaban con gran presteza de mano en mano, a lo largo de aquella cadena viviente.

Dejé a Froilán en el corredor, asistiendo a la Tránsito moribunda, y me dirigí al despacho de don Gonzalo. No estaba allí el Gobernador, y por un momento llegué a pensar que también lo habrían llevado prisionero.

Divisé entreabierto el portón de la iglesia, situada a corta distancia, y allá me dirigí.

Don Gonzalo yacía en el centro de la nave, no lejos de la puerta. Maese Pero Sánchez, de pie, y un poco alejado, le contemplaba mientras el desdichado Gobernador, medio abrazado al padre Reluz, que se había arrodillado junto a él, le hablaba al oído trabajosamente.

Se confesaba, sin duda. Su espada estaba clavada en el suelo, a pocos pasos de él. La desclavé y la mantuve en mis manos, respetuosamente.

Terminó su confesión; el padre Reluz le hizo el signo absolutorio y murmuró una breve oración. Luego me hizo señas de que me aproximara.

—Ha preguntado repetidamente por vuesa merced —me dijo con voz queda—. Quiere hablarle.

Don Gonzalo abrió los ojos, que tenían ya la fijeza de la muerte.

—Maese Sánchez —dijo con voz que apenas se le oía—, debe haber otros heridos que necesiten sus auxilios.

Maese Pero, después de una reverencia, recogió sus trebejos de curar y salió de puntillas, suspirando con profunda pena.

—Eso es hecho… —continuó don Gonzalo—. Mi noble amigo —prosiguió mirándome, después de una pausa en que con los ojos cerrados, pareció reconcentrarse—: Le he llamado… Le buscaba… para rogarle que acepte la pesada e ingrata herencia del Gobierno de Nueva Toledo…

Yo no hallé qué responder ante aquella petición tan inesperada.

—¿Vacila vuesa merced?

—Excelentísimo señor, es un honor que acaso otros merecen mejor que yo…

—Los momentos son preciosos… —prosiguió don Gonzalo—. Es la súplica de un moribundo la que vuesa merced escucha…

Me arrodillé a su lado:

—Disponga de mí Vuesa Excelencia como mejor le plazca.

—Así…, la certeza de que el Gobierno y el destino de mi hija quedan en buenas manos hace dichosa mi última hora sobre la tierra.

Puso sobre la mía la diestra, que ya empezaba a enfriar la muerte.

—El padre Reluz tiene mi último decreto… en que le nombro a vuesa merced Regente-Gobernador, y ordeno a todos los habitantes de Nueva Toledo reconocerle y obedecerle como tal… Abra vuesa merced mi justillo…

Lo hice. Encontré debajo un envoltorio, una especie de bolsa de paño bordado.

—Tómelo vuesa merced —me dijo—. No es necesario que lo vea en este instante. Contiene una llave y diversas instrucciones, que los gobernadores de Nueva Toledo se han transmitido desde don García de Cisneros hasta mí. Guárdelo vuesa merced bien.

Obedecí, guardando el envoltorio en el coleto, después de haberme despojado de la coraza con tanta presteza como pude.

—Gracias… Dios tenga en cuenta todas sus bondades… —prosiguió don Gonzalo, echando atrás la cabeza—. Cuanto he tenido de más venerado y querido en este mundo queda en sus manos…

Aquellas expresiones me conmovieron hasta la última fibra. Y fueron esas las postreras palabras que el hidalgo dijo.

Oprimió una última vez mi mano, y expiró.

Quedamos el padre Reluz y yo unos instantes en silencio.

—Pena grande es ver partir a tan grande y virtuoso varón sin los Santos Sacramentos de la Iglesia —dijo—. ¡Dios misericordioso le haya acogido en su Santo Reino!

—Amén —murmuré.

Reparando en las anteriores palabras del sacerdote, le interrogué: —¿Dijo vuesa merced que sin los Santos Sacramentos?

—Así es, Excelentísimo señor —contestó—. Desde que murió el último de los sacerdotes que vinieron con la expedición de don García, nadie ha podido existir aquí facultado para consagrar, y por ende, para administrar el Santísimo Sacramento de la Eucaristía…

—Pero vuesa merced dice misa…

—Se dice la misa, pero fuera sacrilegio en hombres de Iglesia, no consagrados sacerdotes, intentar consumar el santo sacrificio. La consagración de la hostia se simula en sus formalidades, pero en lo substancial se ha reemplazado por una plegaria en que el oficiante atrae sobre los fieles las bendiciones del Altísimo, y deplora la imposibilidad en que se encuentran para recibir el Cuerpo de Nuestro Señor… Los eclesiásticos en Nueva Toledo mantenemos los votos, bautizamos, recibimos la penitencia, administramos el matrimonio y explicamos el Evangelio… Todo lo necesario para mantener alejado al pueblo de la idolatría y la superstición.

Yo cerré los ojos del difunto y le besé filialmente la mano.

—Voy —le dije al padre Reluz— a buscar gente para trasladar el cadáver al despacho de la Gobernación.

Lo que vi al salir al patio me sobrecogió dolorosamente. Froilán Vega cubría en ese preciso instante con un paño obscuro el rostro de la Tránsito. Maese Pero, que se mantenía de pie a un lado, hizo la señal de la cruz.

Miré a Froilán. Estaba muy sereno, aunque algo pálido, con el pelo todavía pegado a la frente por el sudor de la batalla. Encogiendo los hombros en una de esas típicas apequenadas de nuestra gente, se afirmó los calzones y escupió a un lado.

—¡Chas digo! Esta sí que me la van a pagar esos…

Miraba hacia la ciudad, con un brillo feroz en los enormes

dientes.

Llegaban en esos instantes unas cholas que, al ver el cadáver de la Tránsito, prorrumpieron en alaridos.

El capitán Nuño apareció de pronto, seguido de algunos oficiales y soldados. —Caballeros —les dije—: El Excelentísimo señor Gobernador acaba de morir. Está en la iglesia. Dígnense vuesas mercedes conducir su cuerpo al despacho de la Gobernación.

Cuando se hubieron ido, yo ayudé a Froilán a transportar a los departamentos de la servidumbre el cadáver de la Tránsito. Debimos cruzar un pasadizo cubierto de leños medio carbonizados y charcos de agua.

Extendimos el cadáver sobre una mesa. Se buscaron velas y candelabros, y a poco un corro de indígenas y cholas rezaban en voz alta y lastimera por el alma de la Tránsito.

Permanecí allí unos instantes, y volví enseguida al patio, lentamente. Froilán me seguía como una sombra.

Al llegar al patio de honor me sorprendió ver la tropa formada, con los oficiales al frente. El capitán Nuño alzó la espada, dio una voz y me presentaron armas.

El capitán Nuño se me acercó, saludando militarmente. Yo le contesté, algo asombrado todavía.

—Pido permiso al Excelentísimo señor Gobernador para leer en bando a las tropas y al pueblo el decreto que le inviste de la suprema autoridad de Nueva Toledo, en nombre de Su Majestad Católica el Rey de España.

Me sonreí interiormente al verme convertido de tan extraño modo en súbdito de don Alfonso XIII…

Fue en ese preciso instante cuando tuve la inspiración de adjudicarme un nombre que correspondiese mejor que el mío propio, que me sonaba a extraño en aquel medio, a la nueva situación en queme hallaba.

—Un momento, señor capitán —le dije—. Retirémonos a conversar unos instantes, mientras van algunos soldados a convocar a la población.

Dio las órdenes necesarias y nos fuimos al despacho, donde yacía el cuerpo de don Gonzalo entre cuatro enormes candelabros.

—Antes que nada, mi capitán —le dije a don Nuño cuando estuvimos solos—, ¿cree usted que la tropa y el pueblo acatarán de

buen grado la última voluntad del Gobernador? Dígamelo con entera franqueza. Usted comprenderá que en las circunstancias actuales, cualquiera discrepancia o descontento a este respecto sería fatal para todos.

—Lo reconozco. Y por eso le digo a Vuestra Excelencia que, dentro de la fortaleza, a nadie se le obedecerá con mayor gusto que a Vuestra Excelencia.

—A su prudente y leal consejo me atengo, capitán. Ahora, otra cosa: quisiera, al asumir la Regencia de Nueva Toledo, tomar, o, en cierto modo, recuperar el nombre de familia, que encuentro más adecuado para una circunstancia como esta. Mi nombre actual corresponde a mi calidad de militar y miembro de la actual sociedad chilena. Entre mis antepasados hubo algunos que vinieron a América por el mismo tiempo que los Cisneros, si no antes. Y yo voy a poner mi Gobierno bajo la advocación del más ilustre de aquellos lejanos parientes: el notable militar e historiador don Alonso González de Nájera.

—¡Pero si hay en el Archivo un notable libro suyo! —exclamó don Nuño, asaltado por súbito, recuerdo—. Es un verdadero tratado de milicia para practicar la guerra entre los indios de América, especialmente los llamados araucanos.

—Precisamente, Don Rodrigo Cisneros posee también ese libro, en Santiago. Es él quien me dijo qué clase de parentesco me ligaba con los González de Nájera.

Llegaba en ese instante el padre Reluz. Le repetí lo que al capitán acababa de decirle, y convinimos en que, al leerse el bando, se substituiría mi nombre por el de don Alonso González de Nájera.

Cuando salimos al patio, los corredores vecinos y las terrazas colindantes estaban llenos de gente.

El capitán y el padre Reluz me seguían con solemne paso. Yo le insinué a don Nuño la conveniencia de confiarle la lectura del bando a maese Juan López de Barbadillo, que, en su calidad de cronista y archivero, bien podría hacer en aquella ocasión las veces de Escribano y Fiel de Fechos.

Solo entonces advertimos que el dignísimo historiador y poeta no aparecía por ninguna parte.

Fui yo mismo a la biblioteca a buscarle. Allí estaba el infeliz, inconocible de tizne y de barro, haciendo el escrutinio de los libros

y manuscritos salvados del incendio, que había alcanzado a devorar una parte de los estantes con su contenido.

A cada nueva pérdida o daño que comprobaba, mesábase los cabellos y profería en los votos más estrafalarios. Por momentos, también, palpábase el coleto, las piernas, las nalgas, con abogados quejidos de dolor. A lo que parece, su ración durante el asalto había sido una regular paliza.

—Maese López de Barbadillo —le dije.

—¿Qué? ¿Qué? —gritó sobresaltado.

—No se alarme vuesa merced. Vengo a rogarle que interrumpa un momento su labor, para encargarse de una misión de gran importancia y solemnidad para este reino. ¿Tal vez ignora vuesa merced que el Excelentísimo señor don Gonzalo Cisneros ha muerto?

—¡Gran Dios! —exclamó el archivero, apuntando hacia los cielos la nariz picuda—. ¡Sí que es desgracia grande para el reino! ¡Y qué octavas me va a inspirar su hazañosa y austera existencia!

—Dejemos por ahora las octavas, y, si vuesa merced lo tiene a bien, acompáñeme al patio de honor.

—¿Y quién va a suceder al Excelentísimo señor don Gonzalo?

—Vuesa merced lo sabrá dentro de un instante. Y será vuesa merced quien, a ruego del nuevo Gobernador, va a comunicarlo al pueblo.

—Entonces, señor teniente —me dijo—, hágame vuesa merced el favor de decirle al nuevo Gobernador que se digne esperarme mientras me compongo un poco. Una manito de gato, como vulgarmente se dice. Y pronto estaré allí.

—Así se lo diré a Su Excelencia.

11

Alonso González de Nájera, Regente

Después de leído el bando, pedí unos trozos de género negro y me dirigí a enlutar e izar a media asta, por mis propias manos, la bandera de la fortaleza. Organicé mi Regencia nombrando Consejeros a los capitanes Nuño Garci-Fernández y Pedro de la Riva y al padre Sinesio. Maese Juan López de Barbadillo quedó nombrado secretario de la Gobernación. Nombré edecanes a dos de los oficiales jóvenes, y Froilán Vega quedó adscrito a la casa de Gobierno como mi ayudante o consejero privado. A De la Riva y al padre Reluz les encomendé levantar un estado del tesoro público. Y designé también a diversos funcionarios de administración, abastecimiento y policía.

Al Gobierno personalísimo y patriarcal de don Gonzalo, que no debía cuentas sino a si mismo y a un inaccesible soberano, tenía que suceder una administración responsable, capaz de sostener por medio del orden y la organización a lo que el difunto Gobernador mantenía por la sola fuerza inmanente de su personalidad.

Urgía antes que nada reanudar la fabricación de pólvora, ya que después del incendio no nos quedaba sino la provisión de cada soldado.

Resolví instalar la fábrica lejos de la ciudadela: en la casa situada en el Alto, al pie de la Virgen. Hice construir un trapiche, aumentar la provisión de azufre, proveniente de unos yacimientos situados en la falda del cerro de la Virgen, y acumular grandes cantidades de carbón y nitrato. Había ya un maestro y varios artesanos adiestrados en la fabricación de la pólvora. Todos ellos

fueron a vivir en la misma fábrica, cuya guardia se duplicó.

En medio de estos trajines estaba, cuando se me acercó una mañana un oficial para entregarme un parte encontrado recién en el parque, y que seguramente había sido arrojado al interior de la fortaleza, durante la noche, por medio de una flecha.

Era una notificación y un ultimátum, subscrito por don Ramiro de Reinoso y los siete miembros del Cabildo, incluso el mestizo Pancho Piniña. Venía adjunta una hoja, dirigida expresamente al padre Sinesio Reluz, y firmada por un «Padre Gil Ortiz de Escobedo, Sumo Sacerdote de Pacha Pulai».

Reuní a mi pequeño Consejo para examinar ambos documentos, a los que el secretario López de Barbadillo dio lectura con su voz aflautada.

En el primero se comunicaba a la guarnición de la ciudadela que, muerto el Gobernador don Gonzalo Cisneros, toda autoridad del reino pasaba a manos de su sobrino y heredero don Ramiro de Reinoso, quien recibía el mando por voto unánime del Cabildo, elegido a su vez de acuerdo con las aspiraciones de la revolución encabezada por el «jefe del pueblo, señor Francisco Piniña», por los representantes de las familias fijasdalgo y por las corporaciones de los distintos oficios y profesiones. Se advertía asimismo que el mando en jefe de las fuerzas armadas del reino lo asumía personalmente el Gobernador don Ramiro de Reinoso, el cual ordenaba a los capitanes Garci-Fernández y De la Riva poner a su disposición las tropas de su mando. En párrafo aparte se disponía la inmediata entrega, en calidad de prisioneros, y para ser juzgados por el Santo Tribunal, de los dos extranjeros recientemente llegados al reino, para «que respondan de los cargos de hechicería que se les hacen y las malas artes que han ejercido con daño y perjuicio para los naturales del país y el buen orden de su Gobierno».

Todas estas órdenes debían acatarse y tener cumplimiento en el curso de aquel día, que era el segundo desde la muerte de don Gonzalo y el fijado para los funerales.

A las 10 de la mañana acudiría un enviado del Gobernador Reinoso en busca de la respuesta.

La nota para el padre Reluz se refería casi exclusivamente a Froilán y a mí. Don Sinesio escuchó su lectura con una expresión de desdén y de fastidio.

Comenzaba el sedicente Sumo Sacerdote llamando a reconocer la única autoridad espiritual en él mismo depositada por disposición del Cielo, reiteradamente manifestada en visiones tenidas por piadosas personas del reino. Luego le recordaba que las profecías dejadas por los videntes, los varones más santos y virtuosos del pasado, anunciaban que la llegada de un extranjero proveniente de lejanos países marcaría una era de calamidades para el reino, calamidades que no cesarían mientras el forastero, que sería un enviado directo de Satanás, no fuera devuelto a las infernales profundidades de donde procedía, por medio de la hoguera.

Agregaba que el pueblo entero de Pacha Pulai reclamaba con impaciencia la entrega y ajusticiamiento del extranjero y su acompañante, pues toda la ciudad estaba convencida de que las tragedias que la afligían no cesarían mientras ambos demonios permanecieran encarnados en su mentida apariencia de cristianos.

Hacía responsable al padre Reluz de las consecuencias que pudiera tener para la paz y el bienestar del reino una posible negativa suya a someterse a la autoridad del Sumo Sacerdote y entregar a los dos hechiceros.

Eso era todo.

De Isabel Cisneros, ni una palabra.

La deliberación fue corta. Se decidió sin discrepancias desconocer la pretendida autoridad del Gobernador sedicioso don Ramiro de Reinoso, y a la vez la del llamado Sumo Sacerdote, y comunicarles a entrambos y al Cabildo la resolución adoptada por el Gobernador don Gonzalo, conminándolos a acatarla, su pena de ser considerados rebeldes y tratados como tales con el mayor rigor.

Redactado el oficio correspondiente, firmé al pie por primera vez: «Alonso González de Nájera, Regente».

El padre Sinesio no se dignó contestar el ultimátum del «Sumo Sacerdote».

La respuesta fue enviada con un tiro de honda al mensajero que, a caballo, llegó en su busca a eso de las diez.

Todas las disposiciones estaban tomadas para el caso de un ataque.

Yo me fui al Alto de la Virgen a inspeccionar la fabricación de pólvora. Por el camino, como pasara por las cercanías de las forjas y de la pequeña fundición que junto a ellas funcionaba, me asaltó la

idea de si sería posible, con los medios de que disponíamos, fabricar cañones de artillería, siquiera fuesen rudimentarios.

«¿Por qué no?», me dije.

Al volver del Alto llamé a los capitanes y con ellos me fui a consultar a los herreros y fundidores, y al cabo de media hora de conversación estábamos en vías de emprender un ensayo.

La comida de mediodía nos reunió, como siempre, en una especie de consejo. Froilán, que comía antes que nosotros, se instalaba de pie, cerca de mí a la derecha, para allegar a las deliberaciones el aporte de su ingenio y sus variados conocimientos.

Con mi lápiz en la diestra, yo trazaba croquis de cañones. Desde que en la fundición contaban con cierta provisión de estaño, no era difícil obtener un bronce de consistencia suficiente para el objeto que necesitábamos. Echaba cálculos y cálculos, remozando las nociones recibidas en la Escuela Militar.

En la tarde, seguido de mi Consejo y un corto piquete de soldados, presidí el entierro de don Gonzalo. En la entrada del socavón, al pie de la Virgen, existía un panteón subterráneo, en donde yacían en fila los nueve gobernadores, todos de la familia Cisneros, que Nueva Toledo había tenido desde 1687 adelante. En la lápida de piedra que los cubría, el nombre y las fechas de nacimiento y defunción de cada cual. La décima tumba esperaba a don Gonzalo, al que dejamos allí encerrado en su ataúd de oro, después de una corta oración del padre Reluz, que todos coreamos con la rodilla en tierra.

***

Pasaron así varios días, afanosamente atareados para mí. No bastaban, sin embargo, las variadas preocupaciones que los cubrían desde el alba hasta la noche para distraerme de la obsesión lacerante: ¿qué ha sido de Isabel? ¿Qué le han hecho? ¿La han casado ya con don Ramiro? Froilán, que se había habituado a leer en mis gestos y en mis silencios como un libro abierto, me dijo una tarde de improviso:

—Para saber de la patrona hay que traerse siquiera un

prisionero, ¿no le parece? Pero uno que sepa algo, no uno de esos indios brutos…

—Hace tiempo que lo estoy pensando —le contesté—. Ya que no tenemos espías de qué fiarnos:… ¿qué crees tú que se podría hacer?

—Un amago de salida… Después hacemos como que nos arrancamos, y cuando nos estén persiguiendo, ¡zas!, le echamos el lazo a un par, y ¡patitas pa qué te quiero!…

—Tienes razón, Froilán Vega. Esa es la mejor manera.

Discutí el asunto con los capitanes y el «plan Vega», diré, fue aprobado. Se eligió la gente reputada como más ágil y astuta, en número de seis hombres, para tomar los prisioneros, y un destacamento de cien mosqueteros y flecheros, que mandaría De la Riva, se encargaría de simular el ataque y la huida.

Los capitanes objetaron respetuosamente mi propósito de tomar parte en la empresa. Yo quería participar en ella, principalmente, movido por la idea infantil y absurda de aproximarme un poco a la ciudad y tener acaso la probabilidad de divisar a mi adorada siquiera un fugitivo instante, y saber dónde se hallaba…

La aventura resultó mucho menos peliaguda que lo que presumíamos, y esto debido a una circunstancia inesperada.

Apenas iniciado el simulacro de ataque, las tropas sitiadoras abandonaron sus líneas para salir a nuestro encuentro, e intentaron envolvemos por la izquierda. Los nuestros iniciaron entonces la huida convenida. Nuestros seis jinetes, armados de lazos y mandados por Froilán, se aprestaban ya a hacer su armada, cuando varios combatientes enemigos, cuatro blancos y otros tantos indígenas, adelantándose a sus compañeros, se lanzaron en seguimiento de los fugitivos a todo correr, pero arrojando sus armas y alzando las manos en señal de que se rendían. Desde sus propias filas se les disparó una nube de flechas. Un indígena cayó herido en una pierna, y comprendiendo lo que pasaba, Froilán se arrojó sobre él, lo recogió en la grupa de su caballo y escapó hacia la ciudadela.

Los demás jinetes, disparando sus pistolas, cubrieron la retirada de los fugitivos. Una descarga de mosquetería, finalmente, paralizó la persecución. Nuestra columna volvió en triunfo a la fortaleza.

Los prisioneros fueron formados en dos filas en el patio de honor, una de blancos, de indios la otra, y yo los interrogué uno por uno.

Los capitanes los conocían a todos por sus nombres.

Según dijeron los fugitivos, no eran ellos los únicos que en el ejército rebelde aspiraban a pasarse a nuestro bando.

Habían surgido disensiones entre los cabecillas de la ciudad. El mestizo y sus partidarios, o sea los artesanos y el mestizaje, se consideraban traicionados por el flamante Gobernador Reinoso, y ya preparaban un levantamiento contra él.

—¿Se disputan la supremacía en el poder?

Uno de los prisioneros blancos, un joven de facciones finas y distinguida presencia, que desde hacía rato me buscaba los ojos, tomó la palabra en este momento:

—Querría hablar unos instantes a solas con vuesa merced.

—Excelencia —corrigió el capitán Nuño—. Habla vuesa merced con el Excelentísimo señor Gobernador González de Nájera.

—¿González de Nájera?… Entonces no es para Vuestra Excelencia el mensaje que traigo… Y yo creía, por la cicatriz…

—Sí, es para mí —dije con una ansiedad loca—. Démelo usted. Antes de mi designación tenía yo otro nombre… Se lo dije:

—Ese es —concluyó el joven. Y me presentó un papel doblado; inclinándose con grácil galanura—: De parte de doña Isabel Cisneros. Portador, don García Álvarez de Toledo.

Me dejó encantado el gracioso desparpajo de aquel mozalbete. Disimulando en lo posible mi impaciencia, desdoblé la carta, la leí…

En ella Isabel me daba a conocer su situación, recluida en un convento, cuya abadesa estaba de su parte, y expresaba su confianza «en mi ingenio y valor» para salvarla antes de que don Ramiro alcanzara a consumar sus «torpes intenciones». Y unas palabras muy tiernas de despedida.

Hice un esfuerzo por mantener mi compostura. Me hubiera puesto a bailar de no estar en presencia de toda mi gente.

—Muy agradecido, caballero Álvarez de Toledo —dije al mensajero—. Nunca podré olvidar este servicio.

—Soy un adicto amigo de los Cisneros, y un servidor de Vuestra Excelencia. Se inclinó de nuevo.

Yo confié a Garci-Fernández la tarea de continuar el interrogatorio de los prisioneros, y dejé a su discreción el incorporarlos o no como combatientes a nuestras filas; y después de

indicarle a Álvarez de Toledo que me siguiera, marché a mi despacho.

Le hice sentarse, y le rogué que me dijera sin rodeos qué podría hacer yo por él.

—He oído de Vuestra Excelencia tales maravillas, que me han llenado de admiración por su valentía y sus talentos como hombre de guerra. Sería para mí el mayor honor que Vuestra Excelencia me contara entre sus pajes. —¿Pajes? Yo no tengo pajes, ni creí que los necesitara. Pero desde este momento tengo uno… ¡Y encantado!

Llamé a Froilán.

—Este caballero —dije presentándoselo— es desde este momento mi amigo, aunque él dice que se contentaría con ser mi paje.

—Paje, ¿no?… —dijo Froilán con su soma habitual—. Me tiene a sus órdenes, pues, mi señor. Un amigo más: Froilán Vega.

—Es mi consejero privado, y el hombre con más ingenio que ha pisado estas tierras.

El joven García devoraba con los ojos a mi compañero.

—¿El que pasó el barranco caminando sobre una cuerda?

—El mismo.

—Permítame vuesa merced —dijo el muchacho, estrechándole a Froilán las dos manos con efusión—. ¡Es vuesa merced todo un hombre! En Pacha Pulai no se habla de otra cosa que de las hazañas de vuesas mercedes.

—Dígame, joven —proseguí—, los hombres que vinieron con usted, ¿son de fiar?

—Completamente. Hace ya días estábamos todos convenidos para escaparnos. Mi tía, la abadesa, al saberlo, me confió la carta que acabo de tener el honor de entregar a Vuestra Excelencia. Todos mis compañeros me sabían portador de ella, y estaban juramentados para tomarla y hacerla llegar a manos de Vuestra Excelencia en el caso de que a mí me ocurriera algo al intentar la fuga.

—Bien. Ahora, mi joven amigo, vamos a ver ciertas cosas que le van a interesar mucho. Pero, por lo pronto, ármese. Aquí tiene mi espada.

Cogí mi tahalí que, con la espada que usara hasta el día de la muerte del Gobernador, colgaba de una percha, y lo crucé al cuerpo

de mi nuevo ayudante.

García enrojeció de placer.

—Es demasiado honor para mi, señor Gobernador.

—La espada y usted se merecen, joven. Yo, en cambio, no sé si merezca la que ahora llevo.

La desnudé y le mostré al paje la hoja reluciente. El muchacho quedó deslumbrado.

«*Don García de Cisneros… Anno de N. S. de 1665…*», leyó.

—Es la del primer Gobernador de Nueva Toledo —le dije.

Y, no sé por qué, en las zonas recónditas de mi subsconciente oí resonar como un eco lejano estas palabras: «Y del último»…

12

Nona de nono nona.

Solamente un asunto había sustraído yo al conocimiento y consulta de mi improvisado Consejo: el contenido de la bolsa que me entregara el Gobernador Cisneros en el momento de morir.

Yo la había examinado a solas, y realmente me había intrigado y también me había producido cierta decepción.

Los objetos encontrados allí eran una llave de oro y cuatro pergaminos muy viejos y arrugados, cubiertos de caracteres que con mucho trabajo pude descifrar. En el primer pergamino estaban consignadas instrucciones para hacer uso de la llave, que servía para abrir, nada menos, el recinto donde estaban guardados los tesoros del Inca, en un lugar recóndito del cerro de la Virgen, en el flanco sur de la montaña y al pie de un monumento incásico. En el segundo y tercero estaba escrita en resumen la historia del descubrimiento de la Ciudad de los Césares y sus tesoros. Se dejaba constancia allí de que uno de los dignatarios indígenas de la ciudad, hecho prisionero antes de la fuga de los indios, y sometido a tormento, había revelado parte de la fórmula que serviría para encontrar un camino de salida, distinto del destruido por aquel soberano al huir, en 1687, dejando a los españoles encerrados en el valle; pero que, incapaz de soportar las torturas, aquel prisionero había expirado antes dé dar término a su declaración. La fórmula de la clave para encontrar la salida había quedado, pues, incompleta, y habían sido inútiles cuantos esfuerzos hicieran los sucesivos gobernadores para reintegraría o para interpretar de un modo coherente la parte que se había alcanzado a recoger de sus labios.

Terminaba recomendando al Gobernador en posesión del mando que los mantuviera en secreto durante todo su gobierno, y solo los traspasara en el último instante a su sucesor.

El cuarto pergamino no contenía sino un burdo dibujo indígena, que al centro mostraba el sol de los Incas, rodeado de rayas y figuras de una rudimentaria y complicada astronomía. Y al pie esta leyenda desconcertante:

Nona de nono nona
De trece en trece nada más una
Cae el… una.

De la tercera línea solo las dos primeras y la última palabra eran inteligibles. El resto era una serie de caracteres borrosos y manchas.

Contemplé largo rato aquellos escritos, hecho un perfecto estúpido. Y reflexionaba mohíno:

«Si en doscientos y tantos años los gobernadores de Pacha Pulai, uno tras otro, han fracasado en su intento de descifrar esta charada incoherente, yo, que he sido toda la vida pésimo para las adivinanzas, ¿qué esperanzas puedo tener?». Todos los días siguientes a la muerte del Gobernador anduve con el «Nono nona…» golpeándome los oídos con un sonsonete pegajoso y monótono que llegó a martirizarme. Ni los ajetreos del Gobierno ni la preocupación constante de Isabel lograron desprenderme del martilleo de esas sílabas necias y sin sentido.

Con ellas a cuestas anduve entre carpinteros y fundidores dirigiendo la fabricación de nuestra artillería. Al raspar de las garlopas, al golpe de los martillos en el yunque, en mi interior iban rimando:

Nona de nono nona…

Era desesperante.

Me resolví, quebrando un secreto de tres siglos, a comunicarle aquel acertijo a quien había pasado ya a ser mi confidente: Froilán Vega. Lo hice llamar una mañana a mi dormitorio y le mostré todos aquellos documentos.

Fue la primera vez que vi a Froilán desconcertado. Se

mordisqueó inútilmente el labio, se sentó en todas las posturas imaginables, miró el pergamino cien veces, repitió otras tantas la fórmula en los tonos más diversos, cambiando las pausas de sitio, recitándola de atrás para adelante. No sacó nada en limpio.

Yo sugerí:

—Eso de nono, ¿no querrá decir noveno o nueve? ¿Se tratará de tres 9?

—Ya había pensado en eso. A ver…

Estuvimos barajando los tres 9 de todas las maneras posibles, y explorando todas las derivaciones aritméticas basadas en el dichoso guarismo, conocido en todos los tiempos como número mágico. Pero no llegamos a conclusión alguna.

—Nos vamos a volver locos —dije por fin— sin conseguir nada. Quién sabe si en el terreno, cuando vayamos a ver el monumento…

—¿Dónde está?

—Allá en la cumbre, al otro lado del lago. De todos modos tendremos que ir a ver eso. Pero ahora no. Por el momento, todo nuestro esfuerzo debe dirigirse a dominar la situación…

—Sí. Así le llaman por aquí a levantarle la novia a don Ramiro.

—¡Señor Froilán…, no me negará usted que el caso urge!

—¡Cómo lo voy a negar, señor! —me contestó muy serio.

***

Nuevos fugitivos de la ciudad consiguieron, en las noches siguientes, eludir la vigilancia de los sitiadores para pasarse a nuestro bando. Los capitanes se encargaban de interrogarlos y calificarlos. El episodio del Paqui nos tenía suficientemente aleccionados sobre esta materia. Las noticias que traían eran harto interesantes, por lo demás.

La tensión entre don Ramiro y el mestizo Piniña se acercaba a una crisis, y en toda la ciudad se vivía en una atmósfera de recelos y de espionajes que hacía presagiar de un momento a otro una ruptura sangrienta. La gente blanca, adicta a don Ramiro más por miedo al mestizo que por verdadera convicción, había recuperado sus armas al concertarse la alianza entre los dos cabecillas, y vivía

alerta.

La vida de la ciudad estaba semiparalizada. Los comercios solo entreabrían sus puertas. Cada familia se abastecía de víveres y armas para el evento de una revuelta popular que interrumpiese por tiempo indefinido los aprovisionamientos.

El momento no podía ser más propicio. Teníamos ya listo el plan de ataque a la ciudad y ubicados los sitios adonde debíamos dirigir nuestros fuegos para aislar el barrio en donde se encontraba recluida Isabel, y penetrar en él para rescatarla. Únicamente aguardábamos que nuestros cañones, en número de cuatro, estuviesen listos.

Mientras tanto, gracias a un trabajo metódico y paciente, aumentaba en el Alto nuestra provisión de pólvora, y en un galpón especial que hice habilitar acumulamos balas rasas, metralla y hasta una especie de granadas en las que mi incipiente ciencia como productor de elementos de guerra cifraba grandes resultados.

Una bodega subterránea situada en el comienzo del túnel, frente por frente del panteón de los Cisneros, fue convertida en depósito de pólvora. Pudimos darnos el placer de verla casi llena hasta el techo, antes de que necesitáramos hacer un solo disparo. Se entraba a ella por el sótano de la casa de la guardia y permanentemente había apostado en la puerta un centinela.

Mi inquietud y mi impaciencia crecían por minutos. Froilán me dijo una tarde: —¿No quiere hacerle siquiera una señal, para que vea que se acuerda de ella?

—¿De quién?

—Hágase el de las monjas no más.

—Bueno. ¿Y cómo podría hacerle señales?

—¿No sabe hacer voladores?

—Yo. no.

—Es muy fácil. Cuestión de un rato. Hacemos unas cuantas docenas y en la noche las disparamos. Ella seguramente se asomará a mirarlos a la reja de su celda.

Me gustó la idea. Con unas cuantas libras de pólvora, papeles, cola, cáñamo y mechas semejantes a las que usábamos para cebar los arcabuces, Froilán preparó un regular lote de voladores.

Bajó con ellos al anochecer y los depositó en el centro del patio de honor. Después envió emisarios a todas las casas, previniéndoles

a sus habitantes que iban a hacerse fuegos de artificio y que no se asustaran, porque metían ruido y nada más. En medio del patio puso un palo sostenido por dos puntales y con un madero atravesado en el extremo superior.

—El disparador —explicó.

Después de la cena, ya anochecido, y en medio de la expectación de toda la ciudadela, Froilán se acercó al armatoste aquel y colocó un volador en posición dé dispararlo. Luego acercó a la mecha su yesquero encendido, y un segundo después el volador hendía el cielo dejando un fragoroso rastro de chispas. Al término de su trayectoria estalló con estrépito. Agucé la vista escudriñando las sombras de la ciudad. Un coro de ladridos se elevó a lo lejos, haciendo eco a los de los perros de la ciudadela. La ausencia de luna había despojado a Pacha Pulai de aquel halo resplandeciente con que yo la conociera.

Un segundo volador salió rugiendo hacia la altura. Después Froilán, acudiendo a mi yesquero, se dio el lujo de disparar dos a la vez.

Yo me imaginé a Isabel, en su celda de reclusa, siguiendo con el corazón palpitante mis señales, destinadas únicamente a infundirle valor y esperanza. La fiesta de los voladores prosiguió por más de media hora. Después se hizo el silencio, y en toda la ciudadela no se notó más signo de vida que el paso de los centinelas en la muralla. Yo me quedé largo rato a solas, apoyado de codos en una almena, divagando sobre mil cosas confusas. Y siempre, como un ritornelo burlón, golpeaba mis oídos la cantinela estúpida: *Nona de nono nona…*

13

El Lago de la Virgen

Al día siguiente, en el Consejo, le propuse al capitán Nuño Garci-Fernández que me acompañase a visitar el Lago de la Virgen y el Valle Caliente, del otro lado.

—¿Podríamos estar de vuelta al atardecer?

Todos los presentes sonrieron.

—Solamente la ascensión de la montaña, yendo bien montados, nos tomaría tres días —fue la respuesta de don Nuño—. Y el atravesar el lago en barcas, si hay viento favorable, no es cuestión de menos de cinco o seis horas. Las tropas de llamas que suelen traer productos del valle tardan cerca de quince días en llegar a la ciudadela.

—De todas maneras, creo que es conveniente que yo conozca esa región.

—Hay que hacerlo pronto —me advirtió el padre Sinesio—. Dentro de algunos días comenzarán allá arriba las nevazones y toda comunicación con Valle Caliente quedará interrumpida hasta septiembre.

Decidí partir con don Nuño, Froilán y algunos soldados y yanaconas. El capitán De la Riva quedó a cargo del mando militar.

Salimos de alba, con una caravana de mulas. Media hora más tarde empezamos a trepar el camino de herradura abierta en zigzag en la empinada falda del cerro, más arriba de la Virgen. Se dominaba desde allí el valle entero de Pacha Pulai. La ciudad reverberaba al sol. Me hice indicar el sitio preciso del convento donde Isabel estaba recluida. Era un edificio de dos pisos, con una

torrecilla dorada en una esquina. Más allá de la ciudad se extendía, por varias leguas a lo que estimé, una sucesión de potreros, arboledas y sementeras, hasta el pie mismo de los acantilados, que cerraban por todos lados el valle. Los volcanes nevados que atalayaban los extremos del acantilado del norte parecían suspendidos en la bruma. A continuación de ellos, otros tres volcanes se advertían en hileras.

Al anochecer hicimos alto en una revuelta del camino. Hacía un frío horrible, que combatimos haciendo fuego al abrigo de improvisados hogares de piedra y envolviéndonos en gran número de mantas. No llegamos a la cumbre sino al final del tercer día, tal como dijera el capitán. Divisábase desde allí, en todas direcciones, un espectáculo grandioso del que mis palabras no sabrían dar siquiera una vaga idea. Pacha Pulai era una mancha diminuta a nuestros pies, en medio de las sombras que ya envolvían el valle, mientras nosotros estábamos aún a pleno sol. Hacia el Oeste se extendían sucesivas cadenas de montañas separadas por llanuras amarillentas, grises, pardas… Hacia la izquierda, allá abajo, reconocí los acantilados del valle de Pulai. Por ahí, en una llanura plomiza, debía de encontrarse mi pequeño Sánchez-Besa, invisible a causa de la distancia.

—Chitas, la mar regrande —gritó Froilán de pronto a mis espaldas.

Me volví. Una llanura líquida brillaba ante mis ojos. El agua, un poco encrespada por la brisa del sur, tenía reflejos acerados.

Cerca de la orilla, en una pequeña meseta abrigada por prominentes rocas, advertí un caserío indígena y un gran corral, donde quince o veinte llamas, con el cuello erguido, nos miraban llegar. Don Nuño explicó:

—Son las que hacen el acarreo de los productos al plan. En el otro extremo del lago hay otra estación semejante a esta, adonde llegan las llamas del Valle Caliente. La carga se transporta en esas lanchas a través del lago.

Las lanchas eran dos embarcaciones de unas veinte toneladas cada una, a lo que calculé. Cada una tenía un solo mástil, con una yerga de donde se arrollaba una vela de junco u otro tejido análogo.

Salieron varios indios al encuentro del capitán, el cual les habló en su idioma. Al poco rato, los indígenas se me acercaron con gran

reverencia. Llegué a pensar que iban a arrodillarse en mi presencia.

Alojamos en el caserío aquel, al abrigo de grandes hogueras de llareta.

Al día siguiente, muy de mañana, ocupamos una de las lanchas, dejando las cabalgaduras y acémilas a cargo de los indios. Los yanaconas cogieron los remos, y don Nuño tomó la caña del timón.

Soplaba una brisa heladísima del sur.

—Lástima que tengamos el viento en contra —observé.

—¿Y qué hay con eso?, —saltó Froilán—. ¿Que no saben estos marinos de agua dulce navegar contra el viento?

—Tú, ¿puedes hacerlo?

—Me parenconque… ¿De qué me sirve haber sido managuá?

Cuatro o cinco movimientos ejecutados con presteza demostraron que, efectivamente, Froilán era un experimentado navegador a vela.

—A ver, mi capitán, cierre a estribor.

El capitán no comprendió.

—A este lado —dijo, señalando la banda derecha de la lancha. Después orzó la vela en sentido opuesto al de la caña, y, como si la fueran remolcando, la embarcación echó a andar contra el viento, oblicuamente hacia el lado oriental del lago, bordeado por altos barrancos rocosos. Al llegar cerca de la orilla, Froilán ordenó la maniobra contraria, y la lancha dio una nueva bordada, esta vez hacia occidente.

Todos miraban a Froilán con asombro, pues nadie, al parecer, conocía aquel modo de maniobrar.

De bordada en bordada, salimos de la especie de bahía en que nos encontrábamos, para desembocar en una extensión de agua mucho más amplia, que se extendía a ambos lados y a proa, tal vez unas diez o doce millas.

Cuando llegamos al extremo meridional del lago, había pasado el mediodía. Atracamos a un desembarcadero junto al cual había amarrada una lancha semejante a la nuestra. Cerca de la orilla había un caserío indígena, en el que no hallamos sino a una india vieja y a un muchacho. Según lo que explicó la india, los hombres con el rebaño de llamas habían bajado a Valle Caliente.

Almorzamos allí, y después salimos a reconocer las inmediaciones.

Por aquel lado, el cerro de la Virgen daba frente al sur. Las laderas no eran allí tan empinadas como por el lado de Pacha Pulai. Valle Caliente comenzaba al pie. En su fondo se divisaban pequeñas manchas de distintas gradaciones de verde, que correspondían, sin duda, a diferentes cultivos. Acantilados verticales lo cerraban en toda su extensión. Más allá de aquella muralla de piedra se sucedían varias series de montañas y planicies. Calculé que aquello sería ya la República Argentina.

El capitán me enseñó el camino, que descendía en innumerables revueltas, y señalándome un conglomerado rocoso que sobresalía como una erosión obscura a media falda de la montaña, me dijo:

—Allí se encuentra el monumento del Sol de los Incas. ¿Quiere visitarlo Vuestra Excelencia?

—No tenemos tiempo. Emplearíamos lo menos dos jornadas más entre ir y volver. Ya he conocido lo que deseaba conocer. Si al señor capitán le parece, podemos disponer el regreso.

Emprendimos la vuelta. Tres días después estábamos de nuevo en la fortaleza de Pacha Pulai.

En la semana que había durado nuestra ausencia, nuevos fugitivos de la ciudad habían llegado a la ciudadela en demanda de refugio.

La indiada, a lo que dijeron, se hallaba en un terrible estado de sobrexcitación desde la noche de los voladores.

Aquel espectáculo nunca visto había sido explotado admirablemente por el mestizo y el Sumo Sacerdote para incitar a la gente crédula y supersticiosa contra los dos engrendros del Averno, que desde hacía varias semanas fraguaban desde la propia fortaleza de los Cisneros la perdición de Pacha Pulai y todos sus habitantes.

Se habían efectuado procesiones en que se clamaba al Cielo, pidiendo protección contra nosotros. Froilán y yo fuimos en efigie en la plaza principal de la ciudad.

Se veía que no pocos de los fugitivos venían aún impresionados en contra nuestra. De vez en cuando nos miraban a hurtadillas, y solo al considerar la confianza y naturalidad con que departíamos con todos concluían por considerarnos como hombres de carne y hueso. Luego, la piedad con que nos descubríamos al pasar frente a la iglesia, y, los domingos, asistíamos a misa, concluyó por

convencerlos de nuestra calidad de inofensivos cristianos.

***

Por fin, nuestros cuatro cañoncitos estuvieron listos. Fueron probados en la explanada del Alto. Con varios tiros experimentales aprendí a dosificar adecuadamente la carga, y corregidos algunos pequeños defectos de las cureñas, los declaramos aptos para entrar en acción.

Pude comprobar que tenían un alcance, con puntería, de unos mil quinientos metros. No era necesario más para tener a la ciudad bajo el fuego de nuestras baterías en el momento que quisiéramos.

Destiné ocho hombres para el arrastre y servicio de cada cañón, y los adiestré cuidadosamente en la maniobra. Asimismo, le di instrucción a un equipo completo de reserva para cada pieza.

Se trataba, naturalmente, de cañoncitos de cargar por la boca, con una «rapidez» de tiro no mayor de un disparo cada cuatro minutos.

Fijamos como día para el ataque a la ciudad el último día de abril, esto es, tres días después de aquel en que consideré terminada la instrucción de los artilleros; mas una circunstancia inesperada y favorable nos movió a llevar a ejecución nuestros planes cuando menos nos lo imaginábamos…

14

Victoria

Estábamos en consejo, a eso de las 10 de la mañana, cuando las voces de los centinelas y cierta agitación que observábamos en las terrazas próximas nos advirtieron de que algo anormal ocurría en la ciudad.

Se llamó a las armas. Mientras la tropa blanca y los yanaconas se reunían y armaban, divisamos una agitación inusitada en los arrabales. Primero aisladamente, después en grupos cada vez más numerosos, comenzaron a salir hombres armados en la llanura de las afueras, por diferentes bocacalles. Un griterío formidable se dejaba oír en la lejanía. Se observó en aquella muchedumbre armada, que iba formándose en el campo, una tentativa de organizarse, pero bien pronto, de las posiciones de las tropas que mantenían el sitio de la ciudadela, comenzó a caer sobre los que salían de la ciudad una lluvia de flechas.

—Ya estalló la guerra civil —diagnosticó don Nuño—. Esa gente que ha salido de la ciudad es la de don Ramiro. Los del mestizo la van a atacar por el frente y la retaguardia.

—Entonces va a ser una matanza espantosa —dije yo, y sintiéndome palidecer, agregué—: ¡Doña Isabel está allá adentro!

—Hay que terciar sin pérdida de tiempo —recomendó el capitán —. En toda la ciudad reina, sin duda, en estos momentos, el populacho.

—Creo que sería conveniente hacer funcionar desde aquí la artillería —propuse—. Esto, por lo menos, los desconcertará, mientras llegarnos.

—Me parece muy bien.

Los cuatro cañoncitos fueron puestos en batería. Personalmente vigilé la primera carga de cada uno, y los, apunté hacia la ciudad, cargados con granadas.

Le advertí a don Nuño:

—Esta carga seguramente va a causar algunos destrozos en la ciudad, pero creo que esto es necesario para impresionar a la chusma sublevada.

El capitán manifestó su conformidad. Entonces tomé una mecha, e hice señal a los sirvientes de las demás piezas para que se aprestaran a una descarga por batería.

Los cuatro cañones dispararon casi al mismo tiempo. Los ecos de la descarga se repitieron fragorosamente por el amplio valle, mientras por encima de las techumbres de la ciudad estallaban nuestras granadas con vívidos destellos. Ordené cargar de nuevo, en tanto observaba el efecto de los tiros en la gente que peleaba allá abajo. Se vio distintamente que los sitiadores se replegaban hacia las casas, mientras muchos de los otros tendían a aproximarse a nuestra ciudadela, haciendo señales de rendición.

Consulté a don Nuño.

—Los de Reinoso se rinden —dijo—. Tanto mejor. Así no tendremos sino que dominar a los otros, que son los más.

Se envió a De la Riva con una compañía de piqueros y mosqueteros a tomar a aquella gente. Yo dispuse el descenso de los cañones al campo, para emprender ya el ataque decisivo.

Diez minutos más tarde, los fugitivos del partido de Reinoso entraban al parque, desarmados. Eran casi todos gente de raza blanca. Se interrogó a los oficiales, antes de ordenar el avance a la ciudad.

Según dijeron, se combatía en las calles hacía dos horas. El populacho indígena y el mestizaje se habían alzado en armas contra el gobierno de Reinoso, arrastrando en el movimiento a parte de la tropa regular.

Don Ramiro estaba sitiado con un grupo de sus parciales en el barrio del Carmen, donde residían las principales familias y se alzaba asimismo el convento que guarecía a doña Isabel Cisneros. Y el mestizo dirigía personalmente el asedio.

Cambié con Froilán una mirada.

—¡De allá somos, pues! —exclamó él, con los ojos chispeantes y escupiéndose las manos.

Nuestra línea tenía ahora campo despejado al frente, hasta unos quinientos metros, donde se formaban los sitiadores en filas, que por momentos se hacían más densas.

Emplazamos los cañones en una pequeña eminencia. Dos de ellos fueron cargados con bala rasa; los otros, dos, con granadas, Y ordené hacer fuego, después de apuntar al sector más denso de las filas enemigas.

Se hubiera dicho una perdigonada en una bandada de choroyes. La dispersión fue general, en medio de un espantoso griterío, y se vio a los fugitivos atascados en apretadas masas, al pugnar por refugiarse en las bocacalles. Entonces don Nuño ordenó el avance general a paso rápido.

Cuando llegamos a los arrabales de la ciudad no quedaba nadie en ellos, salvo doce o quince cadáveres y otros tantos heridos y agonizantes.

Pero hacia el interior, a una cuadra de las bocacalles que daban al campo, se habían improvisado barricadas.

Nuestros cañones se encargaron de demolerlas en pocos instantes, y penetramos por fin a la ciudad. Guiado por mi paje Álvarez de Toledo y acompañado por Froilán, me dirigí con un piquete de mosqueteros al barrio del Carmen.

Atravesamos por calles desiertas, de las que parecía haber huido súbitamente la vida. Puertas y ventanas aparecían herméticamente cerradas. Aquí y allá, atravesados en medio de la calle, encontrábamos cadáveres sobre charcos de sangre, o heridos quejándose lastimeramente, recostados contra las murallas. Por todas partes un desparramo de lanzas rotas, flechas, espadas, sombreros, manchas sangrientas y otros rastros de la lucha.

Al desembocar en una plazotela, nos encontramos en presencia del edificio conventual, que yo tantas veces había contemplado con ansiedad desde lejos. Una de las hojas dé la puerta principal estaba abierta. Había varios cadáveres de blancos y de indígenas en las inmediaciones.

—A ver, Froilán —dije—. Por si acaso, hay que rodear esta manzana. Anda con unos cuantos hombres a montar guardia por los pies. Y que no salga nadie.

Partió Froilán a lo que le daban sus largas zancas y con el mosquete listo. Parte de la tropa le siguió. Yo, acompañado del paje y el resto de mis soldados, penetré en el zaguán del convento, cuyas losas estaban a trechos resbaladizas por la sangre. Subí por la primera escalera que encontré en el camino y me di a registrar precipitadamente pasadizos y celdas.

Comenzaron a aparecer monjas por debajo de las camas y las mesas. Yo detuve a una de ellas, rechoncha y vivaracha, que apareció de detrás de una cama más muerta que viva:

—Madre, ¿qué ha sido de doña Isabel Cisneros?

—Su celda… allá…, al final… —fue todo lo que pudo articular, mostrándome un pasadizo, por el que me precipité sin pérdida de tiempo.

Al llegar a su término, un espectáculo macabro me detuvo. Una gran masa gris y sangrienta aparecía como incrustada en él. Yo conocía aquel traje, aquel cuerpo voluminoso, aquellos cabellos rubios… Sí, era él: con la boca abierta, de la que un rastro de sangre caía sobre la barba, para seguir al amplio cuello almidonado, y con los ojos vidriosos, espantosamente fijos, don Ramiro de Reinoso estaba materialmente colgado de una espada que le atravesaba el pecho y le mantenía enclavado como un monstruoso escarabajo en el marco de la puerta de una celda. El cadáver de un indígena interceptaba el paso. Salté por encima de él para irrumpir en la celda aquella, que supuse sería la de Isabel.

Nadie.

Corrí a la ventana abierta, que daba a un patio con naranjos. Me descolgué por esa ventana al patio, donde se me reunieron unos cuantos soldados.

La hierba pisoteada en varios sitios me indicó que por allí había pasado gente hacía poco rato, acaso recién… Me dirigí corriendo a la tapia que limitaba por el fondo aquel recinto, y me encaramé a ella. Daba a un potrero de no menos de una cuadra. Doce o quince insurgentes armados de picas y flechas corrían por él. Y en brazos de uno de ellos, atadas las manos y amordazada, iba Isabel. Varios soldados estaban ya también a horcajadas sobre la tapia, e hicieron fuego con presteza sobre los fugitivos, para los cuales las detonaciones tuvieron el efecto de un espolazo. Pero la aparición de Froilán y sus compañeros por la tapia opuesta los paralizó en medio

del potrero.

El hombre que conducía a Isabel en sus brazos dejó su carga en el suelo y me hizo cara. Reconocí las negras crenchas y el bigote cerdoso del mestizo Pancho. Isabel, de pie a su lado, me lanzó una mirada de angustia, y yo me precipité como un loco sobre el grupo.

Pero el mestizo había dado una orden, y los indígenas formaron en torno de él un cerco viviente. Cuatro o cinco flechas partieron en nuestra dirección. Sentí estrellarse una de ellas contra mi coraza.

Froilán y sus soldados habían descendido ya al potrero, y daban un rodeo, sin duda para hacer fuego, sin peligro de herirnos a nosotros. Mi bravo asistente puso una rodilla en tierra y apuntó con precaución. Sus soldados le imitaron. La descarga eché a tierra a tres o cuatro rebeldes. Los míos, entretanto, habían cargado sus mosquetes nuevamente y buscaban blanco. Después de sus disparos, el grupo indígena se deshizo en busca del cuerpo a cuerpo.

No había ya tiempo de cargar de nuevo las armas. Yo tumbé de un tiro de pistola al enemigo que tenía más próximo, y acto seguido amartillé la otra que llevaba al cinto. Se trabé un desordenado combate, que en pocos instantes puso término a la resistencia de los rebeldes. Froilán hizo estragos de nuevo, esgrimiendo su mosquete como una maza.

Yo tenía ya solo a unos diez pasos al mestizo, que con la espada desnuda y el aire torvo parecía esperarme. En torno de él se cerraba el círculo de los que le acosábamos.

—¡Ríndete! —le grité.

Relampagueó su mirada, a tiempo que se reía con espantosa risa.

—¡No será mía, pero tampoco será tuya, demonio! —exclamó de pronto, y volviéndose hacia Isabel, que estaba semiarrodillada sobre la hierba, volvió contra ella su espada.

Froilán y todos los soldados dieron un grito. Pero yo había apuntado ya maquinalmente sobre el mestizo e hice fuego. Cayó como fulminado abriendo los brazos. Y en el mismo instante, como una flor que se troncha, Isabel dobló el cuerpo y cayó blandamente, de costado, sobre el césped.

Corrí hacia ella. Estaba solo desmayada. Le quité la mordaza, le desaté las manos y la sostuve contra mi pecho. Un soldado partió corriendo en busca de agua. Pero cuando regresó con ella, Isabel ya había vuelto en sí y me sonreía vagamente.

Cuando hubo recuperado sus sentidos, la invadió de nuevo un nervioso terror. Miró el cuerpo del mestizo, tendido a pocos pasos de ella, agitando las piernas en un temblor de agonía, y se cubrió los ojos, dando un grito de horror.

En verdad, el espectáculo que ofrecía Pancho Piniña era horrible. La bala le había penetrado, al parecer, por la nuca y al salir le había llevado un pedazo de mandíbula.

Mientras tanto, la tropa, después de aprisionar a los pocos rebeldes que habían quedado en pie en el potrero, se había formado cerca de nosotros, cargando de nuevo sus armas y a la espera de órdenes. Era preciso partir. Yo le hice una señal a Froilán, tomándome una mano con la otra. Comprendió en el acto. Le entregó su mosquete a un soldado y se nos aproximó. Hicimos la «silla de manos», y en esta forma emprendimos la marcha, conduciendo a la joven, seguidos de nuestra pequeña columna triunfante. La puerta del potrero aquel, situada en un rincón, daba a un patio semejante al que encontramos al pie de la celda de Isabel.

Las monjas, que habían presenciado el combate desde las ventanas, estaban abajo, esperándonos. Condujimos a Isabel a una celda del piso bajo, donde quedó recostada, al cuidado de algunas religiosas.

—Descansa —le dije muy quedo, tuteándola por primera vez—, y tente tranquila. Ya todo ha terminado. Voy a echar un vistazo a la ciudad y volveré por ti en seguida.

Vi el sobresalto aparecer de nuevo en sus ojos.

—Descuida —insistí—. Dejaré aquí de guardia a Froilán.

Esto, al parecer, la tranquilizó.

Salí con unos cuantos soldados a la plazoleta, en la que se notaba ya cierto movimiento. Se abrían ventanas al pasar nosotros, y rostros femeninos se asomaban a ellas con curiosidad. Cholas vestidas con amplias polleras se inclinaban sobre los cadáveres, en busca, sin duda, de alguno de sus deudos.

El capitán Garci-Fernández se me reunió a los pocos momentos, al torcer una esquina. Un destacamento con los mosquetes y picas al hombro le seguía. Estaba sudoroso y llevaba una mano vendada, pero en su cara se leía la satisfacción del triunfo.

—Todo está dominado, Excelencia —me dijo—. ¿Y doña Isabel?

—Salvada —le dije—. Y algo más: don Ramiro, muerto; y el mestizo…

—¿Prisionero?

—No —le contesté sonriendo significativamente, a tiempo que oprimía la culata de mi pistola—. Ya no molestará más.

—¿Dónde fue?

—En el potrero del convento. Ahí quedó. Todavía pataleaba cuando nos vinimos… Pero tiene atravesado el cuello de parte a parte y la mandíbula rota. El capitán no dijo nada, pero me pareció que en su cara se pintaba una inquietud.

—Creo —dijo— que sería de rigor exhibir su cabeza al pueblo, para ejemplo y escarmiento.

—Como usted quiera, capitán. Si a usted le parece, puede desde luego así disponerlo. Ahora voy a visitar la ciudad, y luego volveré en busca de doña Isabel.

Le encargué que hiciera disponer cabalgaduras para el regreso de Isabel y su escolta a la ciudadela, y continué mi visita.

Seguido de mis mosqueteros, y guiado siempre por mi simpático paje, que muy orgullosamente marchaba a mi lado, recorrí varias calles y llegué al límite norte de la ciudad, donde comenzaban los campos cultivados.

Al regresar, lo hicimos por calles distintas, a través de los barrios indígenas. Predominaban allí las construcciones de piedra de la época de los incas. En medio de una gran plaza encontré un templo imponente todo de granito. Fui a visitarlo. Y lo primero que llamó mi atención fue, grabada toscamente en el frontis, encima del pórtico, una imagen idéntica a la del pergamino que me entregara don Gonzalo en el momento de morir: el Sol de los Incas rodeado de extraños símbolos.

¡En mala hora fui a examinar aquel bajorrelieve! Inmediatamente la cantinela «nona de nono…» volvió a apoderarse de mi oído. Proseguimos nuestro camino, y durante todo el trayecto hasta el convento del Carmen el maldito sonsonete fue siguiendo el compás de mi marcha.

Isabel se había repuesto ya de sus impresiones, pero me esperaba con ansiedad. Las caras de don Nuño, Froilán, y demás personas que la rodeaban no eran las mismas que yo había dejado al partir.

—¿Qué es lo que pasa? —inquirí.

El capitán contestó:

—Que el cadáver del mestizo, Excelencia…, no estaba ya en el potrero cuando fuimos a buscarlo.

—¡Hum! Se lo llevarían para evitar que lo decapitáramos, como teníamos pensado… —conjeturé; pero en mi interior algo me decía que mi inducción era falsa.

—Ese tiene siete vidas… —dijo Froilán—. Se lo han llevado y a lo mejor salva. No hay más que buscarlo hasta que aparezca.

Fue lo que yo inmediatamente dispuse, junto con establecer un servicio de rigurosa vigilancia en toda la ciudad. Pero todo fue inútil. Ni ese día, ni en los que siguieron, se obtuvo la menor noticia del mestizo, del que ni siquiera supimos si estaba vivo o muerto. Tampoco se encontraron rastros del Sumo Sacerdote, ni de ninguno de los miembros del Cabildo insurgente.

Nuestra victoria había sido decisiva, pero incompleta.

15

Amarguras del poder

Los días siguientes fueron de una actividad agotadora para mí y mis colaboradores más inmediatos.

Hubo un registro general en la ciudad en busca de armas. Miles de lanzas, arcos, mazas, flechas, boleadoras y otras armas cortantes y contundentes fueron acumuladas en las bodegas de la fortaleza. Se anunciaron por bando y se aplicaron penas rigurosas a los que pretendían ocultar armas o se oponían al registro. Y a pesar de lo minucioso de todos los allanamientos, en parte alguna se encontró el menor vestigio de los cabecillas desaparecidos. Entretanto, se restablecía poco a poco la normalidad en toda Pacha Pulai.

Las tropas de don Ramiro y todos los refugiados en la fortaleza volvieron a sus casas. Se reanudó el comercio y las industrias recuperaron su actividad.

Se restableció la guarnición del fuerte Don Carlos, en el que quedó emplazado un cañón apuntando a la ciudad.

Yo dediqué varios días a recorrer los campos situados al norte de la ciudad, y que proporcionaban el sustento a la población. Estaban divididos en fincas pertenecientes a las principales familias. Había también numerosas pequeñas propiedades de indígenas, escalonadas en gradería, a ambos lados del valle, hasta el pie mismo de los acantilados inaccesibles que lo cercaban. El sistema de riego, que me pareció perfecto, era el mismo dejado por los incas, y se alimentaba de diversos manantiales semejantes a los que existían detrás de la fortaleza.

Todos los afanes de mis menesteres del Gobierno me eran

compensados cada noche por las dos horas que pasaba en compañía de Isabel, a partir de la cena y hasta la hora de queda. Mi mayor cuidado durante los primeros días se dirigió a disipar la honda melancolía que la había invadido a raíz de la muerte de don Gonzalo, y hacerla olvidar las zozobras de su prolongado cautiverio. Hice venir de la ciudad a algunas de sus amigas predilectas, que se turnaban para acompañarla. Solían improvisarse tertulias encantadoras.

Estábamos convenidos en que nos casaríamos al expirar su luto riguroso, esto es, dentro de un año. Y así en una sucesión de días afanosos y apacibles veladas, concluyó aquel otoño extraordinario. Con él había de acabar también nuestra paz.

Al poco tiempo de ejercicio de mi Gobierno me di yo cuenta de que no eran pocas las dificultades con que habría de tropezar para llevarlo adelante. Me había propuesto, en mi interior, dejar pacificado el «reino» y organizada su administración, y abdicar luego en aquel a quien eligieran los propios pobladores de Pacha Pulai. Pero junto con anunciar estas ideas al grupo de consejeros, que se las comunicaron luego a otros, las disensiones empezaron. En realidad, estaban solo adormecidas tras el brusco aplastamiento de la rebelión y la muerte del cabecilla don Ramiro. Los odios políticos cultivados durante mucho tiempo entre los diferentes grupos de blancos, y ahogados por el peligro común del levantamiento indígena, afloraron de nuevo con mayor violencia. Había, también, las cuestiones de linaje, de limpieza de sangre. Cada cual estaba siempre dispuesto a creerse «más» que los otros.

Las designaciones que hube de hacer al organizar la administración fueron, asimismo, causa de infinitos resquemores y rivalidades. Para mi, que había vivido siempre ajeno a las cuestiones políticas en Chile, todo aquello constituía una novedad, y una desagradable novedad.

Me pareció que lo más conveniente era cortar aquellas desavenencias antes de que tomaran cuerpo. Apreté, pues, la mano de la autoridad sobre los diferentes grupos, previniéndoles a sus dirigentes más caracterizados que el Gobierno estaba resuelto a poner término a las disensiones internas, costase lo que costare.

El padre Reluz no aprobó esta actitud mía. Y los hechos no tardaron en darle la razón. La animosidad de los distintos grupos

políticos se volvió entonces contra mí.

Constantemente mis íntimos me informaban de las murmuraciones que corrían por la ciudad acerca del «intruso», el «aparecido», que había llegado allí muerto de hambre, quién sabe de dónde, para apoderarse del Gobierno no por sus méritos, sino por la fuerza de las armas y sus «infernales artificios». Nadie se acordaba ya de que esos «infernales artificios» los habían redimido de la opresión de la chusma ensoberbecida, para pensar solo en que, gracias a ellos, había caído en mis manos la autoridad de las manos del Gobernador expirante. Froilán tuvo innumerables incidentes a propósito de estas murmuraciones, y uno de ellos de consecuencias graves, que me pusieron en molesto compromiso. Injuriado por un señorón en una taberna, había echado mano a la espada, con la que marcó al provocador con un par de tajos en la cara, y a un amigo suyo con un puntazo superficial en el pecho, para defenderse de los palos y taburetazos que le dirigían.

Los tribunales que yo había nombrado absolvieron a Froilán que demostró haber obrado en defensa propia; y a consecuencia de esto las murmuraciones arreciaron.

El invierno se hacía sentir a todo esto en forma extraordinariamente rigurosa. Espesas nevadas cayeron. Empezaban a faltar los víveres, como consecuencia del desorden que hubo en los trabajos agrícolas y en el abastecimiento de la ciudad durante la insurrección; pero la generalidad, olvidando las verdaderas causas de la escasez, la atribuyó a incompetencia del Gobierno.

Mi policía, en sus informes cotidianos, me daba cuenta de haberse sorprendido en reuniones sospechosas a numerosos elementos mestizos e indígenas, lo que era indicio cierto de que los agentes del mestizo estaban otra vez en acción. Por otra parte, el partido de don Ramiro, un tiempo disperso y desmoralizado, renacía y se reorganizaba poco a poco en torno de los parientes de los Cisneros.

Debo confesar que yo me sentía ya francamente fastidiado de todo aquello. Isabel, a pesar de que en su presencia trataba yo de disimular mi desazón, no dejó de advertirla.

—Estás aburrido, cansado —me dijo un día, de sobremesa—. Yo reconozco que es muy penosa la herencia que te dejó mi padre, que en gloria esté. Estas gentes no te comprenden ni te agradecen lo que

has hecho por ellas. ¡Lo mismo que a mi padre!

Yo lo negué, pero ella insistió:

—Lo dices por no darme pena. Pero yo sé lo que ocurre. ¡Ay! —suspiró—. No sé qué daría por verte contento.

Había en sus expresiones un dejo de reproche que me produjo vaga molestia. —Estoy a tu lado —le contesté—, y esto es suficiente. No hay trabajo ni pena que pueda disipar esta sola dicha, que está por sobre todas las miserias de este mundo.

Estas palabras no la convencieron.

Por lo demás, la realidad era demasiado evidente a los ojos de todos para pretender ocultárselo a ella.

***

Froilán, que de manera espontánea fue poco a poco convirtiéndose en el jefe de nuestra policía, me informó una mañana que la situación era sencillamente grave.

—El mestizo está vivo —me dijo—. En el barrio indígena lo esconden muy bien, pero no tanto como para que a estas naricitas se les escape el olor. Un día de estos voy a agarrar a una media docena y les voy a aplicar la máquina. Ya verá cómo me dicen dónde está.

—¿La máquina?

—El sistema de mi inspector Achurra. ¿No lo conoce usted?

—No, pero me lo imagino.

—Es lo que los periodistas llaman en Santiago un «hábil interrogatorio».

—Bueno; pero esa clase de interrogatorio no me gusta, Froilán.

—Entonces, ¿usted quiere que «nos llegue» a todos aquí?

—¿Quieres que te diga? —estallé por fin, dando rienda suelta a un anhelo confuso que desde tiempo atrás me atosigaba—. ¡Estoy de todo esto hasta más arriba de la coronilla! Lo único que me interesa es volver a Chile, a mi tiempo, a los míos… ¡No aguanto más estas garambainas y estos tiquismiquis!

—¡Sí! ¿Y misiá Isabel?

—La llevamos, pues, hombre. ¿No crees que también ella estaría

encantada de mandarse cambiar de esta ratonera?

—Yendo con usted, claro. Pero ¿cómo vamos a salir de aquí?

Me dejó callado esta pregunta, que yo desde hacía meses venia formulándome sin hallarle respuesta.

—De todas maneras —le dije al fin—, nada podría intentarse hasta después del invierno, en septiembre. El camino del Lago de la Virgen está cerrado en el período de nevazones. La cuestión es aguantarse aquí hasta entonces.

—Lo que es yo, no me iría en ningún caso sin arreglar cuenta con el cholo ese. ¡Con las ganitas que le tengo!

—Por ahí andan con las que él nos tiene a nosotros. Ten cuidado, Froilán.

Se sonrió con los ojos.

—¡No crea, señor! A mi no me pillan así no más…

Llegaban en ese instante mis colaboradores al Consejo. Froilán se retiró.

El padre Reluz, los capitanes Garci-Fernández y De la Riva y el escribano López de Barbadillo entraron uno tras otro, con los semblantes graves y el aire un tanto engrifado.

Desde hacía algún tiempo había también entre ellos discrepancias, síntomas inequívocos de mala voluntad y desconfianza, y por esta causa las reuniones del Consejo eran cada vez más desapacibles. En más de una ocasión el estudio de cualquier insignificancia promovía acalorados debates, que poco a poco resbalaban al terreno ingrato de los denuestos personales, obligándome a hacer uso de toda mi autoridad para restablecer la calma, a lo menos en apariencia. Aquel día estalló el conflicto alrededor del nombramiento de un «juez de aguas», en los terrenos de cultivo. Siempre esta función la había desempeñado un indígena, que había, muerto durante la insurrección. En esa época el cargo no era necesario, pues los riegos no comenzarían basta mediada la primavera. Pero ya la lucha estaba entablada entre un «candidato» del padre Reluz y otro de De la Riva. Don Nuño, naturalmente, apoyaba al candidato del fraile…

Cito este caso, porque da una idea de la clase de asuntillos que llenaban mis días como Gobernador del Reino de Nueva Toledo… Por la ventana abierta contemplaba yo el cielo límpido, en donde se veían las manchas diminutas de dos o tres buitres… ¡Qué ganas de

volar, de estar a mil leguas de allí!

Puse fin al debate planteando un tema nuevo:

—Señores, el mestizo Pancho Piniña vive, y está nuevamente en acción. Tengo datos ciertos de que es así. Creo necesario considerar este asunto con preferencia sobre cualquier otro. La existencia misma del reino está en juego en este caso. Convendría estudiar, a un tiempo, medidas para prevenir una insurrección y medidas para reprimirla en caso de que estalle.

Era evidente que mis consejeros se sentían algo molestos por la brusquedad con que puse fin a su debate.

Mal que bien, se acordó un plan de vigilancia especial, al mismo tiempo que se dispuso reforzar la policía y las guarniciones de los fuertes, y aumentar la provisión de explosivos. Asimismo, resolvimos triplicar nuestra dotación de cañones.

Froilán no apareció por la fortaleza aquella noche. Esto no me llamó mayormente la atención, porque era frecuente que pernoctara en la ciudad, fuera por causa de sus trajines policiales, fuera por otras razones que no me correspondía averiguar… Pero tampoco se le vio en la Gobernación en todo el siguiente día, ni en la noche correspondiente.

Entonces, realmente inquieto, hice ensillar mi caballo, y acompañado del paje Álvarez de Toledo y una escolta de cuatro hombres, también montados, me dirigí a la ciudad.

Tenía por costumbre ir allí, al local del antiguo Cabildo, dos veces por semana, para dar audiencia y tener contacto con mis amigos del pueblo. En el Cabildo, pues, me detuve, y una vez instalado en él, despaché varios hombres de la policía a averiguar qué había sido de mi compañero. Nadie recordaba haberle visto en la ciudad en muchos días.

Hacia las oraciones, compareció un policía, muy agitado.

—Parece que lo hemos encontrado, Excelencia…

—¿Dónde?

—Es que…

—¿Le ha pasado algo?

—He encontrado, en un corral abandonado de las afueras del barrio indígena, un hombre muerto, con la misma ropa del señor Froilán… ¡Y he venido a avisar inmediatamente!

—Vamos allá.

Al galope, guiados por el policía, llegamos en tropel al sitio indicado. En efecto, el cuerpo de un hombre estaba allí tendido, boca abajo, entre unas matas de chilca. Pero me bastó mirarle las piernas para darme cuenta de que no se trataba de Froilán. ¡No eran sus zancas huesudas! Respiré.

Un soldado se apeó, y a una orden mía cogió el cuerpo yío puso cara arriba. Era un indio, y estaba muerto. Pero detallando los calzones, el justillo, las mangas verdes, reconocí las ropas de Froilán. El tahalí faltaba.

—A ver… Regístrenlo.

Lo hizo el soldado, sin poder reprimir un gesto de repugnancia, porque el cadáver hedía… Los caballos dieron también muestras de desasosiego.

—¡Aquí hay algo, Excelencia!

Era un papel doblado en cuatro, que acababa de sacar de una faltriquera, y me lo alargó. A la última luz del crepúsculo pude leerlo:

«Estoy sin novedad —decía mi compañero en sus patas de gallo escritas con lápiz—. No me busquen. Espero volver con noticias».

—Que se lleven este cadáver y lo identifiquen —ordené. Volví grupas y regresé al paso a la ciudadela.

Isabel me aguardaba en ella con cara de inquietud.

—No lo encontramos, pero noticias suyas, sí. Y le conté lo que había pasado. —Debe de andar en una investigación —expliqué—. Y para hacerlo mejor, seguramente se ha disfrazado con las ropas del indio muerto.

Al día siguiente se me informó que el muerto era un indio llamado Manuel Mallai, uno de los secuaces del mestizo Pancho.

En algo gordo anda metido este diablo —pensé—. «¡Dios quiera que salga con bien de esta aventura!».

***

Por milésima vez mi pensamiento se entretuvo en rastrear el pasado de Froilán, apenas entrevisto por mí a través de sus incontables habilidades. ¿Qué clase de hombre era en realidad? A

qué dudarlo, era un bandido. Su asalto al tren pagador era un antecedente de no te muevas. Pero ¿y si hubo en este atracó de audacia inverosímil mucho más de afán de aventura que de codicia de unos pesos? Mas si era Froilán un aventurero nato, era él quien menos se daba cuenta de serlo. Vivía su vida conforme a sus impulsos del momento: hoy en un circo, haciendo equilibrios y juegos malabares, mañana de marinero en un barco, luego incorporado a una caravana de cateadores… Y todo de una manera provisional, por mientras, hasta el momento del cominillo por estar en otro sitio y en otra actividad… Pertenecía a esa clase de hombres que, como los gitanos, viven fuera de la sociedad y de las leyes comunes, sin ser por eso malhechores. Era, ingénitamente así: instable, vagabundo… Por ahora parecía encantado de su papel de Consejero Privado del Gobernador de Nueva Toledo y jefe de su policía secreta. Y el día en que se aburriera y le llamarán de nuevo los horizontes inaccesibles del otro lado de las montañas, ¿cómo se las arreglaría para marcharse?

Probablemente esto no le preocupaba mucho a aquel hombre, habituado a improvisarle a todo soluciones de última hora. Pero a mí sí. Yo vivía bajo la doble obsesión de mi anhelo de reintegrarme al mundo de mis contemporáneos y el de conservar conmigo a Isabel. Comprendía que ambas cosas eran, por el momento, incompatibles. Pues yo había descubierto que Isabel vivía arraigada en su medio, que era tradición y orgullo familiar hasta la médula, y no concebía que pudiera existir en el mundo nada mejor ni más valioso. Yo tenía ante mí la tarea de despertar en ella el interés por el mundo mío y contagiarla del fastidio y el horror que ya me estaba causando el suyo, con sus odios sangrientos y las supremas mezquindades en que toda Pacha Pulai vivía enfrascada con tanto apasionamiento. ¿Lo conseguiría?…

16

Donde el sol y la luna salen al mismo tiempo

Pocos días después, en un atardecer, mientras caminaba a pie por una callejuela de la ciudad, sentí que caía a mis pies un objeto duro, que por poco no me dio en la cabeza y que rebotó sobre las piedras. Alcé la vista. En el balcón de donde aquel objeto procedía no había nadie, y me disponía ya a buscar la puerta para exigir una explicación por aquella falta de respeto, cuando el paje Álvarez de Toledo, recogiendo con presteza lo que había caído, me atajó:

—Aguarde, Excelencia. Lo que arrojaron es esto.

Era un papel doblado y atado con un bramante a una piedra. En el acto pensé en Froilán. Y en efecto, el papel era suyo, y ponía:

«Espéreme dentro de diez minutos a la salida del camino».

Diez minutos más tarde estaba yo a caballo en aquel sitio. Pero Froilán no se hallaba allí. Solamente un indio envuelto en un largo poncho, encorvado y algo cojo, marchaba en dirección a la fortaleza. Al darle alcance yo, aquel indio me dijo:

—Siga no más. Aguárdeme por ahí adelante… Hasta que esté más obscuro.

Era la voz de Froilán. Sin volverme, hice lo que me decía. Álvarez de Toledo y los cuatro soldados de mi escolta pasaron junto al indio sin prestarle mayor atención. Unos cien metros más allá les ordené adelantárseme al galope, y cuando me quedé solo en medio del camino hice alto y aguardé. Instantes después el indio se me aproximaba con ágiles pasos.

—¡Qué hubo, señor!

—¡Froilán!

—Yo mismo. A ver, el estribo…

Se lo dejé libre para que montara al anca, y apenas lo hubo hecho:

—Ahora, apretar… Antes que las paren. Traigo grandes novedades.

Salí al galope.

—¿Por qué no me advertiste, bárbaro, que ibas a emprender esta diligencia?

—¡Bah! Porque ni yo mismo lo sabía… Fue una cosa del momento. Cuando bajé a Pacha Pulai no tenía ningún plan. Pero después lo pensé… y lo hice. Ya le contaré…

Entramos a la fortaleza, y Froilán atravesó conmigo a pie el cuerpo de guardia y el patio de honor, en dirección de mis aposentos, en medio del pasmo risueño de centinelas y soldados de servicio.

Me dejó por unos instantes, para reaparecer con unos calzones de color de grana, medias grises y un coleto pardo.

—Ya no podía más con estas pilchas mugrientas —me explicó. Y entrando en materia—: La rebelión está a punto de estallar. Y esta si que va a ser gorda. Los indios están armados otra vez hasta los dientes. ¡Para lo que les cuesta hacerse de arcos, picas, cuchillos, flechas y macanas! Es inútil desarmarlos. La tierra les da de todo, enteramente gratis.

—Pero ¿cómo lo has averiguado? ¡Cuenta!

La historia era breve, pero substanciosa. Antes de que llamaran a cenar ya estaba yo enterado al detalle de lo que se tramaba y de cómo mi incomparable sabueso había llegado a establecerlo.

—Salí esa noche —me contó— a dar una vuelta por ahí… Usted comprende, uno tiene que tener sus amistades para poder saber las cosas… Para hacer hora, anduve vagando por algunos recovecos del barrio indígena. Era a la oración. Casi nadie andaba por las calles. De repente anduve parándolas que alguien me seguía. Me volví con disimulo, y vi que un indio agachado y medio patuleco andaba detrás de mí. Torcí dos o tres calles, y siempre el indio a la siga. Entonces tomé para los arrabales del lado norte, hasta salir del pueblo.

Me metí al corral viejo, ese que usted conoce, y agachado detrás de la pirca esperé que pasara mi hombre, y antes de que alcanzara a pestañear le eché el guante. Era un guaina más firme que un peral, pero con un par de golpes de la lucha japonesa que enseñan a bordo lo hice dar su vuelta de carnero por el aire, con su correspondiente suelazo. Creí que se iba a quedar tranquilo, pero el gallo salió porfiado y sacó cuchilla. No tuve más remedio que ensartarlo. Entonces fue cuando se me ocurrió cambiarme con él la ropa, y después dejarlo boca abajo, con un recado para usted… Me fui remedándole el modo de andar, y me quedé acurrucado por las cercanías del templo del Inca, al aguaite… Me había llamado la atención que ahí algunas veces entraba gente, y una vez adentro se hacía humo.

»Esta tarde, cuando vi entrar a un traro, me fui detrás de él pisando despacito, y me puse a aguaitarlo de detrás de un pilar. Se fue derecho a ese como altar que hay en el fondo del templo, hizo unas mariguanzas por entre los dibujos que hay alrededor del sol, y de repente se desapareció. Al rato entró otro, y otro… Todos se desaparecían en el mismo altar, y yo, por lo obscuro, no podía saber cómo diablos lo hacían. Fueron como veinte los que entraron casi en hilera, y al último, como no entraban más, me fui de hacha al altar a ver cómo era la cosa. Estuve manipuleando entre las figuras de piedra, a ver si alguna se movía, hasta que al fin di con una como redondela, o como una torta que, al tirarla, me quedé con ella en la mano. Al tiro el sol comenzó a “refalarse” para abajo, hasta que dejó un boquete redondo como de una vara. Volví a poner la redondela en el hoyo, y el sol volvió a colocarse en su sitio despacito. La saqué otra vez entonces, y me metí por el boquete, arrastrándome como cuncuna… Ligerito llegué a un pique, hondo como diablo, gritos, discusiones… Algunas palabras no las entendía, porque eran en indio… Pero muchas palabras en español, y… ¡y para qué le digo! A usted y a mí nos ponían como trapos sucios… Lo que saqué en limpio fue que estaban preparando la rosca otra vez, unidos los blancos con los indios, pero dejando afuera a todos los Cisneros y parientes de los Cisneros… Cuando ya me pareció que iban a terminar, salí del sol… volví a dejarlo todo en su sitio y fui a apostarme en mi escondite del pilar.

»A casi todos los que salieron los conocía. Algunos eran indios,

pero la mayor parte son de las familias más empingorotadas de aquí. Todo lo que quieren es liquidarlo a usted junto con todo lo que tenga olor a Cisneros. Misiá Isabel, claro, reservada para el jetón ese, el Pancho Piniña.

»Yo me fui después donde mi amistad, en la casa donde por poco le vuelo la nariz con mi mensaje, y ahí me la he llevado. Salía por las tardes al templo del Inca, "rengueando" y allá me iba a oír las conversaciones. Se pusieron de acuerdo hoy no más. Pasado mañana dan el golpe. Están señaladas todas las casas que se van a asaltar, matando a sus moradores. También están señalados los retenes de policía que usted puso en los barrios. Hay gente vendida en el fuerte Don Carlos, con la orden de asesinar a la guarnición en sus camas. La casa donde yo estaba también está marcada en el plan de degollina. Es de un caballero, don Diego de Zurita y Cisneros…

—Pero ¿tú le has advertido ya?

—Ni lo he visto siquiera. Ni él a mí. Yo pasaba en el cuarto de mi amiga, ¿comprende?, que está de «empleada» ahí…

—¿A qué horas va a ser la cosa?

—Entre las tres y las cuatro de la mañana.

—¿Y qué piensan ellos que haremos los de la fortaleza?

—Creen que no vamos a alcanzar a hacer nada.

—¡Cómo!

Froilán se pasó la mano derecha, de filo, por la garganta.

—Nosotros… ¡icric! Los primeritos…

—¿También cuentan con asesinarnos?

—Y en la cama. Cuando estemos soñando con los angelitos… Hay lo menos doscientos complotados dentro de la fortaleza. Indios, mestizos, blancos. Se dieron cuenta de que de frentón no lograrían nada, y van a proceder a traición… Parece que va a haber que apurarse. Si no…

—Bueno —le dije—, esto merece pensarlo un rato. Convertiremos la cena en Consejo. Y tú vendrás conmigo.

La cena fue, en efecto, un verdadero Consejo de Gobierno, en que se estudió la situación en todos sus aspectos, y quedó convenido que no había más remedio que adelantarse a los acontecimientos preparados por los conspiradores, atacándolos desde luego en su mismo recinto.

Yo admiré la sombría tranquilidad con que Isabel se enteró del

plan de los complotados y la decisión con que acompañaba nuestro programa de represión, que por cierto era y debía ser violento. Todo el orgullo y el hábito de mando de diez generaciones de gobernadores relampagueaban en sus ojos. Y, no sé por qué, esto me entristeció. Sentí la impresión de que yo representaba para ella muy poca cosa al lado de sus sentimientos «dinásticos»… Y esto, francamente, me humillaba.

Pero no había tiempo que perder. Ya podríamos ocuparnos más tarde de estas aprensiones sentimentales…

De recogida, en mi aposento, pasó Froilán a conversar conmigo un rato. Hablábamos del misterioso mecanismo descubierto por él en el altar del sol. Entonces yo recordé que entre los pergaminos que me dejara el Gobernador había un dibujo semejante a las decoraciones del mismo altar.

Lo desplegué sobre la mesa de noche, al pie de una vela. —Este es más feo, pero igualito… ¿A ver? Aquí también están las redondelas como la que yo saqué. ¿Qué podrán significar?

—Ya está —dije de pronto, viendo claro al fin—. Esas redondelas son lunas, que eran los meses. Y el versito famoso aquel dice:

Nona de nono nona
De trece en trece nada más una
Cae el una

—¿Te das cuenta? —agregué—. Las redondelas son las lunas: «Cae el sol, sale la luna», ese es el verso completo.

—Ahora sí que caigo. ¡Bueno que estábamos tupidos ese día, cuando no pudimos dar con una cosa tan sencilla!

—Sencilla, sí, ahora que descubriste el mecanismo por casualidad. Hiciste salir la luna, cayó el sol… ¿No habrá algo igual en el monumento de allá arriba, en el cerro de la Virgen?

—Si fuera así no más, hace ratito que la salida habría sido descubierta. Lo de allá arriba debe ser más complicado. Bueno; ahora me voy a dar una vuelta por allá adentro, a ver si pesco algún cuchicheo…

17

Parada y golpe

El plan que fraguáramos para aplastar la insurrección antes de que naciera se efectuó en todas sus partes.

Se prohibió la salida de todo ser viviente de la fortaleza y se estableció una vigilancia rigurosa en todas las entradas, para interceptar cualquier mensaje que viniera de la ciudad.

A media tarde, volviendo de una inspección a la fábrica de pólvora, yo tuve la fortuna de descubrir, antes de que alcanzara su objeto, a un indígena, nada menos que uno de los obreros de la herrería que desde la falda del cerro intentaba hacer señales a la ciudad con una bandeja de oro, tan bruñida, que despedía destellos como un reflector. Le disparé un pistoletazo desde demasiado lejos para alcanzarlo, pero bastó para hacerle desistir de su intento. Cuando huía, un soldado lo atajé al entrar en las casas.

El indio fue registrado por don Nuño en persona. Se le encontró un largo cuchillo entre las ropas.

El arma fue a parar a un montón que durante mi ausencia en el Alto se había formado con las armas recogidas en un allanamiento general de las dependencias de la fortaleza.

Iguales medidas se adoptaron en el fuerte Don Carlos.

Los calabozos estaban llenos de detenidos. Casi todos pertenecían a los talleres de las diversas industrias que funcionaban en la ciudadela.

Se estableció que estaban afiliados a la secta político-religiosa fundada por el mestizo, al cual servían con un fanatismo heroico. Así pude comprobarlo en vista del silencio que guardaron, a pesar

del tormento a que se les sometió. ¡Qué diablos! Estábamos en «aquellos tiempos», y con arreglo a ellos había que proceder.

En la tarde, en una marcha rápida, entramos con nuestra artillería a la ciudad por diferentes calles y ocupamos todos los sitios estratégicos. Era la hora en que se efectuaban las reuniones del templo del Inca, que fue rodeado por dos baterías y tropa armada de mosquetes.

Estaba ya casi anochecido, cuando dos de nuestros cañoncitos comenzaron a demoler, apuntando desde la calle, el altar del templo del Sol. Fue cuestión de media docena de disparos con bala rasa. El altar quedó hecho un montón de escombros. Ordené cesar el fuego y entré con Froilán y un pelotón de mosqueteros y piqueros a ocupar el templo.

Los hombres removieron los destrozos del altar, hasta dejar en descubierto el pique, en el fondo del cual solo había obscuridad y silencio.

Puse una antorcha en boca del pique y grité hacia adentro:

—Ríndanse, o morirán todos.

El mismo silencio.

Había que proceder con energía y rapidez. Hice despejar el templo; mandé traer luego una granada, y con la mecha encendida la arrojé al fondo del pique. Acto seguido me alejé a una distancia prudente.

Se oyó un estruendo espantoso en las profundidades, a tiempo que un leve resplandor surgía por la boca del pozo; a la explosión siguió un coro de imprecaciones, gritos despavoridos y ayes lastimeros.

Esperé aún unos segundos, y a poco empezaron a surgir, uno a uno, los complotados.

Se fueron alineando, vigilados por un piquete de mosqueteros. Eran, en efecto, caballeros de la ciudad: de los Oñas, los Villacentín, los Monteverde… Salió, también, por fin, el eclesiástico que yo había visto comparecer a caballo en el séquito de don Ramiro, el día en que don Gonzalo rompiera el pacto de capitulación. Todos salieron con la expresión sombría y temerosa. A algunos les temblaban las piernas o la mandíbula. Pero no faltaban quienes me miraran con una expresión de odio y de desprecio desafiante. Hubo uno, sobre todo, un mozalbete, al que apenas le apuntaba el bozo,

que me llamó especialmente la atención por la arrogancia con que entró a la fila y se cruzó de brazos. A la luz de las antorchas no pude menos que admirar su perfil altivo, su aire fiero y desdeñoso. Yo no lo conocía, y le pregunté a don Nuño su nombre.

—¡Ah, señor Gobernador! Me apena y avergüenza decirlo. ¡Es don Diego de Santillán y Garci-Fernández, y es hijo de una hermana mía!

Los prisioneros indios mantenían su característica impasibilidad. Yo examinaba cada nuevo rostro que surgía, esperando ver las facciones del mestizo Pancho, deformadas por mi pistoletazo.

Pero no apareció por parte alguna.

Froilán y algunos soldados bajaron a explorar el sótano. Al cabo de cinco minutos regresaron, sosteniendo a un caballero que se desangraba por una horrible herida que tenía en el cráneo, obra de un casco de granada. Pero del mestizo no habían encontrado rastros.

***

Estaba decidido que se procedería inexorablemente con los conspiradores, pero yo dispuse además que se les juzgara con ciertas formalidades. Se constituyó un tribunal especial, formado por oficiales para realizar esta tarea. El asiento de este tribunal se estableció en el fuerte Don Carlos. El Gobernador no tendría en los juicios más intervención que la de confirmar las sentencias que se dictaran o conceder gracia a los que estimara dignos de ella. ¡Qué le íbamos a hacer! La plaza del templo del Inca se cubrió de horcas, de las que en breve fueron colgados los miembros del Cabildo rebelde, sin excluir al llamado Sumo Sacerdote, y aquellos de los conspiradores cuya participación en el complot quedó evidenciada como principal. A los restantes se les condenó a diversas penas. La mayoría de los indios resultaron condenados a trabajos forzados en las minas y en las azufreras.

Mientras duró el juicio, la fortaleza fue continuamente asediada por damas de la ciudad, indias, ancianos implorantes, que acudían a demandar gracia para sus deudos.

Cuando todo estuvo consumado, sentí un cansancio de cien años sobre mis hombros. Me parecía vivir en una atmósfera de pesadilla.

Por las noches, en la soledad de mi aposento, me desvelaba por horas y horas la pesadumbre de mi extraña situación.

Hacía ya cuatro meses que vivía en aquel ambiente, del que me sentía saturado hasta el punto de actuar en él con cierta naturalidad durante el día. Por espacio de mucho tiempo el tropel de los acontecimientos y mis sensaciones de enamorado feliz y triunfante me tuvieron por entero absorbido, como flotando en una atmósfera de deliciosa irrealidad. Pero ahora, dado de nuevo a la rutina de un gobierno enojoso, en el instante de la meditación recuperaban imperiosamente su sitio mis sentimientos e ideas de hombre de mi siglo.

Por otra parte, existía un hecho: yo había puesto mi firma, si bien con el nombre de Alonso González de Nájera bajo el cúmplase de más de veinte sentencias de muerte. «¿Con qué derecho?», me preguntaba mi conciencia de hombre actual. Era cierto que mis actos correspondían a un estado especial, existente en un mundo que creía pertenecer a los dominios coloniales de España; pero yo sabía que, en derecho, aquel mundo era simplemente un pedazo del departamento de Antofagasta, Chile, y sobre el cual regían, por lo tanto, las leyes chilenas. ¿Qué situación iba a producirse el día en que la civilización del siglo XX penetrara en Pacha Pulai? ¿Cómo iba yo a justificar mis actos de «gobernante» de esa especie de Andorra incrustada en medio de las serranías andinas? Y si volviera yo a la civilización, ¿cómo podría explicar mi larga ausencia sin dar a conocer al mismo tiempo todos los horrores de que había sido testigo y autor?

Estas solitarias divagaciones nocturnas dejaban sin duda su huella en mi expresión y en mis palabras, a pesar de mis esfuerzos por disimularlas cuando en el día me reintegraba a la extraña sociedad a que el azar me había incorporado.

18

Ruptura y ostracismo

He aquí lo que por fin ocurrió:

Me encontraba una mañana en mi despacho, procurando engañar con un examen detenido de menudos expedientes la desazón fastidiosa que me embargaba, cuando mi secretario López de Barbadillo entró con un acontecimiento resplandeciéndole la cara:

—Excelentísimo señor, dos damas de alcurnia suplican ser recibidas por Vuestra Excelencia.

—¿Son?…

—Doña Dolores de Santillán y su hija doña Mencia.

Noté que pronunciaba el nombre de la última como saboreándose. A la pregunta que sin duda se reflejó en mi rostro, contestó el secretario:

—Doña Dolores es la madre del joven don Diego de Santillán y Garci-Fernández… ¿Vuestra Excelencia recuerda? Está en prisión por el complot último…

—Ah, ya… Está bien…

Salió el archivero a toda prisa, y yo contuve una maldición.

¡Una audiencia más! Una solicitud de gracia, sin duda, con su aliño de lágrimas, súplicas, respuestas evasivas, insistencias implorantes. Absorbido en esta perspectiva enojosa, me quedé con la cabeza entre las manos y los ojos clavados en los expedientes.

En esta actitud estaba todavía cuando una leve tosecilla a corta

distancia de mí me reveló que las visitantes estaban ya dentro del despacho. Alcé la vista, y… ¡Dios santo, qué maravillosa belleza la de la mujer en que se detuvieron mis ojos deslumbrados! Vestía de negro, cubierta la cabeza con un manto que realzaba la blancura rozagante del rostro, en el que dos grandes ojos negros brillaban, serenos y acariciadores. A su lado había una dama vestida igualmente de negro, igualmente de manto, con la faz marchita ya por la edad y los ojos enrojecidos por un llanto de sin duda muchos días. Esbocé unos cumplidos y les ofrecí asiento.

Venían, en efecto, en demanda de indulto para don Diego, fundando su petición en la minoría de edad del inculpado. ¡Un verdadero niño todavía! Una víctima de los ardides de los cabecillas, que habían sabido azuzarlo a favor de las rivalidades de familia…

—¿Rivalidades?

Con reticencia primero, de un modo más fluido y exaltado después, las dos damas me contaron una complicada historia de pleitos por tierras, cuestiones de preeminencias y desaires que desde largo tiempo venía desenvolviéndose, ante los comentarios de Nueva Toledo entera, entre las dos ramas de la familia Garci-Fernández, y a la que no habían sido ajenos los Cisneros, favoreciendo al bando encabezado por el capitán don Nuño. A todo esto había que agregar la femenil rivalidad existente entre doña Mencia e Isabel; ambas, por lo que saqué en limpio, se disputaban el cetro de la belleza en Pacha Pulai. No me costé poco trabajo contener el flujo de palabras de aquellas damas, desatadas ya en un aluvión de menudencias lugareñas.

—En resumen, señoras mías, lo que ustedes piden es…

—El perdón para mi hijo, señor Gobernador —respondió doña Dolores—. Él no es responsable. Entró a la conspiración engañado… ¡No sabía lo que hacía! Es el único varón en nuestra casa, el único amparo de estas dos pobres mujeres…

A la verdad, ningún interés podía tener para mí el que el muchacho continuara consumiéndose en su calabozo. Así, fue por mera fórmula que les dije a mis visitantes que haría lo posible por satisfacer su demanda, y que aguardasen por un día más mi respuesta, la cual, en lo que de mí dependiese, sería afirmativa.

Había que resolver el caso en el Consejo…

—Pues entonces mi hijo está perdido —replicó doña Dolores en el acto—. Nuño, mi hermano, será el primero en aconsejarle a Vuestra Excelencia que niegue su alta clemencia…

—Descuide, señora. Tenga confianza en que consideraré el asunto con el máximo de buena voluntad… Váyanse tranquilas… Hasta mañana.

De este modo puse fin a la audiencia, y acompañé a las damas hasta la puerta. Una última expresión de aliento hubo para ellas en una mirada tranquilizadora que le dirigí a doña Mencia, respondiendo a una muda consulta de sus ojos turbadores. Y en ese preciso instante advertí a Isabel que desde un balcón, al otro lado del patio, contemplaba la escena con duro semblante.

Junto con marcharse las visitantes comenzó en la fortaleza la más descomunal batalla de influencias a que en mi corta vida de gobernante asistiera.

Don Nuño, como bien lo predijera doña Dolores de Santillán, se pronunció abiertamente en contra del indulto. De la Riva opinó a favor del joven prisionero, apoyado esta vez por el padre Reluz, al que se oponía de soslayo, con tímidas sugerencias, el secretario López de Barbadillo.

Y… algo que me desazonó más que todo: Isabel era por su parte enemiga del indulto. ¿Era cierta, pues, su rivalidad con doña Mencia de Santillán? Y si era cierta, ¿debíase solo a femenil vanidad, se trataba únicamente de una antipatía entre mujeres bellas, o existía o había existido entre ambas una razón concreta…, algo así como un galán que en otro tiempo se hubiesen disputado? Por cierto que no me sacó de dudas a este respecto el diálogo que durante la cena sostuve con Isabel ese mismo día. Diálogo muy cortés en la forma, pero en él sentí por primera vez que se producía, entre medias palabras y alusiones vagas, el choque sordo, oculto, de la voluntad de Isabel y la mía. No le oculté mi decisión de perdonar al joven De Santillán, y a todas luces esto la contrarió mucho. No me lo dijo, pero ¡quién sabe de qué profundos rencores eran reflejo las miradas irónicas, las sonrisas forzadas con que acompañaba sus reflexiones! Y, lo que nunca, después de la cena fue fría, embarazosa, nuestra despedida.

Pasé desasosegado la noche, y no fue más tranquilo para mí el

siguiente día. Pero esto no modificó mi resolución en favor del joven De Santillán. Y el indulto quedó resuelto, sin más dificultad que un contenido refunfuño del capitán Garci-Fernández.

Esa noche Isabel no se presentó en el comedor a la hora de cenar. Una indisposición, mandó decir. Pero yo sabía a qué atenerme. Comí cualquier cosa, de mala gana, y estuve después de vigilia largo rato, pidiéndoles inútilmente a las baldosas de la terraza, en un tranqueo febril de aquí para allá, un calmante para mis inquietudes. Me fui a acostar llevando en el alma la certeza de una tempestad próxima.

La cual estalló al día siguiente. He aquí cómo: apenas sentados a almorzar, y después de las preguntas de rigor acerca de su indisposición de la víspera, me dijo Isabel a boca de jarro, con una sonrisa incisiva:

—Debes estar muy contento, supongo. Ya Dieguito de Santillán está otra vez libre…, para volver a conspirar contra nosotros.

Me mordí el labio, tratando de organizar una respuesta que, sin que sonara a reconvención, le hiciera ver mi pesar por su actitud. Desgraciadamente no lo logré, y todo lo que me salió fue un «¡Je!» acompañado de un conato de sonrisa. Me sentí estúpido, ridículo, y cuando ya creía haber hilvanado, aunque tarde, la frase que necesitaba, ella, sin darme lugar a pronunciarla, prosiguió frunciendo los labios y con una fijeza en los ojos que me dio miedo: —Así es que nuestro Sansón no le resistió nada al hechizo de la Dalila de Pacha Pulai, ¿eh?

A continuación de esta impertinencia soltó una carcajada, seca y breve, cuyos ¡Ja!, me hicieron el efecto de otros tantos alfilerazos. «¡Cómo! —pensé—. Era lo que faltaba… ¿Con celitos ahora?…». Maquinalmente me así con ambas manos al borde de la mesa, como con ganas de quebrarlo, mientras lanzaba en mi interior un toque de llamada a las palabras precisas y aplastantes que la situación requería. Pero no acudieron, y sin poder remediarlo:

—¡Je!, —volví a modular. Y recuerdo que me dije mentalmente: «Estás fatal hoy, ñato».

¡Que si lo estaba! Pretendí poner término a aquella tirantez tan necia y estiré la mano en busca de la de Isabel. Las palabras, de ternura ahora, acudían a mis labios en tropel, iban a brotar… Pero ella retiró su mano para refugiaría tras el mantel, y enmudecí de

nuevo, contristado y furioso a la vez.

Al cabo de un rato de pesado silencio: —¡Isabel! —dije por fin—. ¿Cómo es posible?… ¿Por qué te pones así? No: estas triquiñuelas del Gobierno no pueden interponerse entre tú y yo.

Me miró a la cara, esta vez francamente indignada.

—¡Triquiñuelas! ¡Triquiñuela es dejarme a mí en ridículo ante todo el reino! Mi padre, tenlo por seguro, habría resuelto algo muy distinto en este caso. ¡Muy distinto! ¡No habría consentido jamás en esta humillación para los Cisneros!

Yo sentí que la sangre se me subía a la cabeza y se me volvía a bajar. Al pronto no me di cuenta de ello, pero luego comprendí que acababa de producirse entre Isabel y yo algo definitivo, algo irreparable.

—Isabel —le dije lentamente, con una voz contenida, casi solemne, que yo mismo me desconocí—, en esas palabras hay una censura que yo no esperaba, que no creía merecer…, y que me hieren profundamente, por venir de quien vienen, y…

Me miró, irguiendo la faz con aire de desafío, como diciéndome: «¿Y?…».

—Lo siento, señora —dije entonces—, pero ya tengo tomada una resolución, que es por cierto irrevocable. Usted acaba de significarme que a su juicio soy indigno de haber sucedido a su padre. ¿No es eso?

No dijo nada. Yo proseguí:

—En ese caso…

—¿Qué, en ese caso?

—Señora —le dije, procurando dominar el temblor de mi voz—, la cuestión es muy clara. Desde que el azar me trajo a estos sitios he procedido en todo instante ciñéndome a lo que correspondía a mi honor de caballero y siguiendo los impulsos de mis sentimientos de devoción hacia usted. Salvo esto, ningún mérito tiene cuanto he hecho por la causa de los Cisneros, que me creí con el derecho de hacer mía. Usted me releva de esto… Yo me inclino sin discutir. Reuniré inmediatamente el Consejo, al cual le haré entrega del poder… Después usted resolverá lo que tenga por más conveniente. En todo caso, mi espada y mi vida quedan a la disposición de usted. A sus pies, señora.

Muy pálida, con las manos sobre el respaldo de su silla y

mirando fijo delante de sí, Isabel Cisneros no dijo una palabra más.

Yo me incliné con cortesanía y salí caminando sin sentir dónde ponía los pies. Froilán me salió al encuentro en el patio, y leyó en mi cara lo que había pasado.

—Oye —le dije—, vas a llamar a don Nuño, a De la Riva… A todo el Consejo. —¿Hay novedad?

—No, ninguna… Que hoy mismo dejo de ser Gobernador de Nueva Toledo. Nada más.

—¿Nada más, ah?… ¿Y para dónde vamos a cortar ahora?

—Eso ya lo veremos. Por el momento, cítame al Consejo.

Diez minutos después el Consejo estaba reunido. Yo planteé inmediatamente la situación. Sentía cierto insensato placer mientras hablaba. Era como si al hacerlo fuera liberándome de una envoltura de pesadilla. Me parecía que recuperaba mi verdadera personalidad, y los cuatro señores que me rodeaban, con los ojos redondos de asombro, dábanme las impresión de títeres, de unos mamarrachos que gesticulasen como autómatas. Pero el dolor de mi ruptura con Isabel, ¡ese sí que subsistía! Era como una hoja helada que me atravesara el pecho.

Se produjo en la reunión una confusión indescriptible. A la voz profunda del capitán De la Riva se mezclaban los chillidos del secretario, que volvía su nariz picuda a todas partes. El padre Sinesio, con la barba hundida en el pecho, hablaba solo, aleteando con las mangas de su hábito de agustino. —Pero —dijo al fin el capitán Garci-Fernández—, ¿quién va a ser ahora el Gobernador?

—Ustedes. Es muy sencillo. Se constituyen en Junta de Regencia el capitán Garci-Fernández, el capitán De la Riva y el padre Sinesio, y ejercen provisionalmente el mando hasta que se elija un nuevo Gobernador.

—¿Y Vuestra Excelencia?

—Yo quedaré enteramente a las órdenes de la Junta. Trasladaré mi residencia a un sitio apartado, que desde luego me parece podría ser la fábrica de pólvora, y permaneceré allí hasta que me sea posible regresar a donde me llaman mis deberes, en mi país.

—¡No, no puede ser! —exclamaron todos.

Se discutió largamente y se divagó de la manera más disparatada. Pero por todos los caminos hubo de llegarse a mi fórmula primitiva: la Junta y mi salida voluntaria de la ciudadela. Y

fue la que al fin prevaleció.

—¿Consultaríamos, antes de llevarse a cabo esto, a doña Isabel? —insinuó el padre Reluz.

—Si a ustedes les parece… Sería tal vez lo indicado.

Fueron a entrevistarse con Isabel los tres miembros de la Junta. Yo me quedé entretanto con el secretario borroneando proyectos de actas y proclamas relativas al cambio de gobierno. Era la primera vez que maese López de Barbadillo se encontraba ante un trance como ese, enteramente inusitado en los Anales de, Nueva Toledo, y para mí, toda la vida ajeno a los trotes políticos, la cuestión era también completamente nueva. Creo que no hicimos nada de provecho, fuera de una breve declaración en que yo hacia renuncia del poder recibido de don Gonzalo Cisneros para delegarlo en la Junta. Acababa de firmar cuando los consejeros llegaron.

Venían algo descompuestos. A lo que parece, habían encontrado a Isabel hecha un mar de lágrimas. Luego, tras un instante en que una reacción la había calmado, había aceptado sin mayor discusión las proposiciones de los visitantes.

—Entonces —dije—, no hay más que hablar. Aquí está mi renuncia, caballeros.

Los cuatro permanecieron inmóviles, como atontados. Yo proseguí:

—Esta misma tarde, con una tropa, trasladaré al Alto de la Virgen mis efectos. Llevaré conmigo a Froilán Vega. Allí me encargaré de dirigir los trabajos, y estaré por entero a las órdenes de la Junta. Buena suerte, señores, y que Dios los ilumine.

Estreché las manos de todos y partí.

Mientras preparábamos nuestro viaje, llegó hasta mi aposento un emisario del capitán Garci-Fernández, elegido ya Presidente de la Junta de Regencia, con un oficio dirigido al oficial que comandaba la guardia de la Casa de la Pólvora. Venía abierto, y así pude enterarme de que en él, junto con comunicársele el cambio de gobierno, se le ordenaba ponerse a mi disposición.

Media hora más tarde, nuestra pequeña caravana nos precedía en el camino del Alto de la Virgen, guiada por dos yanaconas de mi servicio. Yo salí al patio llevando tendida en ambas manos la espada de los Cisneros. En la guarnición había atado la bolsa con los documentos del finado Gobernador. Llamé a un soldado.

—Hágame el favor de llevársela —le dije en alta voz—, con mis respetos, a la señora doña Isabel.

Mi intuición me decía que se me estaba observando a hurtadillas desde cierto balcón, al cual no quise mirar.

Me fui luego a donde las cabalgaduras esperaban, y sin volver la cabeza una sola vez comencé a repechar la cuesta, al paso y seguido de Froilán, que silbaba entre dientes y lo miraba todo con su sonrisa de inmutable soma, como si nada hubiera sucedido.

Yo, mientras caminábamos, reconstruía en la memoria el diálogo fatal, aquellas pocas palabras y aquellos terribles silencios que acababan de separar dos vidas hasta un instante atrás —yo lo creía — indisolublemente atadas por el destino y el amor. Y conjeturaba de mil maneras distintas el rumbo que hubiera llevado la conversación si yo, en vez de decir lo que dije, hubiera dicho esto o lo otro. Pero… no había que darle vueltas. Lo dicho estaba dicho; lo hecho, hecho. Y eso era precisamente lo espantoso: que estaba hecho, y ya no había remedio.

Una vez en la altura, miré la fortaleza y la ciudad donde había vivido cuatro meses que parecían encerrar todos los recuerdos de mi vida. Y todo eso era como si hubiera muerto para mí. Trepaba ahora a las soledades, a la espera de una casualidad providencial que me devolviera a mi mundo y a mi tiempo…

Me representé a Santiago, sus edificios, su gente… La calle Huérfanos con sus filas de pisaverdes y las mujeres en exhibición, trillando banalidad… Tuve como un escalofrío. Y sentí que esas evocaciones no despertaban en mí ningún interés.

Entonces una sensación horrorosa de abandono y soledad se apoderé de mí. Ese pequeño mundo que tenía a la vista acababa de perderlo, me rechazaba… El otro, el vasto, aquel de donde yo había venido, me era también inaccesible, y, además, no suscitaba en mí deseo alguno de volverlo a ver. ¿Mi universo sería, pues, en adelante, la desnuda explanada del Alto con su casa, su capillita y su Virgen colosal? ¿Y llevaría siempre a cuestas, torturante, abrumadora, la carga de mis recuerdos? Acudió a mis oídos una copla leída en no sé qué novela antigua:

La mayor cuita que haber
puede ningún amador

es membrarse del placer
en el tiempo del dolor.

¡Nada más cierto! Y al compás de esta versaina que de manera punzante acompañaba mis penas de aquella hora, terminé de trepar la cuesta y entré a la explanada. A los pocos pasos, la ciudadela había desaparecido de mi vista.

19

El tiempo del dolor

Aquella copla fue en mis oídos una cantinela constante, a lo largo de las interminables semanas que transcurrieron entre mi salida de la ciudadela y mi repentino regreso a ella, producido en circunstancias aún más extraordinaria que las que provocaran mi partida.

Sin más afanes que los muy sencillos de la rutina diaria de la fábrica, pasé unos días que no tenían fin, seguidos de noches inacabables.

Froilán se aburría espantosamente. Al principio iba a perderse cerro abajo, para ir a comadrear por la ciudadela, aun en Pacha Pulai misma, pero luego hubo de suspender estas salidas. Notó que se le vigilaba, que se le recibía con desconfianza y hostilidad. Era el amigo de un caído…

Las últimas nuevas que alcanzó a traer eran desconsoladoras para la Regencia y la suerte misma del reino. Las disensiones renacían, y, lo que era peor, se habían producido ya escenas de violencia en el seno de la misma Junta. Pacha Pulai estaba de nuevo dividida en bandos que se hacían sorda y encarnizada guerra de intrigas. La vieja rivalidad entre los capitanes se hizo presente con aspereza creciente en los Consejos. Estas diferencias se repetían y ensanchaban entre los partidarios y amigos de don Nuño y de don Pedro. Había riñas continuamente en las calles. El padre Sinesio, sin ninguna autoridad, se debatía impotente entre güelfos y gibelinos. Y el astuto mestizo Pancho aprovechaba esta situación para reorganizar sus huestes dispersas y atemorizadas.

¿E Isabel? Isabel hacia una vida muy retirada en sus habitaciones. No recibía sino a contadas personas, y dedicaba gran parte de su tiempo a la oración. Hasta corrieron decires de que tenía resuelto meterse a monja.

Tales divisiones llegaron a tener repercusión hasta en el Alto de la Virgen. Varias veces llegaron órdenes contradictorias, firmadas una por el capitán Garci-Fernández, otras por De la Riva, sobre entregas de pólvora para la fortaleza y para el fuerte Don Carlos.

El oficial a cargo de los polvorines, un hombre excelente, llamado don Gil Pérez de Pineda, no hallaba a qué carta quedarse.

Yo preví una nueva tentativa revolucionaria del mestizo, que en aquellas circunstancias tendría muchas más probabilidades de lograr su fin. Probablemente sería suyo el Gobierno, esta vez de manera plena y absoluta. Y entonces… Isabel quedaría indefensa a su disposición.

Mil vueltas le daba a esta idea cada día, cada noche… Llegué a arrepentirme sinceramente de mi actitud. Divagaba como un insensato, ideando fórmulas de reconciliación que me permitiesen volver a la ciudadela, siquiera para conjurar a tiempo el peligro. Pero bien veía que volver a la fortaleza era para mí algo tan imposible como salir de aquellos valles.

Una tarde, al final de agosto, el rumor de una caravana se dejó oír en el camino rocoso que serpenteaba hacia la cima del cerro de la Virgen. Era una recua de llamas, al cuidado de diez o doce indios.

Se detuvieron en la explanada y dejaron en manos del oficial la carga de tres o cuatro de sus acémilas. Eran productos de Valle Caliente. Después siguieron viaje a la ciudadela.

—Ya ha llegado la primavera —me explicó el teniente Pérez de Pineda—. En cuanto comienzan a pasar estas recuas, ya sabemos: ha habido deshielo allá arriba, y el paso de Valle Caliente está libre.

Froilán me miró significativamente. Cuando estuvimos solos, me dijo:

—Ya se acerca la hora de «envelarlas». Por aquel lado hay que buscar la salida.

—Lo haremos tan pronto como podamos —le contesté, pero hube de confesarme que aquella perspectiva no suscitaba en mí el menor entusiasmo.

***

Sin embargo, partimos un día. Íbamos acompañados de varios yanaconas y bien provistos de mantas, armas y víveres. Lo hice, más que nada, movido por la lástima que me causaba Froilán, muerto de hastío en la forzada inacción de nuestro destierro.

Encontramos nieve aún en las orillas del lago, en cuyas aguas flotaban todavía innumerables bloques de hielo. El frío era horroroso en la cumbre.

Cuatro días después de nuestra partida acampábamos al pie de la gran masa rocosa, empotrada en el flanco sur de la montaña, donde se encontraba el monumento incásico en que creíamos que se podría hallar la clave del camino de salida.

Trabajo nos costó dar con él. Estaba en el interior de una roca, en forma de horno primitivo, al que penetramos dejándonos caer por un agujero que hallamos en la parte superior, cubierto por una losa que nos costó gran trabajo remover. Posamos los pies sobre un bloque de piedra, y por sus flancos redondeados nos deslizamos al suelo. Llevábamos antorchas, por fortuna, y las encendimos.

El monumento consistía en una masa de roca circular, cuya forma me hizo pensar en un queso gigantesco, con dos caras planas, de unos tres metros de diámetro. No menor de tres metros tampoco sería el espesor, o sea la distancia entre ambas caras. En una de estas hallamos esculpido el consabido disco, que podríamos llamar el Zodíaco de los Incas; el sol al centro, despidiendo innumerables rayos, marcados con ingenuos trazos de cincel en la superficie de la piedra, y rodeado de figuras monstruosas, como lagartos; caras humanas talladas burdamente, de feroz expresión; estrellas, pájaros de forma extraña… Las trece lunas faltaban. Dimos la vuelta al monumento y descubrimos en sus costados hasta trece altos relieves de forma circular, sobresalientes unos cinco centímetros, y de unos treinta centímetros de diámetro. Dos de ellos le servían de cuña al monumento en el sitio donde se asentaba sobre su pedestal, que era un solo bloque de piedra.

No cabía duda: aquellos altos relieves representaban las trece lunas del año, como en el templo de Pacha Pulai.

—El mecanismo debe ser igual al de allá —coligió Froilán—.

Alguna de estas lunas debe ser de quita y pon…

Se subió al monumento, y por largo rato estuvo tironeando aquellos altos relieves. De pronto, estando de bruces sobre la coronación del monumento, me gritó:

—Aquí parece que se mueve una.

Forcejeó unos instantes.

—Ya está —dijo.

Levanté mi antorcha. Froilán sostenía un trozo de piedra cilíndrico en ambas manos. Lo depositó en lo alto del monumento y se arrastró hacia el frontis…

—Ahora, a ver si baja el sol…

Pero aguardábamos en vano. El sol permaneció en su sitio.

—¡Beh!… ¡Ahora sí! —exclamó Froilán extrañado.

Descendió al suelo. Estuvimos escudriñando todas las figuras del Zodíaco. Nada encontramos, ni un resquicio, ni un signo, que nos llevara a alguna conclusión útil. Perdimos en esta búsqueda todo el resto de la tarde.

Salimos de la cripta bastante decepcionados. Al día siguiente volvimos a la carga, llevando martillos, chuzos y barrenos, dispuestos a horadar el monumento si fuera necesario.

Teníamos el convencimiento de que la combinación del sol y de la luna estaba descompuesta, y que si queríamos hacer salir el primero de su sitio, deberíamos desprenderlo por otros medios.

Después de algunos tanteos y exploraciones inútiles, Froilán, perdiendo la paciencia, cogió con ambas manos un martillo de veinte libras y lo descargó con furia contra el disco del sol.

La piedra devolvió el martillo de rebote con tal fuerza, que la herramienta se escapó de las manos de Froilán. Pero en el centro del sol se veía una trizadura que llegaba hasta su borde superior.

—¡Ya está frito! —gritó con entusiasmo. Y cogiendo de nuevo el martillo, acometió al monumento con saña endemoniada. Un minuto después, el sol de piedra comenzó a caer en pedazos.

Al desaparecer la figura del astro rey, quedó a la vista un agujero profundo, semejante al que descubriéramos al levantar una de las lunas.

—¡Chis! —exclamó Froilán decepcionado—. Habrá que volverse vizcacha para poder entrar por esta cuevita.

Introduje un brazo por aquel agujero. Era cilíndrico, liso, y no

era horizontal, sino que subía en empinada gradiente hacia el interior.

Procuramos alumbrar su interior con las antorchas; pero la luz no llegó al fondo.

—¡Vamos a ver qué hondura tendrá! —dijo Froilán, y empuñó una larga barreta.

Introdujimos el chuzo en el hoyo, y a cosa de un metro y medio tocó fondo, produciendo un ruido mate.

Dimos unos cuantos golpes en el interior, pero nada interesante se produjo. Mohíno, Froilán retiró el chuzo con un movimiento rabioso… y tuvimos la sorpresa de verlo salir al exterior de la cripta casi entero. El extremo del chuzo, al retroceder con violencia, había empujado una piedra incrustada en la pared de la cripta, haciéndola saltar como un tapón. Era un agujero del mismo diámetro que el que había en el centro del círculo que había ocupado el sol. Miramos por él hacia afuera. A través de la pared de la cripta apuntaba como un telescopio hacia los acantilados de Valle Caliente, situados allá bajo, a una distancia de varios kilómetros.

Este descubrimiento nos dejó largo rato perplejos y con la cabeza llena de confusas conjeturas.

De pronto tuve una inspiración.

—A ver, Froilán. Exploremos el agujero de la luna, allá arriba. Y veamos también si corresponde a un tapón parecido a este.

Con la agilidad de un mono trepé mi compañero al monumento, y perdió un chuzo largo en el hueco dejado por la luna. Se hundió también cosa de metro y medio.

—Ya di fondo —dijo.

—Ahora voy a ver si los agujeros están comunicados por dentro.

E introduje otra barreta en el agujero del sol.

Comprobamos, por el contacto de los extremos de los chuzos, que la comunicación existía.

Levanté en seguida la antorcha, hacia lo alto de la bóveda.

—Busca ahora si allá arriba también hay algún agujero por destapar.

Froilán lo hizo, hurgando la bóveda como si la alanceara con furia.

—¡Ya está! —gritó de pronto—. Aquí afloja algo.

Cedía, en efecto. Mi compañero continuó empujando el chuzo en

la misma dirección, hasta que el tapón de piedra que iba deslizándose hacia afuera salió de su cañón y cayó rodando por el exterior. Lo sentimos rebotar afuera.

—¡Venga a ver, señor! —me gritó Froilán—. Este hoyo da al justo encima del otro. ¿Qué diablos es lo que habrá allá adentro?

¿Cómo saberlo, en realidad? La luz que entraba por los orificios de la cripta no era suficiente. Pensé en un reflector, y me acordé de los platos de oro, bruñidos como espejos, que llevábamos en nuestro equipo de campaña.

—¡A ver, Froilancito! Anda a las carpas y tráete un plato. El más brillante de todos.

—¿Para qué, señor?

—Para hacer con él un reflector.

—Ya comprendo.

Cinco minutos después, Froilán tenía frente a la boca del orificio superior del monumento uno de nuestros relucientes platos.

Yo estaba frente al otro, al del sol, con los ojos fijos en la obscuridad del interior.

—Ahora, acerca la antorcha —le dije.

Él lo hizo, y yo lancé una maldición. Un resplandor vivísimo me había herido la vista, como si el propio sol estuviera escondido en el fondo del monumento y hubiera decidido cegarme.

—¿Qué le pasa, oiga? —inquirió Froilán.

Con el movimiento que hizo al hablarme había retirado el plato de la boca del orificio, y así se había hecho de nuevo la obscuridad en el fondo. Pero yo continuaba viendo centellas, hasta con los ojos cerrados.

—Nada, que casi me dejas ciego —le dije—. Allá adentro debe de haber un reflector de cien mil bujías por lo menos. A ver, atraca otra vez el plato.

Yo ahora no miré directamente al interior, sino desde un costado. De repente vi que brotaba del fondo del agujero un chorro de luz vivísima, que salía al exterior por el orificio abierto en la pared de la cripta.

—¡Ahora sí! —dije, comprendiendo por fin—. Desde aquí se indica dónde está la salida. Sería capaz de apostarlo.

Salí de la cripta. Desde allí le ordené a Froilán que repitiera la prueba. Vi entonces que el chorro de luz proyectado desde el fondo

del monumento del Sol salía recto en busca de los acantilados del Valle Caliente, en cuyo flanco pardusco espejeaba, inmóvil, diminuta, una mancha luminosa.

—A ver, Froilán, retira el plato.

Aquella mancha desapareció.

—Ponía otra vez.

El resplandor volvió a aparecer. Ya no había duda. Si en alguna parte comenzaba el camino de salida, con tanto empeño buscado por los gobernadores de Nueva Toledo desde 1687, no podía ser sino en aquel preciso sitio, al pie de los acantilados de Valle Caliente.

—¡Victoria, Froilán! —grité—. Ahora no necesitamos sino ir a comprobarlo. Froilán salió con una cara de pascuas.

—¿Qué diablos es lo que se ve, no me dirá, señor? Porque hasta ahora estoy en ayunas.

—Velo por ti mismo. Quédate aquí, mirando hacia allá abajo, en esta dirección, en el barranco aquel, entre esos dos picachos.

—Ya.

—Ahora yo voy a hacer lo mismo que tú hacías y verás…

Repetí la experiencia, para regocijo de mi compañero.

—¿Viste bien?

—Claro, señor. ¡Cómo no iba a ver!

—¿Y qué crees tú? ¿No será por ahí el camino de salida?

—¿Qué otra cosa puede ser?

***

Aquella noche divagamos hasta el cansancio alrededor de nuestro descubrimiento. Lo que yo no entendía era la significación que podía tener el primer verso de la fórmula del pergamino: «Nona de nono nona». El que decía: «De trece en trece nada más una», estaba ya explicado. Esto me parecía evidente. El de «Cae el sol, sale la luna», si es que en realidad era así, también lo estaba. Pero ¿el primero? ¿Seria indispensable descifrarlo para poder utilizar efectivamente la fórmula?

Al día siguiente, desde la mañana, estuvimos en el interior de la

cripta escudriñando y echando cábalas. El agujero de la parte superior de la bóveda era el que me intrigaba más. Apuntaba oblicuamente hacia el cielo, con pronunciada inclinación al este.

«¿Si será que espera el sol?»…, me pregunté de repente.

Pude comprobar que así era, en realidad. Llegó un momento en que el sol, en su ascensión, dominó en toda su longitud aquel agujero de la cripta, y sus rayos proyectaron hacia el interior un haz luminoso que fue a herir el flanco del monumento. Ya no perdí de vista aquel resplandor, que descendía lentamente por la combada piedra, muy cerca de la fila de las lunas. Hubo un instante en que pasó bordeando el agujero de la luna que habíamos sacado. Miré mi reloj. Eran las nueve de la mañana.

«No deja de ser coincidencia —me dije—. Las nueve…, la hora nona… Bien. ¿Pero el resto, "…de nono nona"…?».

Repentinamente se hizo en mi cerebro la luz.

—¡Oye, Froilán! Ya está todo aclarado. Ven.

Acudió mi amigo, con los ojos brillantes de curiosidad.

—Esas lunas son trece, ¿no es verdad? Bueno. Contémoslas, comenzando por la de más arriba, de derecha a izquierda, o sea, siguiendo el curso del sol por el firmamento.

Contadas en ese orden, resultó que la luna que habíamos sacado era la novena. —¿Vas entendiendo?

—Algo las voy parando.

—Bueno. Ahora lo vas a entender todo. El sol pasó hoy cerquita del agujero de la novena luna. Estamos actualmente en agosto, que corresponde, en parte, a la novena luna, o noveno mes del año de trece meses de los incas. A las nueve de la mañana del día 9 de este noveno mes, ten por seguro que el rayo del sol pasará justamente, no por el borde, sino por dentro mismo del agujero de la novena luna. Esto ocurre fatalmente solo una vez en el año… a la hora nona, del mes nono, de la nona luna. ¿Comprendes ahora?

—¡Ya las paré!

—Ya vez que la cosa era sencilla. ¡Cómo sabían de astronomía esos incas! A las nueve de ese día, que calculo será mañana, a más tardar pasado, el sol herirá por unos minutos, tal vez no más de tres o cuatro, el reflector que hay dentro del monumento, y que debe ser formado por láminas de oro muy bien bruñido, y el resplandor que salga por el agujero del sol, debido a esa combinación de espejos…

—Como la que se usa en los fosos del tiro, en el regimiento…

—Tú lo has dicho. El resplandor se clavará en el barranco aquel donde seguramente algún objeto metálico, expresamente incrustado allí, lo devuelve. ¡Y es allá donde tendremos que estar nosotros! ¡El mismo sol es el que nos hará la señal!

Froilán me consideraba con admiración. Pero no habría sido Froilán Vega si la hubiera expresado sin una elipsis burlona, sin el inevitable granito de soma:

—¡Chitas, digo! —reflexionó como para si mismo—. ¡Ya decía yo que… era misiá Isabel la que salía perdiendo!…

***

Para hacer nuestra comprobación con el debido secreto, despachamos a los yanaconas al caserío de Valle Caliente con la orden de reunírsenos dos días después en aquel mismo sitio.

Nosotros partimos solos en busca del acantilado en el fondo del valle, al que llegamos ya entrada la noche. El valle aquel hacía honor a su nombre. No necesitamos envolvernos en los ponchos al tendernos a dormir.

Al siguiente día desde muy temprano estuvimos en pie.

Tal vez centenares de veces consulté el reloj. Como yo, Froilán no tenía un punto de sosiego… Por fin vimos que las manecillas se aproximaban a las 9. Tal vez nunca un cuarto de hora fue tan angustioso ni tan largo como aquel que transcurrió mientras el minutero de mi relojito de pulsera recorría el último cuarto de aquella hora decisiva.

Nos quedamos con los ojos fijos en la lejana mancha rocosa incrustada en la falda de la montaña donde se hallaba oculto el monumento.

De improviso apareció en aquella zona obscura un puntito luminoso.

—¡Ya está! —gritó Froilán. Y arrojando su sombrero al aire, sin poder contenerse, lanzo un ¡viva Chile…!, con apellido y todo.

Sobre nuestras cabezas, en el flanco del acantilado obscuro, había aparecido un deslumbrante resplandor.

—Fíjate bien donde está —le dije a Froilán—, porque va a durar muy poco rato.

Rápido, Froilán se colocó al pie mismo del acantilado y clavó una cuña en el suelo, precisamente debajo del resplandor.

—Ahora, que se vaya si quiere —dijo.

Como si aquellas palabras hubieran sido un mandato, la mancha luminosa desapareció.

—Parece que ahora tendremos que escarbar algo —dije—. Si hay una pasada, tiene que estar bajo tierra. La boca no debe de quedar muy lejos.

Todo el resto de la mañana estuvimos haciendo excavaciones. De improviso Froilán dio un grito:

—¡Aquí!

Su barreta había chocado con algo metálico. Arreciamos el trabajo de picos y palas, y al cabo de media hora habíamos dejado al descubierto una plancha de cobre, de forma rectangular, circundada por un marco de piedra y dispuesta en plano inclinado, como las puertas de algunas tumbas. Una gruesa argolla empotrada cerca de uno de los bordes nos invitaba a levantar aquella puerta, que acaso era la de la libertad. Lo hicimos, con ayuda de las barretas, y a los pocos instantes nos hallábamos en la boca de un subterráneo, que en suave gradiente descendía para perderse debajo del acantilado. Estábamos mudos de emoción.

Al cabo, dijo Froilán.

—¿Qué hubo, nos largamos?

Tenía en los ojos el brillo de las grandes decisiones.

Yo dudé. ¿Irme, dejando a Isabel perdida, para siempre en aquel valle? ¿Volver después por ella, con elementos y tropas para ocupar Pacha Pulai en nombre del Gobierno de Chile e incorporar la ciudad a nuestra soberanía?

—Pensemos un poco, Froilán. No nos dejemos llevar del entusiasmo. Tenemos que afrontar un viaje largo, y no estamos preparados.

—¿Y esto será jerga? —me preguntó, yendo a hurgar entre la carga de una acémila, de la que extrajo su famoso maletín con las iniciales «FCAB».

—No, Froilán —le dije con cierta severidad—. Ese dinero no es

tuyo ni mío. Con el solo oro de los platos tendríamos para comprar muchas cosas y llegar a Chile cómodamente. Pero ¿no crees que yo debo…?

Mi compañero parecía contrariado.

—Bueno, hagamos una cosa —le propuse, como transacción—. Te vas tú, si quieres, y yo me quedo hasta ver qué puedo hacer… por esa niña… ¿Qué te parece?

Me miró con expresión de profundo reproche.

—¿Cómo se le ocurre, señor, que lo voy a dejar solo aquí? Ande, cerremos esta puerta y tapemos el hoyo hasta que podamos volver, con o sin lo que a usted tanto le interesa. Eso no dependerá más que de usted mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Nada… Que si yo fuera usted, iría a Pacha Pulai y me la traerla de una oreja. Yo me entiendo siempre así con las mujeres. Y es porque no hay otra manera, créame.

—Bueno, Froilán. Te agradezco mucho tu voluntad de acompañarme. Pero, por mí, déjalo. Ya me las arreglaré solo…

—Guarde, señor… Mire que me le voy a salir enojando de veras. A ver… Échele una manito aquí. ¡Hep!… Con un esfuerzo, ambos cerramos la pesada puerta de cobre.

Al cabo de un rato, la habíamos cubierto nuevamente de tierra, y con algunas ramas concluimos de borrar, mal que bien, las huellas de nuestras excavaciones.

Lo hicimos muy a tiempo, pues acabábamos de montar cuando divisamos dos jinetes que se nos acercaban a todo lo que daban los caballos, muy distanciados uno del otro y con sus capas flotando al viento.

Parte por curiosidad, parte por el interés de que no examinaran el sitio donde habíamos estado haciendo de zapadores, les salimos al encuentro.

20

«Ha estallado la guerra civil»

Los jinetes que se aproximaban eran, al parecer, dos caballeros. Mas era preciso reconocer que uno de ellos, el que venía a la zaga, montaba bastante mal. Traía los estribos perdidos, y sus piernas se balanceaban como paletas de semáforo a ambos flancos del caballo. El otro, en cambio, parecía un espléndido jinete. Al cabo reconocí en él, con verdadero alborozo, a mi buen paje, el joven don García Álvarez de Toledo. Un recuerdo grato y esperanzador afloró en mi memoria al divisarle: aquel joven había sido en una ocasión el portador de un mensaje de Isabel para mí. ¿No lo sería ahora de otro?…

Al encontrarnos, don García Álvarez de Toledo alzó el sombrero para saludarme con respeto. Pero a la primera ojeada descubrí yo en sus expresivas facciones un mundo de novedades alarmantes.

—¡Señor don Alonso!, —fue lo primero que dijo—. ¡Vengo desalado en busca de vuesa merced! Su presencia sería preciosa en estos momentos en la ciudadela… Acaso la única esperanza de salvación para la ciudad… y todos sus habitantes.

Me pareció que recalcaba con intención esto de «todos sus habitantes». —¿Qué es lo que ocurre, pues?

—Ha estallado la guerra civil. La Junta de Regencia se ha dividido. Don Pedro de la Riva, con la guarnición del fuerte Don Carlos y un grupo de sus partidarios, está en armas contra el capitán Garci-Fernández. La rebelión cunde, y creo que la situación se agravará cuando las huestes del mestizo Pancho entren en acción.

—¿Tiene artillería De la Riva?

—Cuatro cañones en el fuerte. Dos en la ciudad.

—Así es que en la ciudadela hay seis…

—Justamente, señor don Alonso. Pero dos están inutilizados.

—¿Y yo…, cree usted…?

—Si usted llegara allí, a tiempo, seguramente dominaría la situación. Todos en la ciudadela esperan con ansia su regreso. Es su única esperanza. Medité unos instantes.

—Bien. Estoy con ustedes. Vamos allá.

En aquel instante se nos reunía el jinete rezagado. ¡Era el incomparable archivero, maese López de Barbadillo! Era una cosa lamentable el excelente historiador metido en aquellos trotes.

—Vuelve con nosotros —le comunicó el joven don García.

¡Loado sea Dios! —exclamó el archivero, clavando la nariz en el cielo, como un telescopio—. ¡Ninguna otra cosa podía esperarse de tan noble caballero! Estoy seguro de que las mejores páginas de los Anales de Nueva Toledo se cubrirán con sus hazañas… ¡Ay!

—¿Qué le pasa, maese López de Barbadillo?

—¡Ah, vuesa merced no sabe, mi señor don Alonso! ¡Quince años sin montar a caballo! ¡Y llevo cuatro días machucándome así!

Partimos. Gracias a la previsión del joven Álvarez de Toledo, al pie de la cuesta del cerro de la Virgen nos aguardaban nuestros yanaconas con la tropa y con cabalgaduras de refresco, pedidas a la gente del valle.

Dejamos a retaguardia las acémilas a cargo de los indios, y pues se trataba de aligerarnos de impedimenta, dejamos también al desdichado López de Barbadillo, y emprendimos el regreso, don García, Froilán y yo, a marchas forzadas cuesta arriba.

—¿Para qué se trajo a maese Barbadillo? —le pregunté durante la marcha al joven Álvarez.

—¡Si no le traje yo! Se vino solo, un día antes… Parece que los dos teníamos la misma idea, y él se me adelantó sin comunicármela. Le di alcance al bajar esta misma cuesta.

—Y a usted…, ¿cómo se le ocurrió venir en mi busca?

—Lo pensaba hacía tiempo, pero no me atrevía… Quien me autorizó para hacerlo fue don Nuño.

—¡Ah!

En ese ¡ah!, había un mundo de decepción. Me confesé a mí mismo que me habría gustado infinitamente que la insinuación de

salir en mi busca partiera de Isabel Cisneros.

Me moría de deseos de preguntar por ella, y no me atrevía a hacerlo. Fue Froilán, perspicaz siempre, quien acudió en mi auxilio, preguntando con la mayor inocencia: a todo esto, don García, ¿qué hace misiá Isabelita?

—¡Ah, la pobre!… Lo que ha sufrido todo este tiempo. Yo la he visto muy poco; en realidad, casi nadie la ha visto. Siempre encerrada, siempre rezando… Pero las pocas veces que se ha dejado ver, ¡qué desmejorada la hemos encontrado todos!… Y ahora, con las zozobras de la guerra civil…, ¡si ustedes la vieran!

Una sensación agridulce, de pena mezclada con júbilo, me invadía a cada nueva expresión del joven caballero. «Acaso —pensé— ella está tan arrepentida de su tiesura como yo de la mía». Y no acerté con una sola palabra para un comentario en voz alta.

Cuando al siguiente mediodía pasamos por las inmediaciones del monumento de los incas, cambié con Froilán una mirada. Habíamos incidido en el mismo pensamiento. Se quedó rezagado, y yo sabía para qué. Iba a reponer en su sitio las piedras que habíamos retirado y a borrar toda huella de nuestras investigaciones.

***

Tres días después, a eso de las cuatro de la tarde, echábamos pie a tierra junto a las caballerizas de la ciudadela. ¡Bien distinto aspecto le encontré a todo, apenas eché una ojeada a las dependencias de la fortaleza! Los talleres estaban casi vacíos. Se notaba, por el desaseo de pasadizos y patios, la ausencia de servidumbre o de autoridad para impulsarla a sus quehaceres.

El padre Reluz, en la puerta de la Gobernación, me recibió con los brazos abiertos, lagrimeando silenciosamente.

—¡Padre Reluz! —le dije, contemplando consternado los estragos que habían hecho en él algunas semanas de gobierno.

Con un tremendo sube y baja de su nuez, el padre Sinesio se tragó los sollozos y pudo balbucear:

—¡Ah, señor don Alonso! Qué lamentable error nuestro… haberle dejado marchar. Esto va de cabeza…, ¡y mucho me temo

que ya sea demasiado tarde!

—¿Y don Nuño?

—Está herido…, gravemente herido… ¡No creo que salve! Una pierna gangrenada…

—¿Y quién está al mando de las tropas?

—Un nuevo capitán… Era el teniente Godinez de Saravia antes de marcharse vuesa merced. Hombre valiente, pero algo aturdido…

—Creo que lo primero que debo hacer es ir a ponerme a sus órdenes…

—¿No sería más acertado que él las tomara de vuesa merced?

—¡Padre Reluz! ¿No ve usted que al desposeerlo del mando tal vez crearíamos una nueva dificultad?

—En todo caso…; que resuelva don Nuño. ¿No le parece a vuesa merced? Fuimos a la habitación del bravo capitán. Su aspecto era desolador. Tenía la cara amarilla, las mejillas hundidas y los ojos brillantes de fiebre. Al aproximarme a su cama me dio en la nariz su tufo nauseabundo.

El rostro exangüe del capitán se animó al verme llegar:

—El señor don Alonso —dijo con voz débil—. ¡Bendito sea Dios!… Apenas tuvo fuerzas para alzar una mano.

—El señor don Alonso viene a poner todo su valor y su inapreciable ciencia a nuestro favor… —le anunció el padre Sinesio —. Y ¿no cree el señor Presidente que su acción sería mucho más eficaz si…?

No alcanzó a terminar la frase. Se escuchó un vivo cañoneo. Luego se oyó a corta distancia de allí el estallido de una granada.

—Es el fuerte Don Carlos que nos bombardea —dijo el padre Sinesio—. Han causado ya grandes destrozos y no pocas víctimas. ¡Aquí tiene vuesa merced una de ellas!

—Casi me han volado una pierna… —explicó el capitán Garci-Fernández. Arreciaba el cañoneo. La artillería de la ciudadela comenzó a su vez el fuego. —No se detenga vuesa merced —me insinuó el capitán—. No se detenga por mí. Confío en que Nueva Toledo le deberá a vuesa merced nuevamente su salvación.

Me despedí del capitán Nuño y corrí a las almenas, donde ya estaba Froilán con su cara de los grandes días, aspirando con delicia el olor de la pólvora. Aprecié la situación. No era aquello un simple bombardeo. Era un ataque en forma. Los seis cañones de De la Riva

estaban emplazados al pie de las primeras casas de la ciudad, abocados contra la ciudadela. A ambos flancos de la batería se acumulaban fuerzas entre las que advertí buen número de mosqueteros, y se formaban las columnas de ataque. Se proponían sin duda concentrar los fuegos en un sitio dado de la muralla, y abrir en ella una brecha. Busqué al capitán Godínez. Le hallé en el camino de la muralla, seguido de algunos oficiales.

Al divisarme, me esperó, quizás algo extrañado de mi presencia.

—Acabo de enterarme, señor capitán, de lo que ocurre. Y vengo con mi amigo Froilán Vega a ponerme a sus órdenes. ¿Tiene vuesa merced algún puesto que asignarnos en la defensa de la ciudadela?

Vi al capitán Godínez algo vacilante.

—Es el caso, señor don Alonso, que no confío mucho en mi gente. Las bajas y sobre todo las deserciones la han reducido hasta el punto que…, francamente…, no sé si será ya posible mantener la resistencia.

—¿Cuántos hombres hay disponibles?

—No llegan a un centenar, con unos pocos mosquetes y arcabuces. Ahora mismo discutía con los señores oficiales sobre la conveniencia de hacer una salida…

En ese momento, los proyectiles de una andanada completa se estrellaron contra la muralla exterior, de la que se desprendieron varias piedras con estrépito, a tiempo que una nube de polvo se elevaba en aquel sitio.

—¿Salida? —objeté—. Antes de media hora habrán abierto una brecha sus cañones en la muralla. Para evitarlo es preciso reducir su artillería al silencio. ¿Cuántos cañones hay disponibles?

—Nada más que dos. Los otros han quedado desmontados.

—¿Y no ha sido posible hacerles cureñas nuevas?

—La gente del taller de carpintería ha desertado.

—Si el señor capitán me autoriza, iré a dirigir el fuego de los dos cañones que nos restan.

—Es una merced más que deberemos al señor don Alonso.

Acudí a la batería, donde los sirvientes cargaban sus piezas con desgano. Procuré reanimarlos. Dirigí la carga de los dos cañones y los apunté a la primera pieza de la batería enemiga.

—Listos, Froilán —le grité a mi compañero—. Hay que desmontar esa pieza. A la voz de fuego disparamos al mismo

tiempo.

En ese mismo instante hacía fuego el enemigo. Un trozo del almenado borde de la muralla se derrumbó con estruendo.

—Ahora. ¡Fuego!

Retumbaron nuestros cañones. Cuando se disipé el humo de la batería enemiga, vimos la primera pieza tumbada sobre el eje de la cureña. Una rueda estaba hecha astillas.

—¡Bravo! —gritó Froilán—. ¡Va uno!

Pero en aquel instante el enemigo ponía otros dos cañones en línea.

Mientras se volvía a cargar, pregunté a uno de los soldados qué había sido de los otros dos cañones de la ciudadela.

—Se los tomó el enemigo, en una salida que se hizo anteayer.

—¡Se los tomó!

—Mejor dicho, se los entregaron. Los artilleros se pasaron al otro lado con piezas y todo.

El mismo sitio ya semiderruido de la muralla fue alcanzado por los disparos de los dos cañones de que hablábamos.

«Es cuestión de minutos esa brecha», me dije, mientras apuntaba de nuevo. Nuestros dos disparos hicieron también su efecto. Pero en aquel instante iniciaban ya su avance las tropas de De la Riva, en medio de un griterío ensordecedor.

He aquí que en tal coyuntura sucedió lo más grave de cuanto podía ocurrir. Repentinamente, como si la tierra las vomitase, aparecieron a retaguardia y a los flancos de los que avanzaban apretadas masas de gente indígena, que en un santiamén coparon los cañones y se precipitaron sobre la infantería de De la Riva en una aplastante acometida cuerpo a cuerpo.

Se oyeron en el entrevero algunos disparos de mosquetería, mas lo sorpresivo del ataque y el número abrumador de los asaltantes les impidieron a los soldados organizarse. El combate, bien pronto, se convirtió en una verdadera matanza.

Me di cuenta clara de la situación. No había en nuestro lado ni los elementos ni la voluntad de lucha que pudieran darnos la esperanza, de una resistencia victoriosa. En una hora más, tal vez antes, las turbas del mestizo estarían sobre la ciudadela, incontenibles, ebrias de sangre y de codicia. Era el momento de abandonar una lucha inútil. Y tomé rápidamente mi decisión.

Le hice una señal a Froilán y partí en dirección a las habitaciones de Isabel.

—Anda y prepara tres caballos. Rápido. Uno con silla de mujer.

Encontré cerrada la puerta en donde, pocos meses antes, me aguardara ella en el día en que fui a pedirle ayuda para fabricar un volantín.

Pero no vacilé. Alcé la mano y di en esa puerta unos golpes enérgicos.

—¿Quién va? —preguntó la voz de Isabel.

—Don Alonso González de Nájera.

Hubo un corto silencio.

—¿Y qué desea don Alonso González de Nájera? —repuso por fin.

—Hablar con usted, señora. Es de toda urgencia.

—Le ruego que me excuse por ahora.

—¿Ah, sí?… ¡Pues, no la excuso!

Tomé impulso, y le di a la puerta un empellón que por poco me descalabra un hombro; pero la puerta cedió, y yo me encontré en medio del aposento.

Isabel, de pie, me miró de alto a bajo.

—¡Caballero! ¿Cómo se atreve?…

—No es atrevimiento. Es mi deber… Y es también mi derecho.

—¿Derecho?

—Sí, señora. Hace tiempo me declaró usted que era mía…, mía para siempre. Si usted lo ha olvidado, yo no. Y vengo a llevármela.

Eran tales su sorpresa y su indignación, que no acertó con las palabras que acaso me quería decir. Yo aproveché aquella coyuntura para continuar:

—A llevármela, sí. De grado o por fuerza.

—¿Se atrevería vuesa merced a ejercer violencia sobre mí? ¿Sobre mi?…

—Lo haría por deber…, por haberlo así prometido a su padre en el momento de morir…, hacerlo no sería mi gusto.

Ella me volvió la cara.

—¿No quiere usted seguirme? —le dije con acento conminatorio, mientras avanzaba hacia ella.

Retrocedió dos pasos.

—¿Oye usted? —le dije, aludiendo a un espantoso griterío que

se escuchaba en aquel momento, a corta distancia de la fortaleza, quizás ya dentro de ella. Se oían también algunos disparos sueltos de mosquetes.

Isabel alzó los ojos hacia los míos, con aire desafiante, magnífica de desprecio, y me dijo:

—Esa es la forma en que el legatario de mi padre cumplió su cometido… ¡Abandonándolo todo por cansancio, por…!

—¡Isabel! —exclamé, sintiendo que me encocoraba otra vez y echándole una mirada terrible.

La algazara de los asaltantes se aproximaba, y yo sentí como un aleteo el ridículo de aquella discusión en tan crítico momento.

—Bueno —continué—. Por última vez: quien viene ahí en su busca es el mestizo Pancho. ¿Prefiere irse conmigo… o quedar a merced de él?

—Váyase vuesa merced, si quiere, y póngase en salvo. Tenga la seguridad de que cuando el mestizo llegue aquí, no me encontrará viva.

Tenía a su izquierda, sobre una mesita un lindo puñal toledano, y hacia él se dirigió con ademán tan trágico…, que me movió a risa.

—Esto en mi tierra se llama *taima* —le dije—, y no tiene más que un remedio… A ver, ¡vamos!

—¡No!

Al ver que yo iba a tomarla, quiso precipitarse sobre el puñal. No vacilé un instante y con toda mi alma le propiné a mi amada un bofetón seco y preciso en la mandíbula.

Cayó en mis brazos, en un estado de knock-out perfecto… El procedimiento sin duda no era de lo más caballeresco, pero era a lo menos lo que en ese instante yo necesitaba… y acaso ella también. Sosteniendo a Isabel con un brazo, descolgué de la pared la espada de los gobernadores de Nueva Toledo, desprendí de la empuñadura la bolsa que Don Gonzalo me diera al fin de su agonía y me la metí en una faltriquera; y con la tizona en la diestra salí al patio, llevando el cuerpo inerte de la niña doblado como un poncho sobre el hombro.

La chusma estaba ya dentro de la fortaleza. En todos los patios y terrazas se combatía en orden disperso y cuerpo a cuerpo.

Emprendí la carrera hacia las caballerizas. Allí me aguardaba Froilán llenó de impaciencia.

Segundos después partíamos al galope hacia el cerro de la Virgen. Yo llevaba a Isabel, aún desvanecida, medio atravesada delante de mí. Froilán conducía de tiro el caballo destinado a ella.

Toda la ciudadela estaba ahora en manos de los revoltosos. En un ángulo del patio de honor me pareció divisar a mi gentil amigo don García Álvarez de Toledo debatiéndose a estocadas entre un grupo de asaltantes. Un recodo del camino lo ocultó a mi vista, evitándome el doloroso espectáculo de su inmolación en manos de aquellos energúmenos.

Froilán me preguntó:

—¿Le ha pasado algo a la señorita? ¿Está herida?

—No. Aturdida no más…

—¿Cómo es eso?

—Nada… Que he puesto en práctica el procedimiento Vega para tratar a las mujeres…

—¡Así me gusta, señor!, —aprobó Froilán con una convicción profunda. Y algo más iba a agregar, pero algo lo hizo guardar silencio, adoptando la clásica expresión que él llamaba «hacerse el de las monjas».

Isabel acababa de volver en sí.

La miré con la mayor naturalidad posible.

—¿Prefiere usted seguir como está, o irse en ese caballo?

No me contestó. Yo a mi vez guardé silencio, y afecté no preocuparme de ella en lo más mínimo, resuelto a no responder a ninguna de sus preguntas. —¿Adónde me lleva usted? Silencio.

—¡Caballero! ¿Qué significa toda esta violencia?

Por toda respuesta detuve un instante el caballo, y, enderezándola un poco, le mostré con un ademán el trágico panorama de la ciudadela.

Casi todas las casas ardían, en medio del griterío de la chusma entregada al saqueo.

—¡Oh Dios mío!… —murmuró.

La sentí estremecerse. Su brazo izquierdo tendido alrededor de mi cuello, lo estrechó convulsivamente. Yo conocía ya aquel ademán instintivo, que pedía protección… A mi vez experimenté un delicioso escalofrío, pero permanecí impasiblemente serio.

Sin haber hablado una palabra más, llegamos a la explanada del Alto, donde la guarnición de la fábrica de pólvora aguardaba presa

de la mayor ansiedad. Al llegar al pie de la casa, Froilán se apeó con presteza y ayudó a Isabel a bajar de mi caballo.

—¡Todo está perdido! —le dije al teniente Gil Pérez de Pineda —. El mestizo Pancho es dueño de la ciudadela. Pronto subirá al asalto de la explanada, en busca nuestra. En busca de…

Eché hacia Isabel una ojeada significativa.

El teniente, muy pálido, parecía pedirme instrucciones con la mirada.

—¡Qué se va a hacer! Mi opinión es que debemos resistir hasta el último. Y ese es también nuestro deber.

—Disponga vuesa merced de nosotros.

Cavilé unos instantes, elaborando un plan que me permitiera detener a los atacantes por el tiempo necesario para colocar a Isabel lejos de su alcance. Cuando ya lo hube decidido, empecé a dar órdenes.

Se construyó rápidamente en el borde exterior de la explanada, protegiendo la casa, un parapeto de sacos de carbón, y en él fueron apostados los doce hombres de la guarnición con sus mosquetes.

—Doña Isabel —dispuse— partirá acompañada de Froilán Vega hacia la cumbre. Él la conducirá a un lugar seguro que ya tenemos elegido. Al mismo tiempo…

Pero un tropel que venía del camino del Cerro de la Virgen me cortó la palabra. Era maese Juan López de Barbadillo, que al fin bajaba, a punto para presenciar la escena final de los Anales de Nueva Toledo… Lo seguían nuestros arrieros con la tropa.

Los detuve a gritos:

—¡Devuélvanse! ¡A prisa!

Maese Barbadillo me miraba espantado, sin comprender.

—¡Vuelvan a la cumbre! —insistí.

El infeliz archivero, que dominaba desde aquel sitio el espectáculo de la ciudadela, rompió repentinamente en chillidos desesperados:

—¡Santos cielos! —exclamó alzando los brazos—. ¡Mi biblioteca ardiendo! ¡Mis Anales, mis poemas!…

Dejé de preocuparme de él para pensar solo en Isabel.

—Señora —le dije con grave acento—, los instantes son preciosos. Sírvase montar en ese caballo. Froilán Vega la guiará hasta un sitio donde no correrá usted el menor peligro.

La contemplé durante la pausa que hizo antes de contestarme. La sentí domada.

—Bien —me dijo, con voz entrecortada—. Pero…, ¿vuesa merced?…

—Mi deber de este momento es resistir…, cubrirle a usted la retirada.

La miré fijamente, con firmeza, para significarle que esa era mi voluntad y que estaba dispuesto a hacerme obedecer.

Inclinó la cabeza y se dirigió hacia su caballo. Yo la ayudé a montar. Froilán estaba ya en el suyo. Di una palmada en el anca del caballo de Isabel. Partieron hacia el Alto al trote largo. Maese Barbadillo y la tropa los precedían en la marcha hacia la altura.

Era tiempo. Los asaltantes subían ya en nuestra busca. Lo vi en la actitud de los soldados, que se aprestaban a dispararles.

Pero era una empresa desesperada, loca, resistir a aquel alud.

Sonaron algunos disparos, y a los pocos instantes el parapeto de sacos de carbón era barrido como por una tromba. Centenares de indígenas, aullando de una manera feroz, se precipitaron hacia nosotros.

Tres soldados alcanzaron a reunírsenos. Entramos todos a la casa y cerramos las puertas, incluso la del corralón, adonde un yanacona había llevado mi caballo.

Los yanaconas y los trabajadores de la fábrica habían huido a esconderse, probablemente en la capilla.

Éramos solo cinco hombres armados para resistir a aquella masa humana.

Una tempestad de piedras, flechas y dardos se desencadenó sobre la casa. Nuestro fuego de mosquetes no causaba ya ningún efecto en la turba ensoberbecida.

A la lluvia de piedras y flechas se unieron luego los efectos asfixiantes de una densa humareda que nos envolvía.

Los asaltantes les habían prendido fuego a las puertas y al corralón, y arrojaban ramas encendidas al interior del piso bajo, a través de las ventanas.

Desde el balcón donde yo observaba el campo, vi algo que me horrorizó. El mestizo Pancho había ya descubierto a Isabel y Froilán en fuga, y hacia ellos se dirigía a todo correr, espada en mano. Tres o cuatro de sus secuaces le seguían.

Tomé, rápido, una decisión. Por una ventana interior salté al huerto y de allí pasé al corralón, cuyas palizadas eran ya una sola hoguera. Ya algunos indígenas habían penetrado al huerto, y se lanzaron sobre mí.

Les escabullí el cuerpo, y me precipité al corral. Una vez dentro, salté sobre mi caballo, y tras un vigoroso espolazo lo hice salvar de un impulso la valía ardiente que nos cercaba.

A filo de espada me abrí camino a través de la muchedumbre, y me fui de carrera en seguimiento del mestizo.

El cabecilla estaba ya a unos veinte metros de Isabel, Froilán, espada en mano, le hacía cara, aguardándole con la risa feroz de sus días de pelea.

En aquel momento Pancho marchaba por el camino en revuelta, bordeando un alto barranco cortado a pique. El estrépito de la carrera de mi caballo lo hizo volverse hacia mi.

Vi entonces que tenía la cara horrorosamente desfigurada. Con una mueca horrible, salió a mi encuentro, incitando contra mía los que le seguían.

Arrollé a cuantos indígenas encontré al paso, y segundos después me hallaba frente a frente a aquel demonio, plantado con su tizona en alto en medio del camino.

—¡Al fin te encuentro! —dije, arremetiéndole.

Nuestras espadas se cruzaron, y era tal el ardor con que nos acometimos, que comprendí que la lucha debía necesariamente ser muy corta. Sentí un pinchazo, con un dolor frío, en el muslo derecho, a tiempo que me tiraba a fondo. Vi hundirse mi acero en el pecho del mestizo. Él soltó su arma y echó la cabeza atrás…, estaba al borde mismo del barranco, y para evitar que me arrastrara en su caída solté la espada.

Pancho Piniña desapareció en el abismo, llevando clavada en el pecho la espada de los gobernadores de Nueva Toledo.

Los indígenas, detrás de mi, quedaron como paralizados de espanto al ver caer a su caudillo. Yo de dos talonazos hice a mi caballo tomar carrera hacia la altura. Froilán e Isabel me aguardaban en un recodo, y al aproximarme yo reanudaron su marcha con precipitación.

Caminábamos en hilera, pues el camino, bordeando los abismos, no tenía más anchura que para un solo caballo. Perdimos de vista

un rato la explanada y la ciudadela. Cuando, en una nueva revuelta, volvimos a divisarías, ya a centenares de metros, debajo de nosotros, vimos que la Casa de la Pólvora no era más que una inmensa hoguera. El fuego se comunicaba ya a la capilla colindante. En la explanada hormigueaban centenares de indígenas cuyos alaridos llegaban hasta nosotros como un eco lejano.

—¡Hay que apresurarse! —grité de pronto, asaltado por una aprensión súbita.

—¿Qué pasa? —preguntó Froilán.

—De un momento a otro el depósito de pólvora va a estallar. Hay ahí más de doscientos quintales. ¡Ojalá demore hasta que estemos bien lejos!

En el siguiente recodo del camino volvimos a perder de vista la ciudadela. Cuando de nuevo la tuvimos a nuestros pies, ya todo el valle de Pacha Pulai estaba sumergido en la sombra crepuscular. Los incendios brillaban más vivamente en aquella penumbra.

La tropa de mulas caminaba a unos cien pasos delante de nosotros, bordeando el barranco cortado a pique…

Esa era la visión que tenía ante mis ojos cuando sonó el último instante de Pacha Pulai. Fue así:

De improviso sentimos que temblaba y crujía el mundo bajo nuestros pies, como si en el seno de la montaña se hubiera producido una sorda explosión. En el mismo instante, con un fragor de mil truenos, vimos brotar un gigantesco resplandor en la explanada, precisamente al pie de la Virgen.

La capilla, casi entera, fue proyectada a enorme altura. La casa ardiente se deshizo en el aire en millones de chispas.

Mientras tanto, la conmoción había provocado en los flancos de la montaña un descuajamiento de rocas que comenzaron a despeñarse en los abismos con un ruido espantoso.

Piedras de todos tamaños pasaban junto a nosotros, levantando nubes de polvo. Al mismo tiempo, en el interior de la montaña se operaba un fenómeno extraño, denunciado por sordos ruidos y estremecimientos.

De pronto por el boquete dejado al pie de la Virgen por la explosión del polvorín brotó una columna de agua, con una fuerza gigantesca, que se elevó a gran altura. El fondo del lago había cedido, y sus aguas se vaciaban sobre Pacha Pulai. Aquel surtidor

colosal inundó en pocos instantes la explanada, y una enorme masa de agua se desplomó sobre la ciudadela, arrasándolo todo con el estruendo de cien Niágaras. Entretanto, en torno de nosotros, el desfile de piedras despeñadas continuaba. Una de ellas aplastó y se llevó consigo, a los abismos, una de las mulas.

Aún la seguía con la vista, cuando un grito horrorizado de Isabel me heló de espanto. Pero a ella nada le había ocurrido. Seguí la dirección de sus ojos, y divisé al infeliz archivero que se precipitaba a las profundidades, dando vueltas y aleteando con su capa negra, como un pájaro herido en pleno vuelo. Una piedra lo había arrastrado consigo.

Isabel había echado pie a tierra, y, de rodillas, oraba. Mucho después me dijo que en aquel instante había creído llegada su última hora.

El derrumbe de piedras desbarrancadas fue disminuyendo de intensidad poco a poco, hasta terminar del todo. Entonces reanudamos nuestra marcha.

El lago continuaba vaciándose en Pacha Pulai.

Al darme cuenta de que la ciudad estaba irremisiblemente perdida, recordé, con un escalofrío, las profecías de los adivinos indígenas: «La llegada de un extranjero marcará el fin de Pacha Pulai. Es preciso darle muerte; si no, toda la población perecerá…».

Se obscurecía, y siendo peligroso marchar en tinieblas por aquel camino; ordené a los arrieros hacer alto en un recodo y allí acampamos.

En una tienda asegurada por gruesas piedras descansamos bajo una verdadera montaña de mantas, a cuyo abrigo agregamos el calor de una hoguera. Allí examiné mi herida en el muslo. Era superficial, y no requería mayores cuidados.

Fue una vigilia silenciosa apenas entrecortada por una que otra palabra sin sentido.

En el vasto silencio de las alturas solo escuchábamos, mezclado a los zumbidos del viento, el eco fragoroso de las aguas del Lago de la Virgen vaciándose sobre Pacha Pulai.

***

Al día siguiente, mientras los yanaconas levantaban las tiendas, contemplamos, Isabel y yo, estrechamente abrazados, el valle de Pacha Pulai convertido ya en un extenso lago.

El agua cubría completamente las tierras de cultivo y la ciudad entera. Solamente el extremo de las cúpulas más altas sobresalía, espejeando a los primeros rayos del sol.

La ciudadela desaparecía bajo el torrente, que se deshacía en cascadas espumantes por las terrazas.

Con la cabeza escondida en mi pecho, Isabel lloró desconsoladamente. Estos sollozos fueron el responso de Pacha Pulai.

21

De nuevo nuestro siglo

Ya muy poco me queda por contar.

Cuando a la subsiguiente jornada llegamos a la orilla del Lago de la Virgen, lo encontramos convertido en un valle profundo, de paredes rocosas e inaccesibles. El nivel de sus aguas había bajado tal vez unos doscientos metros.

Antes de emprender la marcha hacia el sur, en busca del camino de descenso a Valle Caliente, contemplamos por última vez Pacha Pulai. Es decir, lo que había sido… La cuenca mostraba solo la lisa superficie de un lago, con la inmovilidad de un ojo muerto. Ciudadela, cúpulas, graderías y cultivo, todo había desaparecido ya. En todas direcciones, los acantilados desnudos limitaban el agua quieta. Ni un signo de vida se advertía en el sitio donde hasta pocos días antes bullía la vida de una poderosa ciudad.

Una exclamación violenta, una chilenada de pura marca, interrumpió nuestra contemplación silenciosa. Froilán Vega, que dirigía la operación de cargar las mulas, me miraba, con las manos en la cintura, riéndose con una rabiosa risa.

—¿Qué te pasa, Froilán Vega?

—¡Qué va a ser! Que la mula que rodó ayer cuesta abajo… ¡Je!… ¡Je!…

—¿Qué cosa, hombre?

—¿Qué? ¡Qué tenía que ser la del maletín!

No pude menos que sonreírme.

—Dios es justo, Froilán, y sabe lo que hace —le agregué por lo bajo—: Te ha preservado hasta ahora de todo daño, pero no quiere

que vuelvas al mundo con dinero mal habido.

—Sí, claro… ¿Y cómo nos vamos a arreglar cuando estemos afuera?

—Dios proveerá, hijo mío, como decía el viejo Abraham. ¿No sabes que aquí llevo la llave de la fortuna?, me golpeé la faltriquera.

—Esa del tesoro de los Incas no la voy a creer hasta que lo vea.

—Pues, ya lo veremos… ¿En marcha?

***

Más de una semana nos tomó el accidentado viaje a lo largo de la orilla oriental del lago, por entre rocas y nieves. Las aguas continuaban descendiendo lentamente de nivel. Cuando llegamos al sitio donde estaba el desembarcadero del sur, descubrimos una de las barcas tumbada en seco y casi al borde de un abismo de profundidad vertiginosa.

Al divisarnos, los habitantes del caserío allí situado dieron muestras de un espanto horrible. Alzaron los brazos, haciéndonos ademanes despavoridos, como si hubiesen visto al mismísimo demonio, y emprendieron la fuga cuesta abajo.

Varios de nuestros yanaconas nos miraron con sus impasibles caras de piedra, en las que me pareció ver un resplandor de odio.

—Esta gente se cree que nosotros tenemos la culpa de todo lo que pasa —me explicó Froilán—. Están creídos de que somos nosotros los autores de esta catástrofe.

—En cierto modo…, no dejan de tener razón. Por si acaso, vigilémoslos.

Al llegar a la masa de rocas donde estaba el monumento a eso de media tarde, ordené hacer alto y establecer el campamento.

Les dije a los yanaconas que se adelantaran a Valle Caliente para advertir a los pobladores de nuestra llegada y pedirles que nos prepararan víveres para nuestro próximo gran viaje al mundo del siglo XX.

No se hicieron repetir la orden. Me di cuenta de que nada podía serles más agradable que alejarse de nosotros.

—Estos no van a volver —le dije a Froilán—. Y a lo mejor van a

prevenir a los del valle en contra nuestra. ¿Qué armas tenemos?

—Los dos mosquetes que trajimos la otra vez, cuatro pistolas y pólvora bastante.

—Menos mal.

Isabel, a todo esto, se había sentado en una piedra y permanecía ensimismada. La desaparición de su mundo parecía haberla dejado sin alma, sin sensibilidad ni interés por nada.

Comió de la merienda preparada por Froilán, contestó a nuestras preguntas, hasta sonrió, pero de un modo maquinal, ausente de todo cuanto la rodeaba. «Es cuestión de tiempo —pensé. Ya se le pasará…».

En ese estado de atonía asistió a nuestros trabajos en busca del famoso tesoro. Encontramos la cripta que lo contenía al pie mismo del monumento que nos diera la clave de la salida.

La llave de oro correspondía a una puerta de cobre que abrimos sin dificultad, y que ocultaba una excavación de un par de metros de profundidad, con numerosos nichos en sus costados. Algunos de estos nichos estaban vacíos. En los otros había depositadas grandes cantidades de joyas y piedras preciosas.

—¿Qué hubo? —le dije a Froilán—. ¿Qué te gusta más? ¿Esto o los billetitos mugrientos del maletín?

Froilán estaba mudo y deslumbrado. Hundía las manos en los nichos y sacaba joyas y piedras a grandes puñados.

Los nichos vacíos, que eran los más, indicaban que probablemente gran parte de aquel tesoro había sido retirado de su escondite. ¿Cuándo? ¿Con qué objeto? No nos importaba, desde el momento que con lo que teníamos a la vista había suficiente para colmar las ambiciones de unas cuantas docenas de avaros.

Ocupamos el resto de la mañana en incorporar el tesoro, en pequeños envoltorios, a nuestros bagajes, disimulándolo bajo la pobre apariencia de herramientas, víveres y pilchas de cateadores. A eso de mediodía empezamos a bajar hacia el Valle Caliente.

Una sorpresa más nos aguardaba en aquella última etapa de nuestro éxodo: Valle Caliente también estaba inundándose. Tal vez alguna ignorada comunicación subterránea era causa de aquel fenómeno, que también podría ser efecto de filtraciones de la inundación de Pacha Pulai, a favor de la diferencia de nivel entre ambos valles.

Hacia el este, donde quedaba la parte más baja de Valle Caliente, se divisaba una ancha extensión de agua amarillenta, que cubría gran parte de las arboledas y chacras que por allí abundaban. En algunos sitios solamente las copas de los árboles sobresalían del agua.

—¡Lo que falta ahora es que la inundación nos gane a llegar al subterráneo! Caminamos sin cesar el resto del día y parte de la noche, hasta que el cansancio de las cabalgaduras nos obligó a hacer alto.

Resolvimos acampar durante algunas horas, para darles alimento y descanso a los animales.

Encendimos una hoguera para hacer la cena. Al rato sentimos los livianos pasos de un indio, que bien pronto apareció en la zona luminosa de la fogata. Era uno de nuestros yanaconas.

Según nos dijo, a la noticia de nuestra aproximación toda la gente del valle había huido hacia el bajo, llevándose sus animales, y, probablemente, había quedado después aislada en aquel sitio por la inundación.

—¿Y tú?

—Yo —contestó el indio— no tengo miedo. Yo siempre estaré donde esté la amita. Señalaba a Isabel.

—¿Qué es de los otros yanaconas?

También habían huido. Estaban convencidos de que nosotros éramos unos demonios escapados del infierno y que permanecer a nuestro lado les causaría toda clase de desgracias.

—Bueno. Come y descansa con nosotros.

***

Amanecía, al día siguiente, cuando llegamos a las primeras chozas del valle. Estaban desiertas.

La inundación continuaba extendiéndose allá abajo, pero con tanta lentitud, que sin duda nos darla tiempo sobrado para llegar sin demasiada prisa a la boca del paso de salida.

Pudimos, pues, con algún sosiego, reunir víveres para nuestra expedición.

Allí mismo, saqueando los costales de cuero de los indígenas, cambiamos nuestras ropas de españoles del siglo XVII por una indumentaria más apropiada para circular a través de las regiones por donde íbamos a reaparecer en los dominios de la civilización contemporánea.

Escogimos un traje apropiado para Isabel, y la dejamos en la misma choza para que hiciese a solas su tocado.

Al cabo de unos minutos reapareció en la puerta del rancho, sonriendo, con dos largas trenzas cayéndole sobre el pecho, con un sombrero redondo de alta copa y alas planas, y una falda de vivo color rojo. Cholita más linda jamás se había visto en todos los dominios del Alto Perú.

—Te ves brutal —le dije, recuperando sin darme cuenta la adjetivación propia del calé de la calle Huérfanos de Santiago.

Me miró extrañada.

—Perdona… Es una palabra que se suele usar en Chile para designar lo que ya no tiene comparación por lo bonito, por lo despampanante…

No era, por lo demás, el momento muy apropiado para piropos y disquisiciones lingüísticas. Nos quedaban aún un par de leguas por recorrer antes de llegar al pie de los acantilados del sur.

Partimos, pues.

Fue algo así como una carrera con las aguas, que avanzaban de lado a lado del valle cubriéndolo todo lentamente. No divisamos por parte alguna a los habitantes fugitivos.

Me apenaba la idea de que el miedo a nosotros fuera la causa de su muerte. ¡De nosotros, que podríamos haberles indicado el camino de la salvación! Cuando llegamos a nuestra meta, el agua no distaba de nosotros más de dos o tres cuadras.

Nos pusimos a cavar con furia, y media hora más tarde el socavón estaba abierto delante de nuestros pasos.

Sin demora bajamos a él, llevando de tiro nuestras cabalgaduras.

—¡Tú! —le dije al indio—. Arrea para adentro las mulas.

El indio vacilaba.

—Apúrate —le dije—. ¿O quieres morir aquí ahogado como los otros? Le indiqué la inundación, que estaba ya a escasos metros.

Esto fue decisivo, al parecer. El indígena se puso a arrear las

mulas, y a poco la caravana entera estaba en marcha a lo largo del socavón, que resonaba lóbregamente bajo nuestros pasos.

Después de descender unos metros, el subterráneo empezaba a remontarse. Froilán había encendido una antorcha, que mal que bien guiaba nuestro avance.

Una hora a lo menos duró aquel viaje subterráneo en constante repechada. Notamos, al cabo de ella, que el aire se hacía más tibio y respirable. El subterráneo adquirió una forma más irregular, con grandes salientes de roca, que nos obligaban a marchar con precaución.

Al fin divisamos la luz del día. El socavón terminó, para desembocar en un profundo y sinuoso desfiladero de piedra. Un verdadero laberinto en que encontramos tan estrechos pasos que en algunos sitios nuestras mulas cargadas apenas podían avanzar.

Hasta que, sin damos cuenta de cómo, nos hallamos ante una vasta planicie, que algunas montañas, azules por la distancia, limitaban por el fondo.

—¡Libres! —exclamé.

Froilán, de la emoción, no podía hablar.

El indio miraba con asombro a todas partes.

¿E Isabel? Desde lo alto de su cabalgadura muy repolluda con sus faldas indias y su sombrero de pita de alas planas haciéndole sombra sobre el rostro, respiraba aquel aire nuevo y contemplaba el amplísimo horizonte con una sonrisa de vaga delicia.

Me volví hacia el desfiladero. Creo que si me hubiera puesto a buscar el sitio por donde habíamos salido al llano, jamás lo habría encontrado. Se vela solo una dispersión de rocas desnudas, de variadas formas, reverberantes al sol.

Pero ya no era el caso de mirar atrás.

***

Un salar ocupaba gran parte del llano que teníamos delante. Después de haberlo atravesado, encontramos un rancho solitario. En él nos guarecimos para pasar el resto del día y nuestra primera noche de libertad.

Al siguiente día, Froilán salió a caballo en exploración. No volvió hasta la noche, derrengado y hambriento, pero con excelentes noticias.

Había interrogado a varios pastores indígenas de las inmediaciones. Según pudo averiguar de ellos, nos encontrábamos en la zona llamada Pastos Grandes, en la Puna de Atacama, República Argentina. Los pueblos más próximos se llamaban San Antonio de los Cobres, Jujuy, Salta…

¿A cuál dirigirnos y cómo llegar a él sin llamar demasiado la atención? Decidimos, después de largas divagaciones, establecernos por aquellos parajes mineros y hacernos una identidad aceptable como tales, a fin de poder entrar con naturalidad en el mundo y en el siglo.

Nos establecimos en un mineral abandonado, cuyas destartaladas viviendas restauramos a la ligera. En aquel refugio, poco a poco, se operó la transformación que necesitábamos.

Froilán hizo repetidas excursiones a los caseríos del contorno. Allí logró, con cuidadosas precauciones, convertir en moneda argentina algunos de aquellos objetos que Isabel llamaba «baratijas de oro» en Pacha Pulai. Así pudimos vestirnos a la usanza criolla del Norte. Isabel, de chola que era, se convirtió en una adorable china, con unas trenzas encintadas y un garbo capaces de alborotar a todo el gauchaje de Jujuy a Salta.

Ya con una abundante provisión de billetes no le fue difícil al ladino Froilán obtener documentos «auténticos» que nos permitieran transitar por Argentina con desembarazo.

Así pudimos establecernos en Jujuy en calidad de mineros afortunados. El indio, al que le cambiamos su impronunciable nombre quechua por el de Manuel, nos seguía a todas partes, y llegó a convertirse en lo que es hoy: nuestro camarero de confianza.

Desde la ciudad norteña logré entrar en comunicación con el Banco Español del Río de la Plata, al que le fueron confiados nuestros tesoros. Es decir, los tesoros de don Alonso González de Nájera, súbdito español, minero, casado, señas personales: una cicatriz en la mejilla derecha… y una compañera adorable.

Porque, al fin, ¿qué íbamos a hacer?

Nuestro matrimonio se había efectuado en forma sencillísima ante las autoridades eclesiásticas y civiles de Jujuy. Testigos:

Froilán Vega y los personajes indispensables, escogidos por mi compañero entre sus nuevas amistades jujuyanas.

Poco a poco Isabel había ido renaciendo, liberándose de la pesadilla de su pasado distante y de las terribles emociones de los últimos días de Pacha Pulai.

Las sorpresas de su iniciación en nuestro siglo fueron substituyendo en su ánimo las espantosas visiones que traía del otro lado de las montañas.

Comenzó entonces para nosotros la verdadera vida. Si ha existido alguna vez en el mundo eso que llaman felicidad, debe ser algo muy parecido a nuestra existencia.

Pues que en alguna parte habíamos de radicamos, nos establecimos en la cuna de mi familia de Nájera, cuyo solar adquirí. De ahí salimos de vez en cuando a excursionar por todo el mundo…, menos a mi país. Porque a Chile, ¿cómo volver?… ¿Cómo habría podido yo explicar mi larga ausencia, sin dar cuenta de los horrorosos sucesos en que había tomado parte, y que, al fin y al cabo, habían culminado con la exterminación de una ciudad entera? Me intimidó la perspectiva de ser, o tenido por un loco, o, en el caso de que se creyeran mis aventuras y los sucesos que había presenciado, pasar a ser un personaje de actualidad, asediado por los periodistas y la intrusidad novedosa y pedigüeña de la gente.

No recuerdo con precisión cuándo ni cómo se fijó en mí la resolución de no reintegrarme al mundo en que me había criado, o, por lo menos, de aplazar mi regreso por tiempo indefinido. ¿Volveré algún día a él? Ni yo mismo lo sé. ¿Y Froilán Vega? ¡Ah, el buen Froilán!… Mi escudero y confidente de Pacha Pulai, mi padrino de bodas, a quien habíamos obligado a aceptar una parte del tesoro de los Incas, desapareció un día cualquiera en Buenos Aires, dejándonos unos garrapatos de despedida.

Ninguna explicación. ¿Qué necesidad había de ella, después de todo? Cumplía su sino. Eso era, y nada más. Estar hoy en un sitio, mañana en otro. Cambiar de lugar y de campo de acción.

Ni siquiera me dejó dicho a dónde partía, ni si pensaba volver a buscarme alguna vez. Me decía «Adiós», sencillamente.

Durante algunos días hurgamos las listas de pasajeros de los barcos que partían a Europa. En ninguna hallamos su nombre. ¿Volvió a Chile? Nunca lo he sabido. No nos ha escrito jamás.

Nunca hemos tenido el menor indicio de que un hombre de sus señas preguntase por nosotros en cualquiera de los sitios del mundo adonde nos han llevado nuestros viajes.

Si vive, o ha muerto, lo ignoro. Pero su cara morena y huesuda, con los dientes salidos de coipo y la mirada ladina, es una imagen que hasta hoy se presenta nítida a los ojos de mi recuerdo.

¿Dónde estará ahora? Es lo que con frecuencia me pregunto. Y cada vez, como en este instante, desde el fondo de mi alma le envío una bendición a su memoria.

22

Adiós

El día que Alonso González de Nájera concluyó de contarme la historia que ahora mismo acabo de consignar en estos apuntes era el de la víspera de su partida a Europa con su mujer.

Yo fui a acompañarlos al muelle. Era un día de diciembre. Una niebla espesa y húmeda cubría todo, y hacía un frío de mil diablos.

La despedida fue rápida, espoleada por los empellones de la multitud. Después de dos estrechos abrazos, vi a mi amigo y a Isabel, envuelta en pieles, atravesar la pasarela seguidos de un hombre bajo, cobrizo, que llevaba en la diestra una maleta: el yanacona de Pacha Pulai. Lo miré con curiosidad, pero los viajeros que iban tumultuosamente sucediéndose en la pasarela lo ocultaron a mi vista.

Estuve allí largo rato, mientras el barco se alejaba del muelle. En la borda alcancé a divisar a Isabel y Alonso que agitaban sus pañuelos. Los contemplé fijamente, desesperadamente, hasta que se borraron en la bruma llorosa. Después me quedé inmóvil en aquel sitio, mirando la masa gris y opaca de la niebla. Sentía los ojos humedecidos y esa sensación de aturdimiento que suele experimentarse en el cine cuando, al final de un film apasionante, de improviso nuestros ojos solo encuentran la blancura del *écran* vacío.

HUGO SILVA ENDEIZA (Tongoy, Coquimbo, 1892 — Santiago, 1979). Con una trayectoria en las letras más vinculada al periodismo que a la literatura, Hugo Silva fue uno de los pocos autores chilenos cuya obra ha logrado más de treinta ediciones, mérito aún mayor si se toma en cuenta que lo alcanzó gracias a una sola novela, Pacha Pulai, la que hasta el día de hoy es parte de las lecturas obligatorias en la enseñanza chilena.

Hermano del poeta y Premio Nacional de Literatura, Víctor Domingo Silva, de quien adquirió el amor por las letras, se inició a los 14 años en el periodismo, al ingresar como reportero al diario *El Chileno* de Valparaíso. Más tarde trabajó como redactor de cables y corrector de pruebas en *El Mercurio* para, en 1916, convertirse en director del periódico regional *La Provincia* de Iquique. Poseedor de una pluma destacada y ágil, la dimensión de cronista de Hugo Silva es posiblemente una de sus facetas más elogiadas, principalmente por las columnas que hicieron famoso su seudónimo de Julio César en el diario *La Nación*.

Permanente motor de publicaciones, dirigió diversos medios, como *La Nación, Los Tiempos, Zig-Zag, El Mercurio* de Antofagasta y *La Prensa* de Tocopilla, ganando en esta actividad el prestigió que le significó obtener en 1962 el Premio Nacional de Periodismo en la

categoría de «Crónica» y, más tarde, en 1968, la incorporación a la Academia Chilena de la Lengua.